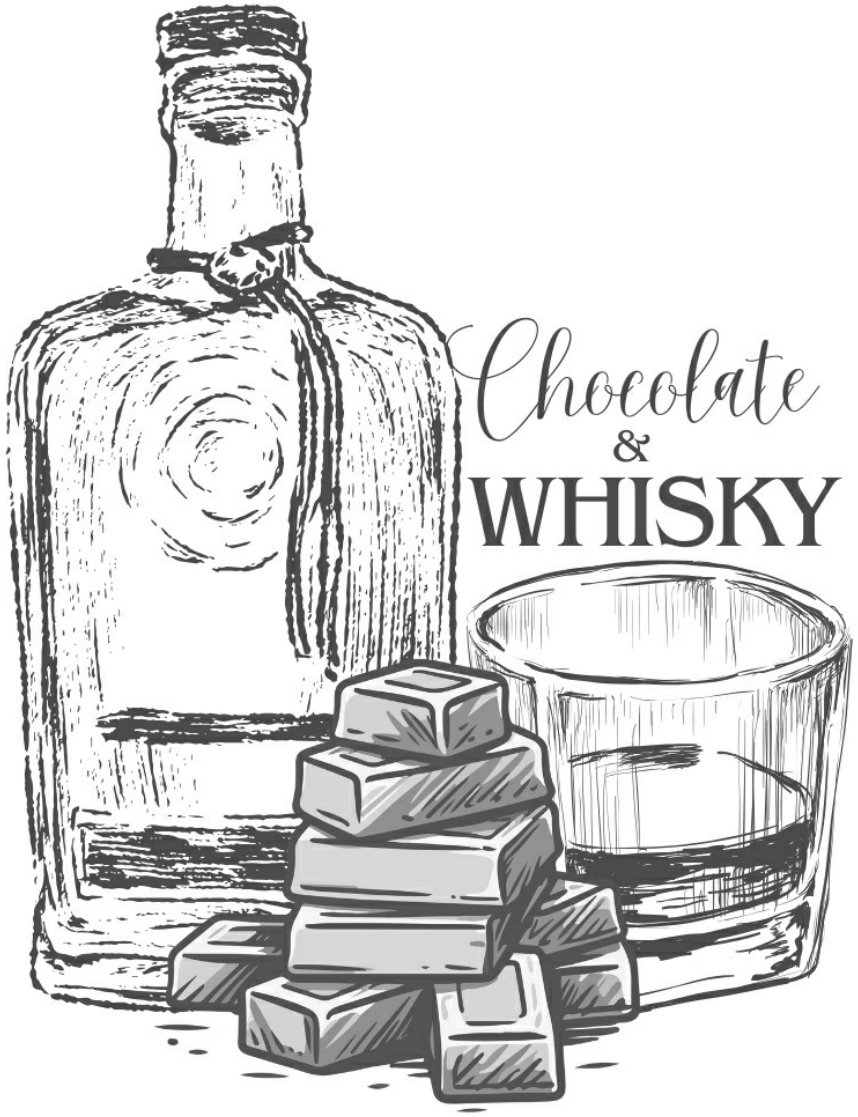

MEGHERNIE REED
Chocolate &
WHISKY
VIVE UNA NAVIDAD MUY ESCOCESA


MEGHERNIE REED
Chocolate &
WHISKY
Vive una navidad muy escocesa



MEGHERNIE REED

Derechos de autor ©2024 Meghernie Reed

Primera edición: diciembre 2024

Sello: Independently Published

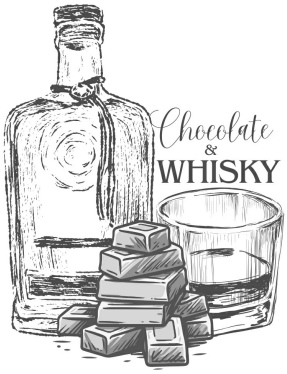
©Del texto: Meghernie Reed
©Maquetación y diseño: Meghernie Reed
©Imagen de cubierta: Midjourney

Todos los derechos reservados. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright ©2024 por Meghernie Reed

Para todas aquellas amantes de la navidad y de Escocia.



CAPÍTULO 1

Luces en la Niebla

El aire helado de Edimburgo golpeó mi rostro en cuanto crucé las puertas automáticas del aeropuerto. Un viento cargado de humedad, salpicado de aromas a tierra mojada y a madera, me dejó claro que había aterrizado en una ciudad hecha para sobrevivir inviernos interminables. No me sorprendió que las nubes fueran tan densas que apenas dejaban filtrar la luz del sol. El gris era el color predominante. Gris el cielo, gris el suelo, gris mi humor. Perfecto para una periodista con una fe nula en la Navidad y cero interés en el romanticismo de cuentos de hadas.

Con mi maleta rodando sobre los adoquines del aparcamiento, observé los taxis negros, elegantes y rústicos a la vez, que se alineaban como soldados a la espera de órdenes. «Edimburgo, la joya de Escocia», decía un cartel con letras doradas en la entrada del aeropuerto. Solté un bufido. Una joya empañada por la niebla y la sobredosis de luces parpadeantes que parecían querer compensar la falta de sol. Las luces navideñas decoraban postes, árboles y ventanas, como si la ciudad intentara desesperadamente ser algo más alegre de lo que realmente era.

El taxista me saludó con un acento espeso que apenas entendí, pero me sonrió con tanta calidez que me vi obligada a sonreír de vuelta. Subí al coche y le di la dirección del hotel, un pequeño alojamiento en el centro de la ciudad recomendado por mi editor.

—Llegando al corazón de la Navidad, ¿eh? —dijo, mirándome por el retrovisor.

—Algo así —respondí, sin querer entrar en detalles. No era momento de explicar que estaba allí no porque quisiera, sino porque mi jefe pensó que una española escribiendo sobre la Navidad escocesa sería un éxito asegurado. Como si el contraste cultural fuese suficiente para hacer un artículo brillante.

El trayecto me permitió una primera vista de la ciudad. Calles estrechas, edificios de piedra oscura con tejados puntiagudos que parecían arañar el cielo. Los escaparates estaban decorados con guirnaldas y velas eléctricas. Algunos mostraban paisajes nevados, otros muñecos de Papá Noel un tanto cursis. La Royal Mile se alzaba majestuosa a lo lejos, con su aire medieval que, admito, tenía cierto encanto. Pero, ¿magia navideña? Eso todavía estaba por verse.

Cuando llegamos al hotel, el taxista me deseó una feliz Navidad, lo que me pareció irónico teniendo en cuenta mi escepticismo. De alguna manera, todos parecían obsesionados con la idea de que la Navidad era un bálsamo universal para cualquier tipo de tristeza. Como si las luces y los villancicos pudieran arreglar algo más que un mal humor temporal.

—Gracias —respondí, sabiendo que mi tono estaba lejos de transmitir entusiasmo.

El hotel resultó ser más acogedor de lo que esperaba. Su fachada, adornada con hiedra y pequeñas luces blancas, me recordó a una de esas películas navideñas que tanto detestaba. En la recepción, una mujer mayor me recibió con una sonrisa amable y me entregó la llave de mi habitación, un espacio pequeño pero cómodo, con una ventana que daba a Princess Street Gardens.

Desde mi habitación, podía ver el mercadillo navideño que se extendía como un mosaico colorido en medio del parque. Casetas de madera decoradas con luces, gente moviéndose de un lado a otro, niños con bufandas gigantes y adultos con vasos humeantes en las manos. Supuse que era whisky caliente o alguna bebida similar, porque, ¿qué otra cosa podría ser en Escocia?

Deshice mi maleta con rapidez, dejando el portátil sobre la pequeña mesa junto a la cama. Mi jefe había sido claro: quería un artículo que capturara *la esencia de la Navidad escocesa.* Una frase ambigua y ridícula que, según él, debía resonar con los lectores. ¿Qué sabía yo de la esencia de la Navidad? Para mí, esa *esencia* se había perdido años atrás, en alguna celebración mediocre, envuelta en una relación rota y una familia desmembrada. Sin embargo, me pagaban por encontrarla, y lo haría, aunque solo fuese para demostrar que no existía.

Al caer la tarde, decidí bajar al mercadillo. Necesitaba empezar mi investigación, aunque no sabía muy bien por dónde. Mi chaqueta de lana, comprada específicamente para este viaje, no fue suficiente para protegerme del frío cortante, pero caminé decidida, con las manos en los bolsillos y una bufanda cubriendo la mitad de mi rostro.

La primera impresión del mercadillo fue abrumadora. Un caos de luces, aromas y sonidos. Las casetas ofrecían de todo: desde adornos navideños hechos a mano hasta tartas de frutas y botellas de whisky decoradas con la bandera escocesa. El aire olía a canela, clavo y castañas asadas, mezclado con el dulzor del chocolate caliente. Todo esto estaba acompañado por una música suave de gaitas que parecía emanar de algún rincón escondido.

Me detuve frente a una caseta que vendía coronas de muérdago. Una mujer mayor me sonrió desde detrás del mostrador.

—¿Un poco de suerte en el amor para Navidad? —preguntó, señalando una de las coronas.

Solté una risa seca. —Creo que no tienen suficiente muérdago para eso.

La mujer pareció confundida, pero no insistió. Seguí mi camino, observando a las parejas que paseaban de la mano, a las familias que reían mientras sus hijos devoraban galletas de mantequilla. Me pregunté cómo alguien podía creer que esto era auténtico. Era una puesta en escena, un espejismo que escondía la rutina y el hastío que seguramente regresaban cuando las luces se apagaban.

Una caseta llamó mi atención más que las demás. Estaba decorada con ramas de pino y pequeñas botellas de vidrio llenas de un líquido ámbar. Un hombre alto, con cabello negro y ojos tan brillantes como las luces navideñas, estaba detrás del mostrador. Llevaba un jersey grueso y una bufanda que le daba un aire casualmente encantador. Una pareja estaba probando algo que él les servía en pequeños vasos, riendo a carcajadas.

—Es whisky casero, mezclado con un toque de miel —dijo él con voz grave, pero cálida. Sus palabras llegaron hasta mí, incluso entre el bullicio.

Antes de darme cuenta, estaba acercándome a su caseta. Tal vez era la curiosidad o tal vez algo más, pero quería escuchar lo que ese hombre tenía que decir. Cuando nuestros ojos se encontraron, me saludó con una sonrisa que parecía genuina, algo raro en un lugar tan artificial como este.

—¿Te apetece probar? —preguntó, levantando un vaso pequeño hacia mí.

Vacilé, pero finalmente lo acepté. El líquido era cálido, suave, y dejó un rastro dulce en mi garganta. Por un momento, el frío desapareció, y algo parecido a una chispa de calidez se encendió en mi interior.

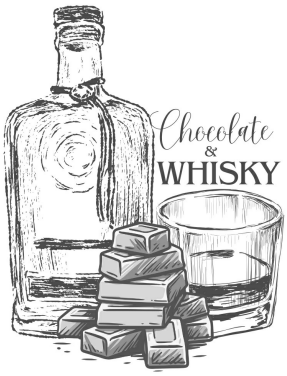
—No está mal —dije, intentando sonar neutral.

Él rio, una risa profunda que reverberó en mi pecho. —Eso es un gran cumplido viniendo de alguien como tú. Tienes pinta de ser difícil de impresionar.

—¿Debería tomar eso como un cumplido? —repliqué, arqueando una ceja.

—Por supuesto —respondió, inclinándose ligeramente hacia mí. Su acento era más pronunciado cuando hablaba con esa cercanía, y me encontré intrigada por su presencia.

No sabía entonces que este encuentro, aparentemente trivial, sería el inicio de algo que cambiaría mi percepción de todo: la Navidad, el amor y, quizás, incluso la vida misma.



CAPÍTULO 2

Whisky y Palabras

El líquido cálido seguía recorriendo mi garganta cuando el hombre del stand se inclinó un poco más sobre el mostrador, como si quisiera asegurarse de que yo realmente había probado su creación.

—Espero no haber sido grosero. No era mi intención insinuar nada —dijo, con una sonrisa que parecía tan auténtica como todo lo demás en esta caseta de madera decorada con ramas de pino. Sus ojos azules brillaban con un matiz juguetón bajo las luces cálidas que colgaban del techo.

Levanté una ceja, intentando descifrar si sus palabras eran sinceras o simplemente una forma astuta de continuar la conversación. Aun así, asentí, dejando que un aire de despreocupación se reflejara en mi respuesta.

—Tranquilo, no me ofendí. He escuchado cosas peores —dije, mientras devolvía el vaso vacío al mostrador.

—Me alegra escucharlo. —Extendió una mano hacia mí, un gesto que parecía tan natural como su sonrisa—. Callum MacLeod, para servirte.

Vacilé un instante antes de estrechar su mano. Era cálida y firme, un contraste con el frío que seguía congelando la punta de mis dedos.

—Samara Álvarez. Aunque no suelo necesitar que nadie me sirva.

Callum soltó una risa baja y ronca, el tipo de sonido que podía haber pertenecido a cualquier taberna escocesa de siglos pasados. Había algo terriblemente encantador en él, algo que me ponía en guardia.

—Tienes razón. No pareces necesitarlo. —Se inclinó hacia la estantería detrás de él y tomó otra botella, esta vez con un líquido más oscuro y un etiquetado que parecía artesanal. La colocó frente a mí—. Pero tal vez necesites probar este. Es uno de mis favoritos. Lo producimos en mi familia.

Mi mirada pasó del hombre al whisky. *«Producimos»*, había dicho. No era solo un vendedor cualquiera. Su lenguaje delataba algo más profundo, algo que no encajaba con la imagen de un simple comerciante de mercadillo.

—¿Tu familia produce whisky? —pregunté, arqueando una ceja mientras señalaba la botella.

—Así es. Tenemos una pequeña destilería en las Tierras Altas, cerca de un pueblo llamado Pitlochry. Mi abuelo la fundó hace casi ochenta años, y desde entonces, hemos intentado mantener la tradición. Este en particular lleva un toque de miel que cosechamos de nuestras

propias colmenas. No es exactamente el más comercial, pero es especial.

Había algo en su tono al hablar de su familia y su negocio que me hizo sentir una leve punzada de interés. Parecía genuinamente orgulloso, como si cada palabra cargara con el peso de una historia.

—Impresionante. —Tomé otro vaso que me ofrecía. Esta vez el whisky era más robusto, con un dulzor que equilibraba el golpe de calor que provocaba en mi garganta—. No está mal.

Callum rio de nuevo, el sonido resonando entre las demás conversaciones y el bullicio del mercadillo.

—Creo que eso es lo más cerca que voy a estar de una ovación por parte de una crítica dura como tú. ¿Vienes aquí a menudo a evaluar whiskys?

—No exactamente. —Dejé el vaso sobre la madera y me apoyé en el mostrador, cruzando los brazos para protegerme del frío. Decidí que, ya que él había compartido algo personal, lo justo era hacer lo mismo—. Estoy aquí por trabajo. Me han enviado desde mi revista en España para escribir un artículo sobre la Navidad escocesa. Al parecer, quieren que capture la *esencia* de todo esto. —Hice un gesto vago hacia las luces y el gentío.

Callum pareció meditar mis palabras mientras limpiaba uno de los vasos con un trapo.

—¿Y qué piensas hasta ahora? ¿Has capturado algo de esa esencia?

Dejé escapar una risa seca y me aparté un mechón de cabello que el viento había lanzado a mi cara.

—Bueno, diría que tengo muchas luces, un montón de decoraciones, y un exceso de clichés. Pero aún no he visto nada que realmente me convenza. ¿Tú qué crees? ¿Hay algo más en todo esto o es solo una gran actuación para los turistas?

Su mirada se suavizó, y durante un segundo pensé que iba a sermonearme sobre la importancia de la magia navideña. Pero, para mi sorpresa, simplemente apoyó los codos en el mostrador y me sostuvo la mirada.

—Depende de a quién le preguntes. Para algunos, es precisamente lo que has descrito: luces, música, una excusa para vender más cosas. Para otros, es una oportunidad de conectar, de celebrar algo más profundo. Tradiciones, familia, comunidad. Creo que todo depende de lo que estés dispuesta a buscar.

Sus palabras me golpearon de una forma inesperada. Había algo en su sinceridad que me dejó sin una respuesta sarcástica lista. Durante un instante incómodo, no supe qué decir.

—Bueno, entonces, supongo que tendré que buscar más —murmuré finalmente, mirando la botella en lugar de sus ojos.

Callum se enderezó, como si hubiera decidido no presionarme más. Cogió la botella y la guardó de nuevo en la estantería, su movimiento tan fluido como su forma de hablar.

—Tendrás que hacerlo. Y si necesitas ayuda para encontrar esa esencia, puedes volver aquí cuando quieras. Estoy aquí casi todas las noches.

No sabía por qué, pero su oferta me pareció tan tentadora como absurda. Volver a esta caseta, con este extraño hombre que parecía demasiado cómodo en su entorno, no estaba en mis planes. Aun así, no pude evitar inclinar la cabeza y sonreír ligeramente.

—Tal vez lo haga.

Miré mi reloj y me di cuenta de que había pasado más tiempo del que pensaba. El frío había empezado a colarse bajo mi abrigo, y las luces del mercadillo comenzaban a apagarse gradualmente, señal de que era hora de cerrar.

—Debería volver al hotel. Ha sido... interesante —dije, tomando un paso hacia atrás.

Callum asintió, su expresión relajada pero con un destello de algo que no pude identificar del

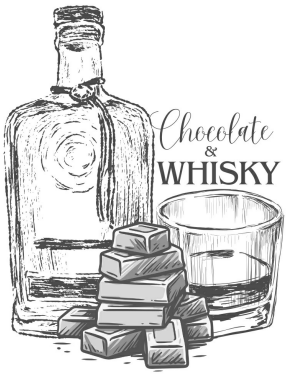
todo.

—Que tengas una buena noche, Samara. Y cuidado con el whisky caliente del mercadillo. No todos son tan buenos como los míos.

No pude evitar reír. Era encantador, en el mejor y en el peor sentido. Me giré y comencé a caminar hacia la salida, consciente de que él seguía mirándome mientras me alejaba.

El viento nocturno se sentía más frío ahora, pero había algo cálido que persistía dentro de mí. Tal vez era el whisky, o tal vez era algo más. No quería admitirlo, pero había algo en Callum MacLeod que hacía que la ciudad no se sintiera tan gris como antes.

Cuando llegué al hotel y me dejé caer en la cama, su voz seguía resonando en mi cabeza. *«Depende de lo que estés dispuesta a buscar»*. Cerré los ojos y, por primera vez desde que llegué a Edimburgo, me pregunté si había más en esta ciudad de lo que había visto hasta ahora. Y si él era parte de esa respuesta.



CAPÍTULO 3

Calles de Piedra y Nuevos Caminos

Desperté con los primeros rayos de un sol tímido que apenas lograba atravesar la densa capa de nubes. Desde la ventana de mi habitación, Edimburgo parecía aún más silenciosa que la noche anterior. Las luces navideñas seguían parpadeando, pero ahora se mezclaban con el movimiento tranquilo de la gente que comenzaba su día. Respiré hondo, llenando mis pulmones con el aire helado que se filtraba a través de los cristales, y decidí que hoy sería un día para explorar.

La mañana comenzó con un paseo hasta el barrio de Stockbridge, un lugar que había leído en alguna guía turística como uno de los más pintorescos de la ciudad. El camino me llevó a través de un puente de piedra que cruzaba el río Water of Leith. Las aguas oscuras reflejaban las ramas desnudas de los árboles que flanqueaban sus orillas, creando un cuadro tan melancólico como hermoso. Las calles de Stockbridge, adoquinadas y estrechas, parecían sacadas de una postal. Las tiendas de antigüedades y cafeterías con grandes ventanales me recordaron a los barrios bohemios de Madrid, aunque con una elegancia más contenida.

Caminé sin prisa, dejándome llevar por el sonido de mis botas sobre los adoquines y el murmullo de conversaciones dispersas que salían de los locales. En una esquina, una floristería exhibía ramos de pinos y eucaliptos decorados con lazos rojos. Me detuve frente al escaparate, admirando la forma en que la simplicidad podía ser tan atractiva. Unos pasos más adelante, una librería independiente llamaba mi atención con un letrero que decía: “Cómprame y llévame a casa. Soy un buen libro para los días de invierno”.

Circus Lane fue mi siguiente parada. Había leído sobre esa calle, pero ninguna fotografía le hacía justicia. Su curva perfecta estaba flanqueada por pequeñas casas de piedra con puertas de colores y enredaderas trepando por las paredes. Una capa fina de nieve cubría los tejados, y las luces navideñas colgaban como guirnaldas, añadiendo un toque de magia que parecía imposible de replicar en otro lugar. Caminé despacio, permitiendo que cada detalle se impregnara en mi memoria. Circus Lane no era una calle, era una promesa: de historias antiguas, de secretos escondidos tras puertas cerradas, de una vida más tranquila.

Para el almuerzo, decidí buscar algo auténticamente escocés. Mi búsqueda me llevó a un pequeño restaurante cerca de Queens Park. Apenas había cinco mesas en todo el lugar, y el ambiente era cálido, gracias al fuego que chisporroteaba en una chimenea en la esquina. Pedí un guiso de carne acompañado de un pan oscuro y denso que el camarero aseguró era la receta de su abuela. El primer bocado me hizo cerrar los ojos. El guiso era rico y reconfortante, con un sabor

a hierbas que me recordó a las comidas caseras que ya no tenía. Me quedé allí un rato, observando cómo la nieve comenzaba a caer fuera de la ventana, cubriendo las calles en un manto blanco.

Cuando terminé, me dirigí de nuevo al mercadillo navideño. Algo en ese lugar, a pesar de mi cinismo, parecía llamarme. Quizás era el contraste entre el bullicio de la gente y la serenidad de la ciudad que lo rodeaba. Caminé entre las casetas, deteniéndome aquí y allá para observar artesanías o probar pequeñas muestras de dulces navideños. El aire seguía oliendo a especias, a canela y a clavo, y las luces colgantes creaban un efecto casi hipnótico.

Sin darme cuenta, mis pasos me llevaron de nuevo al stand de whisky. Allí estaba Callum, de pie tras el mostrador, con ese jersey grueso y la bufanda que parecía haberse convertido en parte de su uniforme. Me vio antes de que pudiera decidir si dar la vuelta o no, y su sonrisa se amplió al reconocerme.

—Mira quién ha vuelto. —Su voz tenía el tono cálido que recordaba de la noche anterior—. ¿Otra cata improvisada o solo pasabas por aquí?

—¿Qué te hace pensar que no estaba buscando otra cosa? —repliqué, cruzándome de brazos mientras me acercaba al mostrador.

—Llámalo intuición. —Callum apoyó las manos en el mostrador, inclinándose ligeramente hacia mí—. ¿Entonces? ¿Has encontrado la esencia de la Navidad escocesa o sigues escéptica?

—Sigo escéptica, pero también sigo buscando. —Lo miré, desafiándolo con la mirada. Era imposible ignorar cómo su presencia llenaba el espacio, como si perteneciera por completo a este rincón del mercadillo.

—Tal vez necesites un guía. —Callum se enderezó, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo. Su tono era despreocupado, pero había algo en sus palabras que sugería interés genuino—. Podría enseñarte cosas que no encontrarás en ninguna guía turística. Tradiciones, lugares, personas. ¿Qué dices?

Lo miré, intentando discernir si estaba siendo sincero o si simplemente disfrutaba del desafío que parecía representarle. Había algo en su forma de hablar que hacía difícil decirle que no, pero no estaba segura de si quería aceptar.

—No sé si necesito un guía —respondí finalmente, aunque mi tono carecía de la firmeza que pretendía.

—Tal vez no lo necesites, pero podrías quererlo. —Callum sonrió, esa sonrisa que parecía diseñada para desarmar cualquier argumento en su contra—. Además, ¿qué tienes que perder? Prometo no aburrirte. Y si lo hago, siempre puedes culpar al whisky.

La imagen de un hombre tan seguro de sí mismo, ofreciendo algo tan simple como una caminata, me hizo sentir una mezcla de irritación y curiosidad. Sabía que lo prudente sería mantenerme al margen, pero algo en mí, tal vez la parte que había comenzado a ablandarse en esta ciudad, decidió darle una oportunidad.

—Está bien. Pero si resulta ser una pérdida de tiempo, lo mencionaré en mi artículo —dije, alzando una ceja.

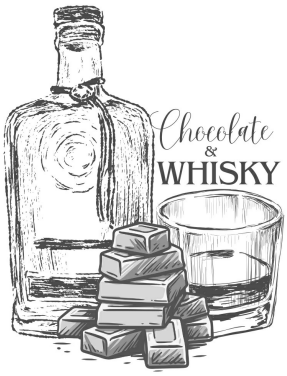
—Trato hecho. —Callum extendió una mano, como si esto fuese algún tipo de acuerdo formal. La estreché brevemente, y su calidez me sorprendió de nuevo.

Mientras me alejaba, Callum me llamó.

—Nos vemos mañana, entonces. Te recogeré aquí, mismo lugar, misma hora. No te arrepentirás, Samara.

La forma en que pronunció mi nombre, como si lo saboreara, me dejó con un leve cosquilleo en la piel que preferí ignorar. Caminé de vuelta al hotel, con la nieve acumulándose en mis

hombros y el recuerdo de su sonrisa en mi mente. No estaba segura de qué esperaba encontrar con este supuesto guía, pero había algo en Callum MacLeod que hacía que las calles de Edimburgo parecieran un poco más brillantes, incluso bajo el gris incesante del cielo.



CAPÍTULO 4

Ecos de Navidad en la Royal Mile

La Royal Mile parecía distinta con la luz pálida del día. Las calles adoquinadas brillaban bajo la capa de humedad que la noche había dejado atrás, y el aire frío era intenso, como si la ciudad misma quisiera asegurarse de que nadie olvidara el invierno. Callum estaba esperando en el lugar acordado, su figura destacándose entre la multitud con ese jersey grueso y una bufanda que, por alguna razón, parecía ser siempre la misma. Se giró al verme, y su sonrisa, cálida y despreocupada, me dio una extraña sensación de tranquilidad que intenté ignorar.

—Puntual, me gusta. —Me saludó mientras ajustaba su bufanda alrededor del cuello—. ¿Lista para la mejor visita guiada de tu vida?

—Dudo mucho que sea la mejor, pero adelante, sorpréndeme. —Mi tono era ligero, pero no pude evitar sonreír. Había algo contagioso en su entusiasmo, aunque yo no pensaba admitirlo.

Comenzamos nuestro recorrido por la Royal Mile, una calle que parecía tener vida propia. Las tiendas de artesanía y souvenirs se mezclaban con cafés y pequeños pubs que emanaban el aroma tentador de platos calientes y especias. Callum hablaba con soltura, explicando detalles históricos que probablemente solo un local conocería.

—Este lugar ha visto de todo: coronaciones, ejecuciones, e incluso duelos entre poetas. ¿Sabías que la Royal Mile no mide exactamente una milla? Es un poco menos, pero nadie se molesta en corregirlo. —Callum señaló un rincón donde un músico callejero tocaba una melodía suave con su flauta.

—Interesante. Pero, ¿cómo encaja todo esto en la *esencia navideña*? —pregunté, cruzándome de brazos para protegerme del frío.

—La esencia está en los detalles, Samara. —Hizo una pausa, mirándome con una expresión que rozaba lo desafiante—. Por ejemplo, en cómo la gente sigue decorando estas calles con luces y guirnaldas, como si intentaran mantener vivo algo que va más allá de lo comercial. O en cómo incluso el aire parece diferente, más ligero, más esperanzador.

Rodé los ojos, pero algo en sus palabras se quedó conmigo. Era difícil ignorar la forma en que los adornos navideños colgaban de los balcones y cómo los escaparates estaban cuidadosamente decorados con nieve falsa y pequeñas figuras de renos. Tal vez Callum tenía un punto, pero yo no estaba lista para admitirlo.

La tormenta nos tomó por sorpresa. Un viento gélido comenzó a soplar de repente, levantando remolinos de nieve que parecían agujas de hielo contra la piel. La gente en la calle comenzó a apresurarse, buscando refugio en cualquier lugar que ofreciera calor. Callum me tomó

del brazo con un movimiento rápido, pero nada invasivo.

—Ven, Tolbooth Tavern está cerca. Es pequeño, pero al menos no moriremos congelados. —Su tono era medio en broma, pero el calor de su mano a través de la tela de mi abrigo me distrajo momentáneamente del frío.

El pub era exactamente como lo había descrito: pequeño, acogedor y lleno de vida. Las paredes de piedra estaban adornadas con fotografías antiguas y luces cálidas que daban al lugar una atmósfera casi mágica. El olor a madera quemada y a especias invadía cada rincón, y una chimenea en la esquina luchaba contra el frío que se filtraba por las ventanas.

Nos acomodamos en una mesa cerca de la barra, donde Callum pidió dos vasos de vino caliente. Me quité los guantes, masajeando mis manos para devolverles algo de vida mientras observaba a los músicos que tocaban en un rincón del pub. Eran jóvenes, probablemente estudiantes, pero su habilidad con los violines y las flautas era impresionante. Las notas bailaban en el aire, creando una melodía que parecía abrazar a los presentes.

—¿Qué opinas? —preguntó Callum, colocando el vaso frente a mí. El aroma del vino caliente, mezclado con naranja y clavo, me hizo sentir un poco más cómoda.

—Admito que no está mal. —Tomé un sorbo, dejando que el líquido cálido recorriera mi garganta.

—¿Solo *no está mal*? Vaya, Samara, tu entusiasmo desbordante me abruma. —Callum sonrió, y la burla en su tono era evidente.

—¿Y qué esperabas? ¿Que de repente me ponga a cantar villancicos y a decorar un árbol de Navidad? —repliqué, alzando una ceja.

—Eso sería un comienzo interesante. —Sus ojos brillaban con diversión—. Aunque creo que con tu nivel actual de espíritu navideño, deberíamos empezar con algo más básico. ¿Quizás un poco de fe en la humanidad?

—Muy gracioso. —Intenté mantener mi tono serio, pero la curva de mis labios me traicionó. Había algo en Callum que hacía imposible no bajar la guardia, aunque solo fuera un poco.

La música continuaba, y por un momento nos quedamos en silencio, escuchando las melodías que llenaban el aire. Afuera, la tormenta seguía rugiendo, pero dentro del pub, todo parecía más cálido, más seguro. Al alzar la vista, me encontré con la mirada de Callum fija en mí. Sus ojos, tan azules y claros como el cielo en un día sin tormenta, me estudiaban con una mezcla de curiosidad y algo más que no pude identificar.

—¿Qué? —pregunté, rompiendo el momento con una sonrisa nerviosa.

—Nada. —Desvió la mirada, pero su sonrisa permaneció—. Solo intentaba imaginar qué te trajo aquí realmente. Más allá del trabajo, quiero decir.

—Eso es todo lo que hay. Trabajo. —Di un sorbo al vino, pero sus palabras me dejaron una sensación incómoda. ¿Era tan evidente que había algo más, algo que ni siquiera yo estaba dispuesta a admitir?

—Lo dudo. —Su tono era suave, pero seguro—. Pero está bien, no tienes que decírmelo ahora. Tal vez después de un par de copas más.

—No contengas la respiración. —Intenté sonar mordaz, pero él solo rió, un sonido bajo y agradable que parecía llenar el espacio entre nosotros.

Mientras hablábamos, nuestras manos se rozaron accidentalmente al mover los vasos sobre la mesa. Fue un toque breve, insignificante en apariencia, pero el calor que dejó fue imposible de ignorar. Me congelé por un instante, al igual que él, pero ninguno dijo nada. El momento pasó rápidamente, aunque la sensación permaneció.

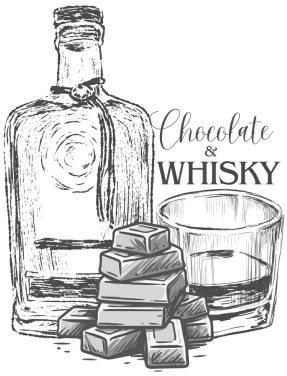
—Samara, creo que hay esperanza para ti —dijo finalmente, con una sonrisa que parecía

más suave esta vez.

—¿Ah, sí? —Quise sonar indiferente, pero el rubor en mis mejillas, probablemente por el vino, delató que no lo había logrado.

—Definitivamente. Pero creo que voy a necesitar más tiempo para convencerte. —Callum se recostó en su silla, como si acabara de hacer una apuesta que estaba seguro de ganar.

Me quedé mirándolo, sin saber qué responder. Había algo en él, algo que no podía explicar, que me hacía sentir más viva de lo que me había sentido en mucho tiempo. Y eso, en sí mismo, era aterrador.



CAPÍTULO 5

Historias entre las Piedras de Dean Village

El día comenzó con un cielo que prometía lluvia, una mezcla de nubes densas y un frío que calaba los huesos. Callum, como siempre, llegó con esa sonrisa fácil y un entusiasmo que parecía invulnerable al clima escocés. Me llevó a Dean Village, un lugar que había mencionado como *uno de los secretos mejor guardados de Edimburgo.* A pesar de mi cinismo, algo en su tono me hizo seguirlo.

Dean Village estaba a solo unos minutos del bullicio del centro, pero era como entrar en otro mundo. Las calles adoquinadas, los puentes de piedra y las casas pintorescas con fachadas cubiertas de enredaderas parecían sacadas de un cuento. El río Water of Leith atravesaba el barrio con una serenidad que contrastaba con el rugido distante de la ciudad. Todo estaba envuelto en un silencio que solo se rompía por el sonido del agua fluyendo y el crujido de las hojas bajo nuestros pasos.

—Impresionante, ¿verdad? —preguntó Callum, rompiendo el silencio mientras señalaba un molino restaurado a nuestra derecha.

—Lo es. —Mi respuesta fue más honesta de lo que pretendía. Había algo en este lugar que desarmaba incluso mi escepticismo. La combinación de la arquitectura antigua y la naturaleza parecía casi mágica, como si el tiempo hubiera decidido detenerse aquí.

Seguimos caminando por un sendero estrecho que bordeaba el río. Callum se detuvo en un pequeño puente, apoyándose en la barandilla mientras miraba el agua. Por primera vez desde que lo conocí, parecía perdido en sus pensamientos, casi vulnerable. La energía despreocupada que solía irradiar estaba ausente, reemplazada por una calma que me desconcertaba.

—Solía venir aquí con mi madre cuando era niño —dijo finalmente, su voz baja, como si no quisiera romper la quietud del lugar—. Ella amaba este barrio. Decía que era el único lugar en Edimburgo donde podía respirar de verdad.

Me quedé a su lado, observándolo de reojo. Su perfil estaba relajado, pero sus ojos tenían una tristeza que no había visto antes. No sabía qué decir, así que opté por el silencio, esperando que continuara.

—Mi madre era todo para mí. —Callum dejó escapar un suspiro y giró la cabeza hacia mí—. Murió cuando yo tenía dieciocho. Cáncer. Fue rápido, pero devastador. Mi padre nunca se recuperó del todo. Y yo… bueno, tampoco. Supongo que sigo intentando descubrir cómo llenar ese vacío.

La sinceridad de sus palabras me tomó por sorpresa. Había esperado otra historia ligera, una

anécdota divertida, no esta confesión que parecía desnudar una parte de él que nadie más veía. Me sentí incómoda, no porque no quisiera escuchar, sino porque no sabía si tenía el derecho de hacerlo.

—Lo siento, Callum. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Me giré hacia el río, sintiéndome torpe, como si no supiera cómo manejar el peso de su dolor.

—Gracias. —Su respuesta fue simple, pero el tono lo decía todo. No esperaba compasión, solo quería compartir esa parte de su vida, y yo había sido la elegida para escucharla.

El silencio volvió a instalarnos entre nosotros, pero esta vez no era incómodo. Era un silencio lleno de entendimiento, como si ambos hubiéramos llegado a un acuerdo tácito para no llenar el espacio con palabras innecesarias.

Finalmente, fue mi turno de romperlo.

—Mi madre siempre decía que la Navidad era la época más mágica del año —dije, sin saber muy bien por qué sentía la necesidad de contarle esto—. Decoraba la casa de arriba a abajo. Hacía galletas, ponía villancicos y se aseguraba de que todos los regalos fueran envueltos con papeles y lazos perfectos. Era… feliz. Y yo lo era también, al menos por un tiempo.

Callum me miró, su expresión tranquila pero expectante. Era como si supiera que había más.

—Pero todo eso cambió. —Mi voz se quebró un poco, y odié lo vulnerable que sonaba—. Cuando tenía quince años, mis padres se separaron justo en Nochebuena. Todo lo que creía sobre la familia, sobre la felicidad… se desmoronó en un instante. Mi madre intentó mantener las tradiciones, pero nunca volvió a ser lo mismo. La Navidad dejó de ser mágica y se convirtió en una especie de recordatorio cruel de lo que habíamos perdido.

No miré a Callum mientras hablaba. En lugar de eso, mantuve mi vista fija en el río, como si las corrientes pudieran arrastrar mis palabras antes de que se asentaran en el aire. Sentí su mano rozar la mía, un gesto ligero, casi imperceptible, pero suficiente para hacerme volver la cabeza.

—Samara… —dijo en un tono suave, cargado de algo que no pude identificar.

—Está bien. —Lo interrumpí, intentando recuperar el control de la situación—. Supongo que por eso soy como soy. Me acostumbré a depender solo de mí misma y a no esperar demasiado de nadie, ni siquiera de las fiestas. Es más fácil así.

Callum asintió, pero no parecía convencido. Sus ojos azules me estudiaban con una intensidad que me hizo sentir expuesta, como si pudiera ver a través de todas las barreras que había construido.

—Es más fácil, sí. Pero eso no significa que sea mejor. —Su voz era firme, pero no juzgaba. Había algo en su tono que sugería que entendía lo que yo sentía, quizás más de lo que quería admitir.

Antes de que pudiera responder, una fina llovizna comenzó a caer, cubriendo el aire con un velo húmedo. Callum me tomó del brazo, esta vez con más seguridad, y me guio hacia un pequeño pasaje cubierto que conectaba con otra parte del barrio. Nos refugiamos bajo un arco de piedra, observando cómo las gotas caían sobre el río y los tejados de las casas.

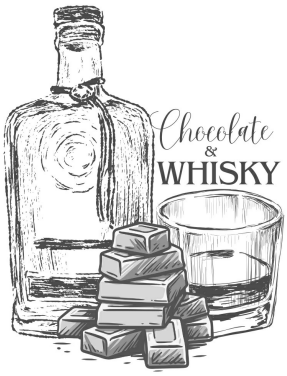
—Dean Village tiene algo especial, ¿no crees? —preguntó, rompiendo el silencio.

—Lo tiene. —No lo miré esta vez, pero pude sentir su sonrisa. Era como si supiera que había ganado una pequeña batalla, aunque no estaba dispuesta a admitirlo.

La lluvia se intensificó, pero nos quedamos allí, protegidos por las piedras antiguas y el tiempo. No sabía qué era exactamente lo que sentía en ese momento, pero había algo en Callum, en su presencia tranquila y su habilidad para desarmar mis defensas, que hacía que el mundo se sintiera un poco menos frío.

Por primera vez en mucho tiempo, pensé que tal vez, solo tal vez, había algo de verdad en la

magia de la que hablaba. Y esa idea, aunque pequeña, me asustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.



CAPÍTULO 6

Ritmos Bajo las Luces del Balmoral

Cuando Callum mencionó la idea de asistir a una fiesta tradicional escocesa, mi primera reacción fue un instintivo *no, gracias.* Las multitudes, los bailes, las conversaciones con desconocidos; todo aquello me ponía incómoda. Pero Callum, con su forma insistente y una sonrisa que desarmaría a cualquiera, logró convencerme. A regañadientes, acepté. Me recordó que yo estaba allí para experimentar la esencia de la Navidad escocesa, y según él, no había mejor lugar para hacerlo que una celebración en el majestuoso hotel Balmoral.

La noche comenzó con un frío cortante que me obligó a ajustar mi abrigo mientras cruzábamos las puertas del imponente edificio. El Balmoral se alzaba como un gigante elegante sobre Princes Street, su torre del reloj marcando el ritmo de la ciudad. Las luces doradas que iluminaban la fachada parecían reflejarse en la fina capa de escarcha que cubría las calles, dándole un aire casi mágico.

Dentro, el ambiente era opulento y acogedor. El mármol del vestíbulo relucía bajo las enormes lámparas de araña, y el calor proveniente de una chimenea decorada con ramas de pino y luces parpadeantes envolvía a los invitados en una burbuja de confort. Callum me ofreció su brazo, un gesto sencillo pero que me hizo sentir algo extrañamente cálido. Acepté, porque rechazarlo habría parecido más incómodo que la propia acción.

La fiesta se llevaba a cabo en uno de los grandes salones del hotel. Las puertas se abrieron para revelar un espacio enorme con techos altos decorados con frescos y candelabros que parecían sacados de una película de época. Las mesas estaban dispuestas alrededor de una pista de baile de madera pulida, y en una esquina, una pequeña orquesta afinaba sus instrumentos. Las notas iniciales de un violín flotaban en el aire, mezclándose con el murmullo de las conversaciones y las risas.

—Impresionante, ¿verdad? —preguntó Callum, inclinándose hacia mí mientras observaba mi reacción.

—Es… bonito. —No quería darle la satisfacción de admitir que estaba deslumbrada, pero mis ojos traicionaban mi intento de indiferencia. El lugar tenía una calidez que no esperaba, algo que me hacía sentir menos ajena.

Callum me condujo hasta una mesa donde ya estaban sentados algunos de sus amigos. Me los presentó uno por uno, y aunque todos eran amables, me sentí como una intrusa en su mundo. Los escoceses parecían compartir una conexión que yo no comprendía del todo, como si todos pertenecieran a una gran familia que se reunía en este tipo de eventos. Callum, como siempre,

parecía moverse con facilidad entre ellos, saludando con un apretón de manos aquí y una broma allá.

La música comenzó a llenar el salón con una melodía animada, y las primeras parejas tomaron la pista. Callum, que hasta ese momento había sido paciente con mi evidente incomodidad, se giró hacia mí con una sonrisa maliciosa.

—Es hora del Ceilidh. —Se levantó, extendiéndome una mano.

—¿El qué? —pregunté, mirándolo con desconfianza.

—El Ceilidh. Un baile tradicional escocés. Es muy divertido, te lo prometo. —Sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y diversión.

—No sé bailar eso, Callum. —Me quedé pegada a la silla, aferrándome a mi copa de vino como si fuera un salvavidas.

—Yo te enseñaré. Es fácil, de verdad. Solo tienes que seguirme. —Su tono era persuasivo, y antes de que pudiera negarme otra vez, tomó mi mano y me guió hacia la pista.

La música cambió a un ritmo más rápido, y los músicos comenzaron a marcar los compases con violines y tambores. Callum se colocó frente a mí, tomándome de ambas manos, y comenzó a explicarme los pasos con una paciencia que no esperaba.

—Primero, avanzamos juntos. Luego giramos. No te preocupes por hacerlo perfecto, solo diviértete. —Su sonrisa me dio una extraña sensación de seguridad, como si no importara cuán desastrosa pudiera ser mi actuación.

Intenté seguirlo, al principio con torpeza, tropezando ligeramente con mis propios pies. Pero a medida que la música avanzaba, algo cambió. Las risas de los demás, el ritmo contagioso y la energía de Callum hicieron que me relajara. No importaba si no dominaba los pasos, porque la alegría del momento era lo único que realmente importaba.

Callum me tomó por la cintura en un giro rápido, y el roce de su mano envió un escalofrío por mi espalda que nada tenía que ver con el frío. Su mirada se encontró con la mía, y por un breve instante, todo lo demás pareció desvanecerse. Fue un momento fugaz, pero lo sentí con una intensidad que no esperaba. Me obligué a apartar la vista, enfocándome en el baile para evitar pensar demasiado en lo que acababa de suceder.

—¿Ves? No es tan difícil. —Callum me lanzó una sonrisa triunfal mientras me giraba de nuevo.

—No cantes victoria todavía. Esto no significa que me esté convirtiendo en una amante de las tradiciones. —Intenté sonar indiferente, pero la verdad era que estaba disfrutando más de lo que quería admitir.

El baile terminó con una risa generalizada y aplausos. Callum me llevó de vuelta a la mesa, donde los demás nos recibieron con comentarios burlones sobre nuestra "química en la pista". Intenté ignorar las miradas, enfocándome en mi copa de vino para ocultar el rubor que subía a mis mejillas.

La noche continuó con más bailes, conversaciones y risas. Poco a poco, me di cuenta de que estaba bajando la guardia, dejando que el ambiente me envolviera. Había algo en esta fiesta, en estas personas, que hacía que todo pareciera menos complicado, más ligero.

Cuando finalmente salimos del Balmoral, la nieve caía suavemente, cubriendo las calles en un manto blanco que absorbía todos los sonidos. Callum caminaba a mi lado, en silencio, con las manos en los bolsillos de su abrigo. Por primera vez, no sentí la necesidad de llenar el silencio. Era cómodo, como si ambos estuviéramos procesando la noche a nuestra manera.

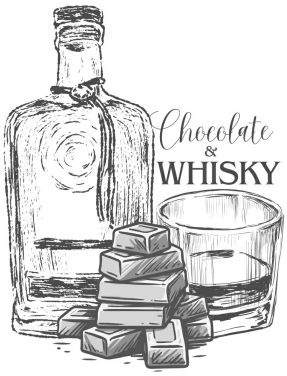
Al llegar al hotel donde me hospedaba, Callum se detuvo en la puerta. Sus ojos se encontraron con los míos, y durante un segundo, pensé que iba a decir algo importante. Pero en

lugar de eso, simplemente sonrió.

—Gracias por venir, Samara. Espero que haya valido la pena y que te sirva para tu artículo *navideño*.

—Supongo que sí. —Mi respuesta fue más suave de lo que pretendía, y antes de que pudiera añadir algo más, me giré y entré al hotel.

Esa noche, mientras me quitaba los zapatos y dejaba mi vestido cuidadosamente doblado sobre una silla, no podía dejar de pensar en el roce de sus manos, en la forma en que me había mirado durante el baile. Algo en mí estaba cambiando, aunque todavía no sabía si estaba lista para aceptarlo.



CAPÍTULO 7

Una Invitación Inesperada

El restaurante del hotel era acogedor, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz pálida del invierno. Las mesas estaban adornadas con pequeñas velas y ramilletes de pino, un detalle que me pareció innecesariamente navideño, pero que aprecié de todos modos. Me había levantado temprano, más por costumbre que por ganas, y estaba disfrutando de mi segundo café mientras hojeaba el menú y miraba por la ventana. La nieve había dejado un manto blanco sobre Edimburgo, y las calles parecían más tranquilas que de costumbre.

Mi momento de paz fue interrumpido cuando una voz familiar resonó detrás de mí.

—¿Sabes que esa concentración tan intensa para elegir un desayuno podría asustar a alguien?

Levanté la vista para encontrar a Callum sonriendo ampliamente, su bufanda ligeramente desordenada y el cabello despeinado por el viento. Llevaba un abrigo negro que parecía haber acumulado copos de nieve en los hombros.

—¿Tú qué haces aquí? —pregunté, sorprendida. Dejé el menú a un lado y crucé los brazos.

—Bueno, no quería perderme la oportunidad de desayunar contigo. —Se encogió de hombros, como si fuera lo más obvio del mundo, y se sentó frente a mí sin esperar invitación.

—¿Me estás acosando, Callum? Porque te advierto que podría escribir un artículo muy poco favorecedor sobre eso. —Intenté sonar seria, pero la sonrisa que apareció en mi rostro lo arruinó.

—Acosar es un término muy fuerte. Digamos que me gusta aparecer en los momentos clave. —Levantó una ceja y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa—. Además, tengo una propuesta para ti.

—¿Una propuesta? ¿Debo preocuparme? —dije, tomando mi taza de café para ocultar la curiosidad que se reflejaba en mi tono.

—Depende de cómo lo veas. —Hizo una pausa para crear suspenso, pero yo solo lo miré con impaciencia—. Tengo que volver a Pitlochry. Es donde está mi casa y, bueno, mi vida. Pero he estado pensando que, si estás aquí para capturar la esencia de la Navidad escocesa, sería un crimen que no conocieras las Tierras Altas.

Me recosté en la silla, tratando de descifrar sus intenciones. Había algo en su tono que parecía casual, pero también genuino. A pesar de mi escepticismo habitual, la idea despertó algo en mí.

—¿Y qué tiene de especial Pitlochry? —pregunté, intentando sonar desinteresada.

—Para empezar, es un pueblo encantador. Tiene un mercadillo navideño pequeño pero

auténtico, y el paisaje es espectacular, especialmente en esta época del año. —Callum se detuvo un momento, como si estuviera evaluando mi reacción—. Además, mi familia tiene una destilería. Podrías probar algunos de nuestros whiskys directamente en el lugar donde los hacemos. Eso sí sería auténtico, ¿no crees?

Lo miré fijamente, intentando encontrar el truco oculto en su propuesta. Pero todo lo que vi fue una mezcla de entusiasmo y una pizca de algo que parecía esperanza.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunté finalmente, arqueando una ceja.

—No conmigo, exactamente. Primero tienes que decidir si quieres venir. Si lo haces, puedes tomar el bus y yo te recogeré en la estación. Te prometo que no te arrepentirás. —Se inclinó hacia atrás, cruzando los brazos con una expresión confiada que me irritaba y me divertía al mismo tiempo.

—¿Y por qué no simplemente alquilo un coche? —repliqué, buscando algún punto débil en su plan.

—Porque conducir por las carreteras escocesas en pleno invierno no es algo que recomendaría a alguien que no esté acostumbrado al terreno. Y, aunque confío en tus habilidades al volante, creo que sería más prudente que viajes en transporte público. —Callum sonrió, como si estuviera orgulloso de su respuesta perfectamente lógica.

Lo miré por un momento, considerando sus palabras. Había algo intrigante en la idea de ver más allá de las luces y las calles adoquinadas de Edimburgo, de experimentar una parte de Escocia que parecía más auténtica, menos diseñada para los turistas. Y, aunque no quería admitirlo, la perspectiva de pasar más tiempo con Callum era sorprendentemente atractiva.

—Está bien —dije finalmente, con un suspiro exagerado—. Pero solo porque necesito material para mi artículo. No te hagas ilusiones.

—¿Ilusiones? Yo nunca me hago ilusiones, Samara. —La sonrisa que me dirigió era lo suficientemente encantadora como para que rodara los ojos.

Callum sacó su móvil del bolsillo y lo colocó sobre la mesa.

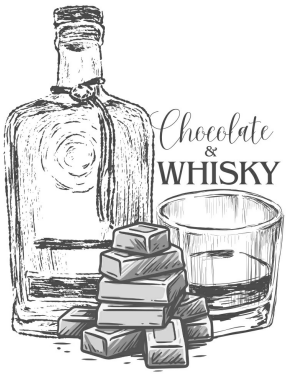
—Anota mi número. Cuando llegues a la estación, me llamas y estaré allí. Puntual, te lo prometo.

Saqué mi teléfono y guardé su contacto, tratando de ignorar la sensación de anticipación que crecía en mi interior. Esto no era más que un paso en mi investigación, me repetí. Nada más.

—¿Y qué pasa si cambio de opinión? —pregunté, alzando una ceja mientras guardaba el móvil en mi bolso.

—Entonces me pasaré por aquí otra vez para convencerte. —Callum se levantó, acomodando su abrigo mientras me lanzaba una última sonrisa—. Pero sé que no cambiarás de opinión. Nos vemos en Pitlochry, Samara.

Y, con eso, se giró y se dirigió hacia la salida, dejándome sola con mi café y una mezcla de emociones que no lograba descifrar. Había algo en Callum, algo en su forma de hablar y de moverse, que hacía que el mundo a su alrededor pareciera más interesante, más vibrante. Y aunque no estaba lista para admitirlo, una parte de mí esperaba con ansias el momento de descubrir qué más podía ofrecer Pitlochry, y quizás, Callum MacLeod.



CAPÍTULO 8

Camino a lo Desconocido

Despedirme de Edimburgo fue más difícil de lo que esperaba. Había algo en esa ciudad, en su mezcla de melancolía y magia navideña, que me había atrapado. A pesar de mi resistencia inicial, había encontrado rincones que me hablaban, historias que se tejían en las calles empedradas, bajo las luces parpadeantes y el cielo eternamente gris. Esa mañana, antes de tomar el autobús hacia Pitlochry, decidí dar un último paseo por Princes Street Gardens. La nieve cubría el césped y los bancos con un manto blanco inmaculado, y las huellas de las botas de los madrugadores quedaban marcadas en el suelo como testigos del paso del tiempo.

Tomé algunas fotos para mi artículo: el castillo al fondo, coronando la ciudad como un guardián eterno, las casetas del mercadillo navideño ahora cerradas y silenciosas, las luces aún encendidas aunque el día ya había comenzado. Había algo extrañamente solemne en esa quietud, como si la ciudad estuviera conteniendo la respiración antes de un nuevo día lleno de bullicio. Me quedé allí un rato, observando cómo el humo de las chimeneas se alzaba hacia el cielo, fundiéndose con las nubes.

Cerca del mediodía, regresé al hotel, recogí mi maleta y tomé un taxi hacia la estación de autobuses. Mi editor estaría encantado de saber que estaba saliendo de mi zona de confort y dirigiéndome a un lugar más pequeño, menos conocido, buscando esa "autenticidad" que tanto valoraba. Lo que no le diría, por supuesto, era que había algo más impulsando mi decisión, una curiosidad que no lograba definir del todo.

El autobús no estaba lleno, lo cual agradecí. Elegí un asiento junto a la ventana, ansiosa por ver cómo cambiaba el paisaje a medida que nos alejábamos de la ciudad. El motor rugió suavemente, y pronto dejamos atrás Edimburgo, con su arquitectura gótica y sus calles abarrotadas de historia. Lo que vino después fue un cambio gradual pero hipnótico.

Las carreteras serpenteaban entre colinas cubiertas de nieve, un paisaje que parecía sacado de una postal. Los árboles desnudos, sus ramas cubiertas de hielo, se alzaban como esculturas naturales contra el cielo opaco. De vez en cuando, pasábamos por pequeños pueblos, apenas un puñado de casas de piedra con techos oscuros y chimeneas humeantes. Cada lugar tenía su propio carácter, pero todos compartían una atmósfera de calma que contrastaba con la energía vibrante de Edimburgo.

Mientras observaba por la ventana, mi mente comenzó a divagar. Había algo reconfortante en el ritmo constante del autobús, en el paisaje que se deslizaba lentamente frente a mis ojos. Me di cuenta de que estaba… emocionada. Esa palabra me sorprendió. No podía recordar la última

vez que había sentido algo así por un simple viaje. Tal vez era el misterio de lo desconocido, la idea de descubrir un lugar que nunca antes había imaginado. O tal vez era el hecho de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba haciendo algo solo para mí, sin expectativas, sin planes estrictos, sin más propósito que estar allí y ver qué sucedía.

Las mariposas en mi estómago eran innegables, pero no quería admitir del todo su presencia. ¿Era esto lo que Callum había querido decir cuando hablaba de la magia de la Navidad? ¿O simplemente era el efecto del paisaje, tan perfecto, tan alejado de todo lo que conocía? Traté de razonar conmigo misma, de encontrar una explicación lógica, pero el caso era que, a medida que el autobús avanzaba, algo en mi interior comenzaba a suavizarse, como si la nieve que cubría las colinas también estuviera cayendo sobre mis defensas.

Pasamos junto a un lago, su superficie congelada brillando bajo la tenue luz del día. El conductor, un hombre de rostro amable y cabello canoso, anunció por el altavoz que estábamos pasando por Loch Leven. Los pasajeros, incluidos algunos turistas que hablaban en susurros emocionados, se acercaron a las ventanas para tomar fotos. Yo no lo hice. Quería capturarlo en mi memoria, no en la cámara.

El camino comenzó a hacerse más estrecho y sinuoso, y la nieve parecía volverse más espesa. Los árboles se agrupaban en pequeños bosques, sus troncos oscuros creando un contraste con el blanco brillante del suelo. El autobús redujo la velocidad al cruzar un puente estrecho, y desde mi asiento pude ver un río que corría bajo nosotros, su agua oscura y helada, pero aún en movimiento, como un recordatorio de que, incluso en el invierno más frío, la vida sigue fluyendo.

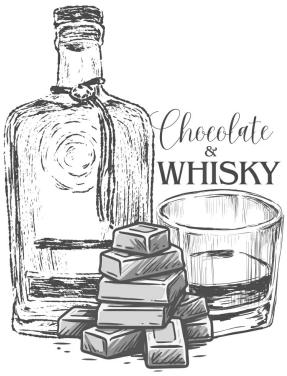
Cerré los ojos por un momento, dejando que el suave vaivén del autobús me arrullara. Mis pensamientos volvieron a Callum, a su sonrisa confiada, a la manera en que parecía disfrutar desafiándome. Me pregunté si realmente había tomado esta decisión por el artículo o si había algo más. No quería admitirlo, pero la idea de verlo de nuevo, en su elemento, en un lugar que claramente amaba, me intrigaba. ¿Qué era lo que lo hacía tan seguro de que Pitlochry me impresionaría? ¿Y por qué estaba tan dispuesto a compartirlo conmigo?

El anuncio del conductor de que faltaban veinte minutos para llegar me sacó de mis pensamientos. Abrí los ojos y volví a mirar por la ventana. Ahora el paisaje era más montañoso, con colinas que se alzaban como gigantes adormecidos, cubiertos de nieve hasta sus cimas. Pitlochry estaba cerca, y aunque no sabía qué me esperaba allí, algo en mí sabía que este viaje no sería solo una parada más en mi camino.

Cuando finalmente vi el cartel que anunciaba la entrada al pueblo, sentí una mezcla de anticipación y nerviosismo. Las casas, con sus tejados inclinados y fachadas de piedra, parecían acogedoras, casi como si me estuvieran dando la bienvenida. Las luces navideñas colgaban de los postes de las calles, y el humo de las chimeneas se alzaba hacia el cielo, mezclándose con el aire frío y claro.

El autobús se detuvo en la pequeña estación, y mientras recogía mi maleta y bajaba al andén, una ráfaga de aire helado me golpeó el rostro. Me quedé allí por un momento, respirando profundamente, dejando que el frío me despejara la mente.

No sabía qué me esperaba en Pitlochry, pero por primera vez en mucho tiempo, no me importaba. Había algo en este lugar, en este viaje, que me hacía querer bajar la guardia, aunque solo fuera un poco. Y mientras me dirigía hacia la salida de la estación, no pude evitar sonreír ante la idea de lo que estaba por venir.



CAPÍTULO 9

Un Encuentro Bajo la Nieve

El aire helado de Pitlochry me envolvió en cuanto bajé del autobús. La estación era pequeña, apenas un par de andenes y un edificio de piedra con una chimenea que humeaba en la distancia. A mi alrededor, la gente se movía con calma, algunos cargando bolsas, otros saludando a familiares con abrazos cálidos. Sostenía la maleta con fuerza, tratando de parecer más segura de lo que realmente me sentía. Fue entonces cuando lo vi.

Callum estaba apoyado contra un imponente todoterreno negro, con los brazos cruzados sobre su pecho y una bufanda gris que parecía perpetuamente parte de su atuendo. Su postura relajada contrastaba con el frío evidente, y la sonrisa que me dirigió al encontrarme entre la multitud era suficiente para derretir un poco la capa de hielo que cubría las calles.

—Sabía que vendrías. —Su voz era cálida y cargada de confianza, como si no hubiera tenido dudas de mi decisión.

—Qué conveniente para ti. —Sonreí mientras me acercaba, dejando que el sarcasmo suavizara mi nerviosismo—. Espero que no hayas esperado mucho.

—Solo lo suficiente para preguntarme si habías cambiado de opinión en el último minuto. —Se inclinó para tomar mi maleta antes de que pudiera protestar. La levantó con facilidad y la guardó en el maletero del coche—. Pero me alegro de que no lo hicieras.

—Eso me hace sentir especial. —Cruzando los brazos, lo observé cerrar el maletero y girarse hacia mí con esa sonrisa tan característica.

—Deberías. —Abrió la puerta del copiloto y me hizo un gesto para que subiera—. Vamos, no quiero que te congeles ahí parada.

El interior del todoterreno era cálido y olía a cuero y a algo sutilmente amaderado que no pude identificar. Me acomodé en el asiento mientras Callum subía al lado contrario y arrancaba el motor, que rugió suavemente bajo el capó. A medida que el coche se ponía en marcha, no pude evitar mirar por la ventana. El paisaje que había visto desde el autobús ahora parecía aún más mágico bajo la tenue luz de la tarde.

—Así que… ¿qué te pareció el viaje? —preguntó Callum, rompiendo el silencio mientras giraba en una carretera flanqueada por colinas nevadas.

—Tranquilo. Silencioso. —Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Tal vez demasiado perfecto. Empezaré a pensar que Escocia está intentando seducirme.

Callum rio, un sonido bajo y agradable que llenó el espacio entre nosotros.

—Bueno, no me sorprendería. Escocia tiene ese efecto en la gente. Aunque tal vez solo seas

más fácil de convencer de lo que te gusta admitir.

—¿Yo? —Lo miré, fingiendo indignación—. Difícilmente. Solo estoy aquí por el artículo, no lo olvides.

—Por supuesto. El artículo. —Su tono burlón me hizo rodar los ojos, pero la sonrisa que tiraba de mis labios era innegable.

El paisaje se volvía más impresionante a cada kilómetro. Las colinas cubiertas de nieve se alzaban como gigantes tranquilos, y pequeños arroyos helados serpenteaban a través de los valles. Cada tanto, pasábamos por casas dispersas, con tejados cubiertos de escarcha y chimeneas humeantes. Callum condujo con una mano en el volante, la otra descansando sobre su pierna, y de vez en cuando señalaba algún punto de interés.

—Allí, cuando era niño, solíamos construir fuertes de nieve. Mi hermana siempre insistía en que fueran castillos, aunque parecían más montones caóticos de hielo. —Su tono era nostálgico, y me encontré preguntándome cómo era Callum de niño.

—¿Hermana? —pregunté, curiosa.

—Sí, Isla. Es artista. Vive en Pitlochry también, pero suele estar encerrada en su estudio. Ya la conocerás. —Callum sonrió, con un destello de orgullo en los ojos—. Es la creativa de la familia. Yo, en cambio, soy más práctico.

—Práctico y con una obsesión por el whisky, aparentemente. —Bromeé, apoyándome contra el asiento.

—Alguien tiene que mantener viva la tradición. —Se encogió de hombros, pero el brillo en su mirada indicaba que había algo más profundo detrás de sus palabras.

Seguimos hablando mientras el coche avanzaba. Le conté sobre mi infancia en España, cómo las Navidades habían sido siempre una mezcla caótica de villancicos, comidas interminables y mi abuela insistiendo en que todos comieran hasta que no pudieran moverse. Él rió al imaginarlo, y por un momento, sentí que estaba compartiendo más de lo que normalmente haría con alguien que apenas conocía.

—¿Y tú? —pregunté, girándome hacia él—. Además de construir castillos de nieve, ¿cómo eran tus Navidades?

Callum pareció reflexionar un momento antes de responder.

—Eran… diferentes. Siempre había una mezcla de tradición y algo de locura. Mi madre adoraba la Navidad, así que se aseguraba de que todo fuera perfecto. Hacíamos chocolate caliente, decorábamos el árbol y mi padre nos leía cuentos junto a la chimenea. —Su voz bajó ligeramente al mencionar a su madre, y pude sentir un destello de la tristeza que había compartido conmigo en Dean Village.

—Parece que tus recuerdos son más felices que los míos. —No lo dije con resentimiento, pero mis palabras quedaron flotando en el aire.

—Quizás. —Callum me miró brevemente, con una expresión que parecía querer decir más, pero se limitó a sonreír—. Pero las Navidades son lo que hacemos de ellas, ¿no crees?

No respondí. Había algo en su forma de ver las cosas que chocaba con mi cinismo, pero también empezaba a encontrarlo… reconfortante.

El coche tomó un desvío hacia una carretera más estrecha, rodeada de árboles cubiertos de nieve. La luz del día comenzaba a desvanecerse, y pequeñas luces colgaban de los postes a lo largo del camino, iluminando la ruta con un resplandor cálido.

—Llegaremos pronto. —Callum rompió el silencio mientras maniobraba en una curva cerrada—. Espero que estés lista.

—¿Lista para qué? —pregunté, sintiendo una punzada de curiosidad.

—Para mi hogar. —Callum sonrió de una manera que me pareció ligeramente traviesa—. Han preparado un dormitorio para ti en el castillo.

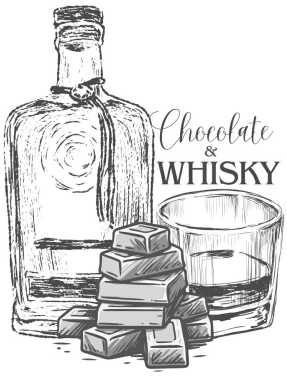
Parpadeé, segura de que había escuchado mal.

—¿El qué? —Mi voz salió más alta de lo que pretendía.

—Mi castillo. —Su sonrisa se amplió, como si disfrutara de mi reacción—. No te preocupes, no es tan intimidante como suena.

Me quedé mirándolo, intentando procesar lo que acababa de decir. Callum MacLeod vivía en un castillo. Y yo estaba a punto de pasar una noche en él. Dejé escapar un suspiro, decidiendo que, por esta vez, simplemente dejaría que el misterio continuara.

Callum rio suavemente mientras el todoterreno avanzaba, dejando que el paisaje, cada vez más mágico, hablara por sí mismo.



CAPÍTULO 10

Una Entrada Digna de un Duque

El todoterreno tomó una última curva, y entonces lo vi. Mi mente tardó unos segundos en procesar la imagen que tenía frente a mí. El castillo se alzaba majestuoso entre las colinas cubiertas de nieve, como sacado de un cuento de hadas que había olvidado leer. Sus muros de piedra oscura se extendían hacia el cielo, salpicados de ventanas con marcos de madera, y dos torres se erguían a cada lado, coronadas con tejados puntiagudos que parecían desafiar la gravedad.

Un largo camino bordeado de árboles desnudos conducía hasta la entrada principal, donde una enorme puerta de madera, adornada con detalles de hierro forjado, esperaba como un guardián silencioso. Pequeñas luces cálidas colgaban de las ramas, parpadeando tímidamente en la creciente oscuridad, como si trataran de suavizar la imponencia del lugar.

—¿Esto es… tu casa? —pregunté, apenas logrando articular las palabras. Mi voz sonó incrédula, como si alguien hubiera arrancado la lógica de mi cerebro y la reemplazara con asombro.

—Bienvenida al hogar de los MacLeod. —Callum sonrió, claramente disfrutando de mi reacción. Se detuvo frente a la entrada, apagó el motor y se giró hacia mí, con una mirada que parecía decir: *¿Qué esperabas?*.

—Esto no es una casa, Callum. Es un castillo. —Me incliné ligeramente hacia la ventana, intentando captar cada detalle. —Por favor, dime que tienes dragones escondidos en alguna parte.

—Si te los enseñara, ¿me creerías? —respondió con un brillo de diversión en los ojos. Bajó del coche y se dirigió al maletero para sacar mi maleta. Yo seguí paralizada, aún procesando lo que estaba viendo.

Finalmente, me obligué a salir del coche, y el aire frío me golpeó de inmediato. El viento llevaba consigo un susurro de los árboles y el aroma de la madera quemándose en alguna chimenea lejana. Me acerqué a Callum mientras él cargaba mi maleta como si no pesara nada.

—¿Por qué no me dijiste que vivías en un castillo? —pregunté, tratando de sonar más irritada de lo que realmente estaba. Mi voz temblaba, no por el frío, sino por la mezcla de incredulidad y algo que no podía identificar.

—¿Y arruinar la sorpresa? No habría sido tan divertido. —Su sonrisa era amplia y despreocupada, como si esto fuera lo más natural del mundo.

Antes de que pudiera replicar, la enorme puerta principal se abrió, revelando a una mujer

mayor con un delantal inmaculado y un cabello perfectamente recogido en un moño. Su rostro se iluminó al ver a Callum.

—¡Joven maestro! —exclamó con un acento escocés marcado. Luego sus ojos se posaron en mí, y su expresión cambió a una mezcla de curiosidad y calidez—. ¿Y esta quién es?

—Margaret, esta es Samara. Nuestra invitada especial. —Callum me miró con una sonrisa traviesa antes de girarse hacia ella—. Samara, Margaret. Ella manda aquí, aunque yo sea técnicamente el dueño.

—Encantada de conocerte. —Extendí mi mano, pero Margaret la ignoró y en su lugar me envolvió en un abrazo rápido pero firme.

—¡Hace mucho que no tenemos invitados! —dijo, soltándome con una sonrisa mientras inspeccionaba mi abrigo como si fuera una prenda a evaluar—. Vamos, entremos antes de que os convirtáis en témpanos.

Seguimos a Margaret al interior, y la primera impresión fue aún más impactante que el exterior. Un enorme vestíbulo se extendía ante mí, con techos altos sostenidos por vigas de madera oscura. Una chimenea monumental dominaba una de las paredes, y el fuego crepitante llenaba el espacio con un calor acogedor. Las escaleras de madera tallada se alzaban en un elegante arco hacia los pisos superiores, y las paredes estaban decoradas con retratos antiguos, probablemente de generaciones pasadas de la familia MacLeod.

—¿Cómo se supone que voy a escribir sobre esto en mi artículo sin que parezca una fantasía? —murmuré, más para mí misma que para él.

—Puedes llamarlo como quieras, pero esto es real. —Callum se inclinó ligeramente hacia mí mientras subíamos las escaleras—. Y creo que te gustará aún más cuando veas tu habitación.

Mi habitación. Claro. Porque esa era la parte que tenía que procesar ahora.

Llegamos a un pasillo decorado con alfombras de motivos escoceses y lámparas que arrojaban una luz suave. Callum abrió una puerta y, con un gesto teatral, me invitó a entrar. La habitación era más grande que mi apartamento en Madrid. Una cama con dosel ocupaba el centro, con cortinas de terciopelo que caían en cascada a los lados. Una chimenea más pequeña, pero igualmente acogedora, estaba encendida, y frente a ella había un sillón que parecía hecho para perderse en un libro durante horas. Las ventanas ofrecían una vista directa a las colinas cubiertas de nieve, iluminadas por la tenue luz del atardecer.

—Espero que sea lo suficientemente cómoda. —Callum dejó mi maleta junto al armario y se apoyó contra la puerta, cruzando los brazos mientras me observaba.

—¿Cómoda? Callum, esto es… —Busqué las palabras adecuadas, pero todas me parecían insuficientes—. ¿Es aquí donde hospedas a todos tus invitados?

—No tengo muchos invitados, para ser honesto. —Se encogió de hombros, como si no entendiera por qué aquello era tan impresionante para mí—. Pero quería asegurarme de que estuvieras cómoda.

—Pues misión cumplida. —Caminé hasta la ventana y miré el paisaje. Era como estar dentro de una pintura, con las colinas y el cielo fusionándose en un lienzo perfecto.

Callum se acercó y se detuvo a mi lado, lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir su calor. Su voz fue más baja esta vez, casi íntima.

—Sabía que te gustaría. Hay algo en este lugar… tiene una forma de llegar a la gente, incluso a las más escépticas.

Giré la cabeza para mirarlo, y nuestras miradas se encontraron. Había algo en sus ojos, una mezcla de confianza y vulnerabilidad, que me hizo olvidar por un momento dónde estábamos. El silencio entre nosotros se llenó de algo que no podía describir, una tensión que parecía envolver

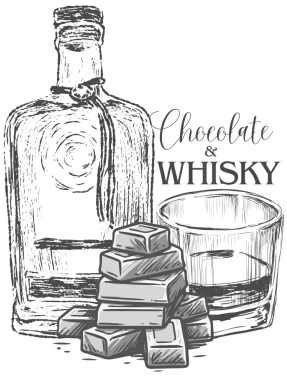
el aire como el calor de la chimenea.

—Bueno, deberías irte antes de que esto se vuelva incómodo. —Mi intento de romper el momento fue torpe, pero necesario.

Callum rio, esa risa baja y grave que parecía resonar en mi pecho.

—Tienes razón. —Dio un paso hacia atrás, pero su sonrisa no se desvaneció—. Nos vemos abajo. Margaret está preparando algo especial para cenar. Espero que tengas hambre.

Y con eso, salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Me quedé allí, mirando la puerta cerrada, sintiendo que algo había cambiado en el breve tiempo que llevábamos juntos. No estaba segura de qué, pero sabía que este castillo y su dueño tenían una forma peculiar de desarmar mis defensas.



CAPÍTULO 11

Encuentros Cálidos en un Lugar Frío

La luz del amanecer se filtraba tímidamente por las enormes ventanas de mi habitación, proyectando destellos suaves sobre las cortinas de terciopelo. Había dormido sorprendentemente bien, acurrucada bajo una gruesa manta mientras el crepitar de la chimenea llenaba la habitación de una calidez reconfortante. Me vestí con ropa cómoda pero abrigada, lista para enfrentar el frío que parecía envolver todo este lugar como una constante.

Cuando llegué al comedor, Callum ya estaba allí, sentado en la cabecera de una mesa larga de madera oscura, leyendo algo en su móvil. Al escuchar mis pasos, levantó la vista y me sonrió con esa expresión despreocupada que parecía ser parte de su esencia.

—Buenos días. ¿Dormiste bien en tu nuevo castillo? —preguntó con tono burlón.

—Dormí mejor de lo que esperaba. Aunque aún estoy procesando que estoy en un castillo, literalmente. —Me senté en una de las sillas cercanas, sintiéndome más relajada de lo que hubiera imaginado en un lugar tan imponente.

Antes de que pudiera responder, otra voz, femenina y llena de energía, irrumpió en la conversación.

—Así que tú eres la famosa Samara.

Me giré hacia la puerta y vi a una mujer entrando en la habitación. Era tan parecida a Callum que por un momento pensé que estaba viendo una versión femenina de él. Tenía el mismo cabello oscuro, aunque el de ella era largo y le caía en ondas suaves sobre los hombros. Sus ojos, de un azul intenso, reflejaban la misma chispa que los de su hermano, pero había algo más en su expresión, una curiosidad abierta que la hacía parecer más accesible.

—Soy Isla, la hermana de Callum. —Extendió la mano hacia mí, pero antes de que pudiera estrechársela, se inclinó para darme dos besos, algo que no esperaba y que me tomó desprevenida.

—Encantada de conocerte, Isla. —Le devolví una sonrisa mientras me acomodaba en mi silla.

—Lo mismo digo. Callum no para de hablar de ti. —Isla me guiñó un ojo mientras se sentaba al otro lado de la mesa, dejando a su hermano visiblemente incómodo.

—Eso no es cierto. —Callum fingió indignación, pero su sonrisa lo traicionó—. No le hagas caso, Samara. Isla tiene un talento especial para exagerar.

El desayuno se sirvió poco después: tostadas, mermeladas caseras, huevos y algo de salmón ahumado que Margaret insistió en que debía probar. La conversación fluyó con naturalidad, y me

sorprendió la facilidad con la que Isla y yo conectamos. Descubrimos que compartíamos un amor por el arte, aunque ella lo expresaba a través de sus pinceles y yo a través de mis palabras. Isla habló de su estudio con pasión, describiendo cómo los paisajes invernales de Escocia inspiraban su trabajo.

—Deberías venir a verlo. —Me invitó mientras tomaba un sorbo de su té—. Está aquí cerca, en el pueblo. Aunque hace un frío terrible, te prometo que dentro hay suficiente calor para sobrevivir.

—Me encantaría. —Respondí con sinceridad. Había algo en su entusiasmo que me hacía querer conocer más sobre ella.

—Perfecto. —Se levantó de la mesa y se inclinó hacia Callum, plantándole un beso en la mejilla de manera afectuosa—. Cuida bien de nuestra invitada. —Luego se giró hacia mí con una sonrisa amplia—. Y si Callum se pone demasiado mandón, ven a buscarme. Sé cómo manejarlo.

Cuando Isla se fue, me di cuenta de lo mucho que me había gustado ver esa relación entre hermanos. Había una complicidad en sus gestos y palabras, un cariño evidente que hacía que mi pecho se sintiera extrañamente cálido. Me recordó lo que alguna vez tuve con mi madre, antes de que todo se desmoronara.

—¿Siempre es así? —pregunté mientras Callum terminaba su café.

—¿Así cómo? —respondió, levantando una ceja.

—Tan… cálida. Y directa. —Me recosté en mi silla, estudiándolo.

Callum sonrió, como si hubiera esperado esa pregunta.

—Siempre. Isla tiene una forma de iluminar cualquier lugar al que va. —Se levantó, recogió su taza y me hizo un gesto con la cabeza—. Vamos, te enseñaré el pueblo. Estoy seguro de que también te sorprenderá.

El trayecto hasta el pueblo fue breve, apenas unos minutos en coche, y el paisaje continuaba siendo tan hermoso como el día anterior. Cuando llegamos, Pitlochry parecía una postal hecha realidad. Las pequeñas calles estaban flanqueadas por casas de piedra con tejados cubiertos de nieve, y las ventanas de las tiendas brillaban con decoraciones navideñas. Había un aire acogedor que parecía envolverlo todo, como si el frío no fuera suficiente para apagar la calidez de este lugar.

Nuestra primera parada fue una pequeña tienda de antigüedades, donde conocí a Fiona. Era una mujer mayor, con el cabello gris recogido en un moño y una sonrisa que parecía no tener fin.

—¡Ah, Callum! —exclamó al vernos entrar—. ¿Y esta joven tan encantadora quién es?

—Fiona, ella es Samara. Está escribiendo un artículo sobre la Navidad escocesa y decidió que Pitlochry era el lugar perfecto para inspirarse. —Callum se giró hacia mí con una sonrisa burlona—. Aunque todavía no está del todo convencida.

Fiona me miró con una expresión de fingida indignación.

—¿No convencida? ¡Eso es porque no has probado mis galletas de jengibre! —Me tomó del brazo y me llevó hasta un mostrador lleno de pequeños tarros y bandejas con dulces. —Prueba una. Y si después de eso sigues sin creer en la magia de la Navidad, no sé qué más puedo hacer.

Tomé una galleta y, después de un primer mordisco, tuve que admitir que era deliciosa.

—Está bien, tal vez haya un poco de magia en esto. —Sonreí, y Fiona aplaudió, como si hubiera logrado una gran victoria.

Más tarde, Callum me llevó a una panadería donde conocimos a Angus, un hombre robusto que llevaba un kilt y tenía una risa que llenaba todo el lugar. Nos ofreció un trozo de pastel de mantequilla y bromeó con Callum sobre "las visitas misteriosas" que traía al pueblo.

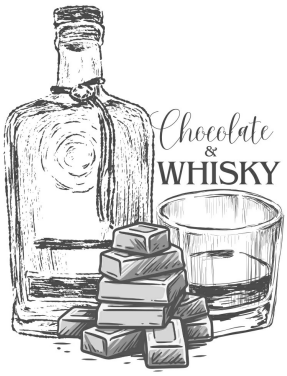
—¿Y tú quién eres, eh? —preguntó Angus, señalándome con una mirada curiosa.

—Solo una periodista de paso. —Respondí, sintiéndome divertida por su tono exagerado.

—No hay *de paso* en Pitlochry, querida. —Su risa resonó de nuevo, y no pude evitar reír también.

Mientras recorríamos el pueblo, noté cómo la gente saludaba a Callum con familiaridad. Aquí no era el dueño de un castillo, ni un duque, sino simplemente un vecino más, alguien querido y respetado por todos. La calidez de este lugar, de su gente, comenzaba a deshacer algunas de las barreras que había construido alrededor de mi corazón.

Y mientras caminábamos de regreso al coche, con las luces navideñas encendiéndose a nuestro alrededor, sentí que algo en mí empezaba a cambiar. Tal vez, solo tal vez, había un lugar para la magia en mi vida después de todo.



CAPÍTULO 12

Dulce Calor en el Frío del Castillo

La cocina del castillo era sorprendentemente acogedora, un contraste absoluto con la imponente fachada del edificio. Los muros de piedra estaban cubiertos por estanterías llenas de tarros de especias, y sobre la encimera descansaban utensilios que parecían haber sido usados por generaciones. Una enorme mesa de madera ocupaba el centro de la habitación, y el aroma persistente a canela, cacao y madera quemada llenaba el aire. La chimenea al fondo crepitaba suavemente, lanzando sombras cálidas que danzaban por las paredes.

—¿Así que hoy aprenderé a hacer chocolate caliente con whisky? —pregunté, apoyándome en el borde de la mesa mientras Callum sacaba varios ingredientes de los armarios.

—No cualquier chocolate caliente, Samara. —Callum me lanzó una sonrisa divertida mientras colocaba una botella de whisky sobre la encimera—. Esto es una tradición familiar. Mi abuelo decía que el verdadero espíritu navideño estaba en este chocolate, no en las luces ni en los regalos.

—Tu abuelo suena como alguien interesante. —Lo observé mientras encendía el fuego bajo una cacerola. Sus movimientos eran seguros, como si esta receta estuviera grabada en su memoria.

—Lo era. —Callum se quedó pensativo por un momento, revolviendo la leche en la cacerola con una cuchara de madera—. Era un hombre simple, pero lleno de historias. Fue él quien inició la destilería, y solía decir que el whisky no solo calentaba el cuerpo, sino también el alma.

—¿Y qué pasó con él? —pregunté suavemente.

—Murió hace algunos años, pero dejó una huella en todos nosotros. —Callum sonrió con un toque de nostalgia—. Solía reunirnos a todos en esta cocina durante las fiestas y preparaba este chocolate. Decía que un buen chocolate caliente con whisky era el único remedio contra el frío escocés.

Me quedé en silencio, dejándole el espacio para compartir su recuerdo. Había algo en su tono, una calidez que parecía envolver todo lo que decía.

—Ven aquí, te enseñaré. —Callum me hizo un gesto para que me acercara, entregándome una cuchara de madera—. Remueve la leche mientras añado el cacao. El truco está en hacerlo lentamente, para que quede cremoso.

—¿El whisky se añade ahora? —pregunté, tomando la cuchara y revolviendo con cuidado.

—No tan rápido. —Callum negó con la cabeza, sonriendo como si hubiera contado un

secreto importante—. El whisky siempre al final. Así conserva su sabor.

La cocina se llenó del aroma rico y profundo del cacao mientras seguíamos trabajando juntos. Callum estaba más cerca de lo que esperaba, y podía sentir el calor de su presencia, incluso más que el de la chimenea. Su voz, baja y tranquila, me guiaba en cada paso, y no podía evitar notar cómo su mano rozaba la mía cuando me pasaba algún ingrediente.

—¿Y tu padre? —pregunté, intentando mantener el tono ligero mientras añadía una pizca de canela.

La sonrisa de Callum se desvaneció por un instante, aunque trató de disimularlo.

—Mi padre… está en una residencia. —Se giró ligeramente, como si necesitara enfocarse en algo más mientras respondía—. Tiene Alzheimer. Lo diagnosticaron hace unos años, y desde entonces ha ido perdiendo partes de sí mismo. Es difícil, pero sabemos que está en buenas manos.

Su sinceridad me golpeó, y por un momento no supe qué decir. Quería ofrecer algo, pero las palabras parecían inadecuadas.

—Lo siento mucho, Callum. —Dejé la cuchara a un lado, apoyando mis manos en la encimera—. Debe ser duro ver a alguien que amas… cambiar así.

—Lo es. —Callum me miró, su expresión más suave ahora, pero con una tristeza que no intentaba ocultar—. Pero, de alguna manera, también me ha enseñado mucho. Aprendí a valorar más los momentos pequeños, como este. Nunca sabes cuánto tiempo te queda para disfrutarlos.

Hubo un silencio entre nosotros, pero no era incómodo. Era como si la cocina misma nos envolviera en una burbuja de tranquilidad, dándonos permiso para bajar nuestras defensas. El fuego seguía crepitando, llenando el espacio con un calor constante.

—¿Sabes? —Callum rompió el silencio, inclinándose hacia mí mientras volvía a sonreír—. Creo que este chocolate está listo. ¿Quieres probarlo?

Asentí, agradecida por el cambio de tema. Él sirvió el chocolate en dos tazas de cerámica y añadió un pequeño chorro de whisky en cada una. Me entregó una de las tazas y levantó la suya como si estuviera haciendo un brindis.

—Por los momentos pequeños. —Su voz era baja, casi íntima, y nuestros ojos se encontraron mientras chocábamos las tazas suavemente.

—Por los momentos pequeños. —Repetí, sintiendo que esas palabras tenían más peso del que esperaba.

Tomé un sorbo, y el calor del chocolate combinado con el toque del whisky recorrió mi cuerpo como un bálsamo. Era dulce, cremoso, con un leve toque de especias y la calidez del licor al final. No pude evitar cerrar los ojos, disfrutando del sabor.

—Esto es… increíble. —Abrí los ojos para encontrarme con la mirada satisfecha de Callum.

—Te lo dije. —Se inclinó ligeramente hacia la mesa, observándome con una sonrisa que hizo que mi corazón se acelerara.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, pero esta vez estaba cargado de algo diferente. La cercanía física, la calidez de la cocina, y la intimidad de la conversación parecían llenar el aire con una tensión que no podía ignorar. Callum, con su mirada fija en la mía, dejó su taza a un lado y dio un paso hacia mí. Pude sentir su calor, su presencia abrumadora, y por un momento, me sentí completamente vulnerable.

—Gracias por compartir esto conmigo. —Mi voz apenas era un susurro, pero él la escuchó.

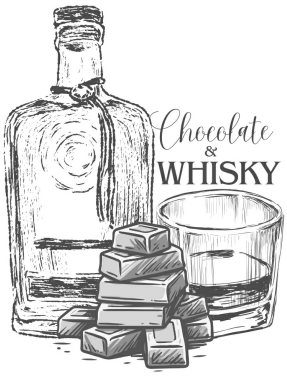
—Gracias a ti por estar aquí. —Su respuesta fue igual de suave, y por un instante, el espacio entre nosotros pareció reducirse a nada.

Mi corazón latía con fuerza, pero antes de que pudiera decir algo más, Callum se apartó

ligeramente, volviendo a tomar su taza.

—Será mejor que llevemos esto al salón. —Su tono era casual, pero sus ojos decían algo diferente. Algo que no podía descifrar del todo.

Asentí, tomando mi taza y siguiéndolo fuera de la cocina, mi mente aún procesando lo que acababa de suceder. Había algo en Callum, en su manera de ser, que hacía que mis muros se tambalearan. Y aunque no sabía si estaba lista para ello, una parte de mí empezaba a querer descubrirlo.



CAPÍTULO 13

Conversaciones Bajo la Nieve

El bosque se extendía frente a nosotros como un paraíso helado. Cada rama de los árboles estaba cubierta por una capa de nieve que brillaba bajo la tenue luz del sol, como si la naturaleza hubiera decidido decorar el paisaje con diamantes. Callum caminaba unos pasos delante de mí, su figura alta y elegante destacando contra el blanco inmaculado. Cada tanto se giraba para asegurarse de que no me quedara demasiado atrás, con esa sonrisa fácil que parecía ser su marca registrada.

El sonido de nuestros pasos crujía sobre la nieve, y el aire helado traía consigo un aroma fresco, limpio, que llenaba mis pulmones y me hacía sentir extrañamente ligera. No había nadie más a nuestro alrededor, solo el bosque, el silencio y nosotros.

—¿No es impresionante? —dijo Callum, deteniéndose en un claro donde los árboles se abrían para dejar ver un pequeño arroyo parcialmente congelado. El agua fluía bajo una fina capa de hielo, creando un sonido suave y relajante.

—Lo es. —Me acerqué a él, metiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo para protegerlas del frío. Mis palabras salieron con un suspiro, y por un momento, simplemente observamos el paisaje.

Callum rompió el silencio después de unos segundos.

—Siempre vengo aquí en esta época del año. Es mi lugar favorito para desconectar, para pensar. —Su tono era sereno, casi melancólico—. Mi madre solía traerme cuando era niño. Decía que este bosque tenía algo mágico, que cada árbol y cada arroyo guardaban historias de las personas que habían pasado por aquí.

—¿Tú también crees en esa magia? —pregunté, mirándolo de reojo.

—Creo que la magia está en las tradiciones, en los recuerdos que creamos. —Callum sonrió suavemente, mirando el arroyo como si estuviera viendo algo más allá—. Por eso me encanta la Navidad. No es solo una época de luces y regalos; es un momento para conectarnos con las personas que amamos, para recordar quiénes somos y de dónde venimos.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. Había algo profundamente sincero en su manera de hablar, una pasión por la vida que contrastaba con mi cinismo. Decidí abrirme un poco, sintiendo que este bosque, con su serenidad, era el lugar adecuado para ello.

—No celebro la Navidad desde hace un par de años. —Mi voz sonó más baja de lo que esperaba.

Callum me miró con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¿Por qué no?

—Mi madre se fue a Armenia. —Solté un suspiro y me crucé de brazos, intentando protegerme del frío y de las emociones que comenzaban a surgir—. Mis abuelos se enfermaron, y ella decidió que debía volver para cuidarlos. Desde entonces, la Navidad simplemente dejó de ser importante. Sin ella aquí, no tiene sentido.

Callum asintió lentamente, como si estuviera procesando mis palabras.

—Debe ser difícil estar lejos de ella. —Su voz era suave, comprensiva.

—Lo es. —Una sonrisa amarga se dibujó en mis labios—. Pero al menos ella tiene una razón. Mi padre, en cambio, simplemente decidió que no quería ser parte de mi vida.

Callum frunció el ceño, pero no dijo nada, dándome el espacio para continuar.

—Cuando mis padres se separaron, mi padre rehizo su vida con otra mujer. Tienen hijos juntos, una familia perfecta. —Las palabras salieron con un amargor que no pude contener—. Y yo... bueno, no encajo en esa familia. Cada vez que lo llamo, se asegura de recordarme eso, de hacerme sentir que soy una mala hija por no estar más presente, como si fuera mi culpa que él nunca se preocupe por mí.

Callum me miró, sus ojos llenos de algo que parecía mezcla de rabia y tristeza.

—No mereces eso. —Su tono era firme, casi protector.

—Lo sé. —Mi voz se quebró un poco, y me odié por ello—. Pero es más fácil simplemente evitarlo, ¿sabes? Así no tengo que escuchar lo decepcionado que está.

Callum dio un paso hacia mí, cerrando la distancia entre nosotros. Su mano se posó suavemente en mi brazo, y el calor de su toque atravesó las capas de ropa, llevándose algo del frío que sentía, no solo en mi piel, sino en mi interior.

—Samara... —Su voz era un susurro, cargado de emociones que no podía identificar del todo—. No tienes que cargar con eso sola.

Mis ojos se encontraron con los suyos, y por un momento, el tiempo pareció detenerse. Había algo en su mirada, una mezcla de fuerza y ternura, que me hizo sentir más vulnerable de lo que estaba preparada para admitir. Pero antes de que pudiera responder, Callum rompió el momento con una sonrisa.

—Ven. Creo que necesitamos algo más alegre para terminar el día. —Su tono volvió a ser ligero, pero su mano aún estaba en mi brazo, como si no quisiera dejarme ir del todo—. Te llevaré al pub de mi mejor amigo. Es imposible no reírse con Ewan cerca.

Abandonamos ese rincón mágico, cogidos de la mano. Debería de haberme sentido extraña por ese gesto, esa cercanía, pero no fue así. Sorprendentemente para mí, me sentía muy cómoda, como si fuese algo cotidiano entre los dos.

El pub estaba exactamente como Callum lo había descrito: cálido, acogedor, y lleno de risas. Ewan, un hombre robusto con una risa contagiosa y un acento tan espeso que tuve que esforzarme por entenderlo, nos recibió como si fuéramos de su familia.

—¡Callum! ¡Por fin traes a alguien interesante! —dijo Ewan, dándome un vistazo rápido antes de guiñarme un ojo.

—Ewan, no la asustes . —Callum rio mientras nos guiaba a una mesa cerca de la chimenea.

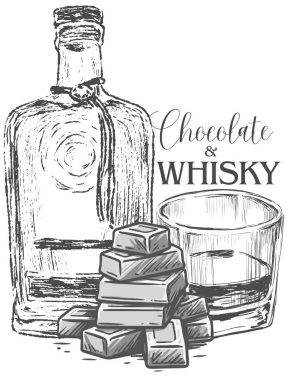
La noche transcurrió entre anécdotas y bromas, con Callum y Ewan contando historias de su infancia que me hicieron reír más de lo que esperaba. Hablaron de las travesuras que habían hecho juntos, como la vez que intentaron construir un trineo improvisado y terminaron rodando colina abajo cubiertos de barro.

—¿Y tú, Samara? —preguntó Ewan, inclinándose hacia mí con una sonrisa cómplice—.

¿Qué hacías de niña durante la Navidad?

—Intentar mantenerme fuera de problemas, supongo. —Sonreí, sintiéndome extrañamente cómoda entre ellos.

La noche terminó con un brindis, los tres chocando nuestras copas bajo las luces cálidas del pub. Mientras regresábamos al castillo, con el frío de la noche envolviéndonos, me di cuenta de que algo había cambiado. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que no estaba completamente sola. Y eso, en sí mismo, era un regalo que no esperaba recibir.



CAPÍTULO 14

Entre Canciones y Celos

La luz tenue de la mañana se filtraba a través de las cortinas de terciopelo, envolviendo la habitación en un cálido resplandor dorado. Abrí los ojos lentamente, dejando que la calma del castillo me envolviera. Por primera vez en mucho tiempo, no sentí la necesidad de levantarme de inmediato. Permanecí bajo las mantas, dejando que el calor reconfortante de la cama me abrazara mientras mi mente volvía al paseo por el bosque del día anterior.

Las palabras de Callum resonaban en mi mente, cargadas de sinceridad y vulnerabilidad. La manera en que había compartido sus pensamientos sobre la Navidad, sobre su familia, me había tocado más de lo que estaba dispuesta a admitir. Había algo en él, en su capacidad para equilibrar la fuerza y la sensibilidad, que derribaba poco a poco las murallas que había construido alrededor de mí misma. Era peligroso, porque lo que empezaba como una conexión casual se estaba transformando en algo más profundo, algo que no sabía si estaba preparada para enfrentar.

Suspiré, girándome en la cama mientras mi mirada se posaba en las sombras que las ramas de los árboles proyectaban en el techo. ¿Qué estaba pasando conmigo? Había llegado aquí convencida de que este viaje era una mera tarea profesional, un medio para capturar la esencia de la Navidad escocesa. Pero ahora, con cada día que pasaba, me sentía más involucrada en la vida de Callum, en sus tradiciones, en su mundo.

Decidí finalmente levantarme. El frío del suelo de piedra me despertó por completo mientras me ponía unos calcetines gruesos y un jersey cómodo. Bajé al comedor, donde el aroma del café recién hecho me recibió antes de que lo hiciera Callum.

—Buenos días. —Su voz, baja y tranquila, parecía llevar consigo la calidez del fuego que ardía en la chimenea cercana.

—Buenos días. —Respondí, tratando de mantener mi tono neutral mientras me sentaba a la mesa. Isla ya estaba allí, con un bol de avena frente a ella y un brillo travieso en los ojos.

—¿Cómo dormiste, Samara? —preguntó, claramente disfrutando de la oportunidad de hacerme sentir ligeramente incómoda.

—Muy bien, gracias. —Le devolví una sonrisa, aunque sabía que había algo detrás de su pregunta.

—Perfecto. Porque hoy tenemos planes para ti. —Isla se inclinó hacia su hermano, dándole un codazo juguetón—. Callum, tienes que llevar a Samara a la velada que Ewan está organizando en el pub esta noche.

—¿La velada de Ewan? —Callum arqueó una ceja, aunque parecía más divertido que

sorprendido—. No estoy seguro de que eso sea lo que Samara necesita.

—Por supuesto que sí. —Isla ignoró su respuesta y se dirigió a mí—. Es una noche de karaoke, risas y demasiado whisky. Si eso no captura la esencia de la Navidad escocesa, no sé qué lo hará.

No pude evitar reír ante su entusiasmo, aunque una parte de mí se sintió nerviosa. La idea de pararme frente a un micrófono y cantar no era precisamente algo que me atrajera, pero el brillo en los ojos de Callum me hizo dudar.

—Está bien. —Finalmente cedí, mirando a Callum—. Pero si voy a hacer el ridículo, tú también lo haces.

—Trato hecho. —Callum sonrió, inclinándose hacia mí como si estuviéramos cerrando un pacto.

** ** ** **

El pub de Ewan estaba lleno cuando llegamos esa noche. Las luces cálidas iluminaban el lugar, y la música ya resonaba en el ambiente. Había un escenario improvisado en una esquina, con un micrófono y una pequeña pantalla que mostraba las letras de las canciones. Las mesas estaban llenas de gente charlando y riendo, y el aire estaba cargado del aroma a madera, cerveza y especias.

Ewan nos recibió con los brazos abiertos, envolviendo a Callum en un abrazo y guiñándome un ojo.

—¡Samara! ¿Lista para cantar y avergonzarte como todos nosotros? —preguntó, riendo mientras me ofrecía un vaso de whisky.

—No prometo nada, pero haré mi mejor esfuerzo. —Respondí, aceptando el vaso y tomando un sorbo. El líquido ardió en mi garganta, llenándome de una calidez que parecía adecuada para la noche.

Callum y yo encontramos un lugar cerca del escenario, y antes de que pudiera decir nada, Ewan ya había inscrito nuestros nombres en la lista de karaoke.

—Esto va a ser divertido. —Callum me lanzó una mirada cómplice mientras la primera canción comenzaba y una pareja subía al escenario entre risas.

Cuando llegó nuestro turno, mi corazón se aceleró. Callum eligió una canción que no reconocí de inmediato, pero el ritmo suave y la letra romántica se sintieron como un golpe directo al pecho. Comenzamos a cantar, nuestras voces mezclándose con la música mientras nos mirábamos de reojo, sonriendo ante nuestros propios errores. Había algo increíblemente íntimo en el momento, como si el resto del mundo se hubiera desvanecido, dejando solo nuestras voces y las notas de la canción.

Pero esa sensación se desvaneció cuando noté a una mujer que se acercó a Callum después de que bajamos del escenario. Era alta, hermosa y tenía una sonrisa que parecía sacada de una película. Apoyó una mano en su brazo mientras le decía algo que no pude escuchar. Callum rio, su postura relajada mientras le respondía.

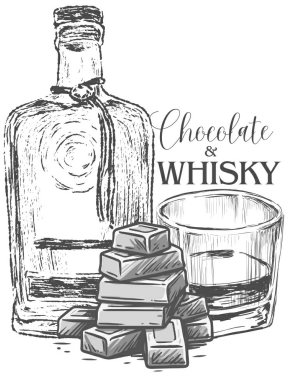
Una punzada de celos me golpeó, inesperada y molesta. No tenía ningún derecho a sentirme así, pero la manera en que la mujer se inclinaba hacia él, tocándolo casualmente, me hizo apretar la mandíbula. Intenté apartar la vista, concentrarme en la siguiente canción, pero mi mente seguía volviendo a esa escena.

—¿Estás bien? —Ewan apareció a mi lado, su expresión curiosa mientras me ofrecía otro vaso de whisky.

—Claro. —Respondí demasiado rápido, forzando una sonrisa—. Solo disfrutando del espectáculo.

Ewan me lanzó una mirada que sugería que no creía ni una palabra, pero no dijo nada más. En su lugar, me dio un golpecito en el hombro y regresó al escenario, listo para cantar su propia versión exagerada de un villancico.

Cuando Callum regresó a mi lado, su sonrisa seguía siendo la misma, pero yo no pude evitar mantener cierta distancia. La noche continuó con más canciones, más risas, pero algo en mí se había apagado ligeramente. Sabía que era irracional, pero no podía ignorar esa punzada de incomodidad que seguía ahí, recordándome lo complicado que era abrirse, especialmente cuando no estaba segura de lo que había al otro lado.



CAPÍTULO 15

Bajo el Cielo de Queens View

La noche era un manto de terciopelo negro salpicado de estrellas, tan brillante y claro que parecía una obra de arte. Callum y yo estábamos de pie en Queens View, un mirador que ofrecía una vista impresionante del Loch Tummel y las montañas cubiertas de nieve. El aire frío mordía mis mejillas, pero la belleza del paisaje me mantenía inmóvil, como si respirar demasiado pudiera romper la magia del momento.

—Es... increíble. —Mis palabras salieron con un susurro, pero sabía que Callum las escuchó. Estaba junto a mí, con las manos en los bolsillos de su abrigo y la mirada fija en el horizonte.

—Siempre vengo aquí cuando necesito claridad. —Su voz era baja, tranquila, casi melancólica. Giró la cabeza hacia mí, sus ojos azules brillando bajo la luz de las estrellas—. Pensé que te gustaría.

—Tenías razón. —Sonreí ligeramente, sin apartar la vista del lago. El agua parecía un espejo, reflejando las estrellas y las siluetas de las montañas como si el cielo y la tierra se hubieran fusionado.

El silencio entre nosotros era cómodo, cargado de algo más que palabras. Pero sabía que había más bajo la superficie, algo que Callum quería decir pero no sabía cómo. Decidí darle tiempo, dejando que fuera él quien hablara primero.

Finalmente, lo hizo.

—¿Sabes? —dijo, su voz rompiendo el murmullo distante del viento—. A veces, todo esto... el castillo, las tierras, la gente... pesa más de lo que puedo manejar.

Lo miré, sorprendida por su honestidad. Había algo en Callum que siempre parecía tan sólido, tan seguro de sí mismo, que era fácil olvidar que también podía sentirse vulnerable.

—¿Pesa cómo? —pregunté, inclinándome un poco hacia él.

Callum suspiró, mirando de nuevo hacia el lago.

—Es una responsabilidad enorme. No se trata solo de mí; se trata de la historia de mi familia, de las personas que dependen de estas tierras, de las tradiciones que debo mantener vivas. —Hizo una pausa, y su expresión se volvió más oscura—. Temo fallarles. Temo no estar a la altura de lo que se espera de mí.

Quise decir algo, ofrecerle consuelo, pero sabía que esto era algo que necesitaba expresar, algo que llevaba dentro. En lugar de interrumpir, simplemente dejé que hablara.

—Mi padre siempre fue un hombre fuerte, alguien que sabía cómo manejar todo. Y ahora, verlo... así, perdiéndose poco a poco, me hace preguntarme si algún día yo también perderé esa

fuerza. —Callum se pasó una mano por el cabello, y su gesto de frustración me hizo querer acercarme a él—. No quiero que me vean como alguien débil, Samara. Pero a veces siento que estoy solo en esto.

—No estás solo. —Mis palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Cuando lo miré, vi el brillo en sus ojos, y supe que había tocado algo profundo.

—Gracias. —Callum sonrió, aunque su expresión seguía siendo seria—. Pero lo que me da miedo es que el agradecimiento no sea suficiente. ¿Qué pasa si, incluso con todo mi esfuerzo, no es suficiente para ellos?

Me acerqué un poco más, sintiendo el frío intenso del aire entre nosotros. Era extraño cómo alguien que parecía tenerlo todo podía cargar con tanto miedo. Pero entendía ese peso, esa presión de sentir que nunca es suficiente.

—Callum, todo lo que he visto de ti hasta ahora me dice que eres más que capaz. —Mis palabras eran sinceras, y me aseguré de que las sintiera—. No necesitas ser perfecto. Solo necesitas ser tú mismo.

Él me miró con una mezcla de sorpresa y algo más que no pude identificar de inmediato. Pero antes de que pudiera decir algo más, decidí compartir mi propio miedo, algo que rara vez admitía.

—Yo también tengo miedo. —Mis palabras eran más suaves ahora, casi un susurro. Desvié la mirada hacia el lago, incapaz de sostener su mirada por mucho tiempo—. Miedo de no ser lo suficientemente valiente para perseguir lo que realmente quiero.

—¿Qué quieres? —Su voz era baja, pero había un filo de urgencia en ella, como si necesitara saberlo.

Tragué saliva, sintiendo cómo el frío y la vulnerabilidad se mezclaban en mi pecho.

—Quiero ser independiente, Callum. —Lo miré, dejando que mis palabras fluyeran como el agua del lago—. Quiero viajar, contar historias reales, entrevistar a personas que valgan la pena, compartirlo en mi propio espacio. No solo seguir las pautas de una revista que dicta lo que debo escribir. Pero... ¿y si fracaso? ¿Y si no soy suficiente para hacerlo por mi cuenta?

El silencio que siguió fue pesado, pero no incómodo. Callum me miró como si intentara leer cada pensamiento en mi cabeza.

—Samara, la vida pasa en un suspiro. —Su voz era suave pero firme—. Si no persigues tus sueños ahora, ¿cuándo lo harás? El fracaso no es el fin, es solo parte del proceso. Pero rendirse antes de intentarlo... eso es lo único imperdonable.

Sus palabras me golpearon con fuerza, como si hubiera estado esperando que alguien las dijera, aunque no lo supiera. Supe entonces que Callum no solo entendía mis miedos, sino que también quería que los superara.

—Eres más fuerte de lo que crees. —Sus ojos se encontraron con los míos, y el calor en su mirada derritió algo dentro de mí.

Antes de que pudiera responder, Callum dio un paso más cerca, acortando la distancia entre nosotros. Mi respiración se detuvo, y en el instante siguiente, sus labios encontraron los míos.

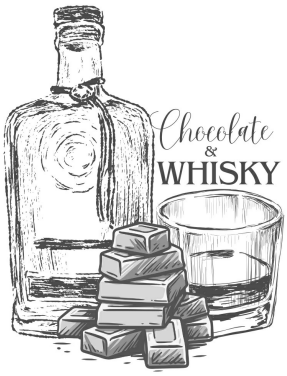
El beso fue intenso, como si ambos hubiéramos estado esperando este momento durante todo el tiempo que nos conocíamos. Sus manos se posaron en mi cintura, cálidas incluso a través de las capas de ropa, mientras las mías se aferraron a los bordes de su abrigo, buscando un punto de anclaje. Todo lo demás desapareció: el frío, el bosque, el lago. Solo estábamos nosotros, dos personas conectando en una manera que las palabras nunca podrían explicar.

Cuando nos separamos, apenas unos centímetros, nuestras respiraciones eran cortas y el aire entre nosotros estaba cargado de algo más que electricidad.

—Samara... —Callum murmuró mi nombre, su voz más baja, casi un susurro.

—Callum... —Respondí, sin saber qué más decir. Mis manos seguían en su abrigo, y mis labios aún sentían el calor de los suyos.

La noche seguía siendo mágica, pero ahora, también lo éramos nosotros. Sabía que este momento, este beso, lo cambiaría todo. Y por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo.



CAPÍTULO 16

Trazos de Navidad

El estudio de Isla estaba escondido en un rincón tranquilo del pueblo, una pequeña cabaña de madera con grandes ventanales que dejaban entrar toda la luz posible. Aunque el exterior parecía sencillo y modesto, el interior era un mundo completamente diferente. Había lienzos apoyados en las paredes, pinceles de todos los tamaños dispersos por las mesas y pequeños tarros llenos de pintura en una explosión de colores. El aroma a aceite de linaza y madera vieja impregnaba el aire, dándole un toque cálido y acogedor.

Isla estaba en el centro del caos, con un delantal salpicado de pintura y el cabello recogido en un moño desordenado. Me recibió con una sonrisa amplia y una energía que parecía llenar todo el espacio.

—¡Samara! Justo a tiempo. Estaba pensando que necesitaba una cómplice para mi próximo proyecto. —Me tomó de la mano y me guio hacia una mesa donde había un lienzo en blanco y una paleta con colores festivos: rojo, verde, dorado y blanco.

—No soy muy buena con esto del arte. —Me reí, mirando la cantidad de materiales frente a mí.

—No necesitas serlo. —Isla movió una mano con despreocupación—. Aquí no se trata de perfección, sino de disfrutar. Además, ¿qué es la Navidad sin un poco de creatividad?

No pude evitar sonreír mientras ella me ofrecía un pincel y comenzaba a mezclar colores en la paleta. Isla se movía con la soltura de alguien que había pasado su vida inmersa en el arte. Me mostró cómo crear pequeñas pinceladas que imitaban copos de nieve y cómo jugar con los tonos para dar profundidad a los verdes y rojos. Al principio, mis trazos eran torpes, pero poco a poco, bajo su guía y con muchas risas de por medio, comencé a sentirme más cómoda.

—Esto es… relajante. —Comenté mientras añadía pequeños detalles a una guirnalda que pintábamos juntas en el lienzo.

—Lo es. —Isla se inclinó hacia mí, con una sonrisa cómplice—. La pintura tiene una forma de hacer que te concentres en los pequeños detalles, ¿no crees? Es como si el mundo desapareciera por un rato.

Asentí, dándome cuenta de que tenía razón. Mientras trabajaba en los colores y las formas, mis pensamientos se habían despejado. Todo lo que importaba en ese momento era el pincel en mi mano y las líneas que trazaba en el lienzo.

—¿Sabes? —dijo Isla después de un rato, mientras limpiaba un pincel y me miraba de reojo —. Creo que tú y Callum hacéis muy buena pareja.

Casi derramé el tarro de pintura que estaba usando.

—¿Qué? —La miré, mi rostro claramente traicionando la calma que intentaba mantener—. Isla, no hay nada entre tu hermano y yo. Somos... amigos. Nada más.

Ella rio suavemente, su mirada tan afilada como su intuición.

—Claro. Amigos. —Su tono burlón me hizo rodar los ojos, pero continuó antes de que pudiera interrumpirla—. Samara, he visto cómo te mira. Y si te soy sincera, nunca lo he visto así con nadie más.

—¿Así cómo? —pregunté, aunque una parte de mí ya sabía la respuesta.

Isla se cruzó de brazos y me estudió por un momento antes de responder.

—Como si fueras la única persona en la habitación, aunque esté rodeado de un millón de personas. —Su voz era más suave ahora, casi como si estuviera compartiendo un secreto—. Mi hermano es un buen hombre, Samara. Pero también es alguien que ha aprendido a ocultar lo que siente. Contigo, no lo hace.

No supe qué decir. Mis pensamientos se arremolinaban mientras recordaba los momentos que había compartido con Callum, desde las risas en el pub hasta el beso bajo el cielo estrellado. Mi corazón latía más rápido, como si mi cuerpo estuviera confirmando algo que mi mente aún se resistía a aceptar.

—No sé qué estás viendo, Isla. —Intenté mantener mi tono neutral, pero incluso yo podía oír la inseguridad en mi voz—. Callum y yo venimos de mundos diferentes.

—Eso no significa que no puedan encontrar un punto en común. —Isla sonrió, inclinándose hacia el lienzo para añadir un toque final a nuestra pintura—. Además, creo que serías una gran duquesa.

—¿Duquesa? —Reí, aunque el sonido salió nervioso—. Ni siquiera sé cómo manejar mi pequeño apartamento de Madrid, Isla. Y mucho menos un castillo y a toda la gente que depende de él.

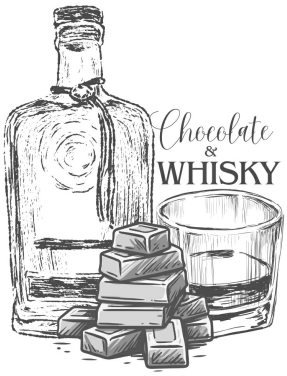
—Tal vez no lo sabes ahora. —Ella me lanzó una mirada firme, pero amable—. Pero has demostrado que tienes la fuerza y la sensibilidad para adaptarte. Eso es todo lo que importa.

La conversación quedó dando vueltas en mi cabeza mucho después de que dejamos los pinceles a un lado y nos sentamos con una taza de té caliente. Isla compartió anécdotas de sus Navidades pasadas, desde los desastres culinarios de su infancia hasta las travesuras que ella y Callum solían hacer cuando eran niños. Me reí hasta que me dolió el estómago, pero incluso mientras lo hacía, las palabras de Isla seguían resonando.

Cuando finalmente regresé al castillo, el cielo comenzaba a oscurecerse y el aire frío se hacía más intenso. Me encontré vagando por los pasillos, mis pasos resonando en las paredes de piedra mientras mis pensamientos seguían girando en torno a Callum y lo que realmente significaba para mí.

¿Era posible que me estuviera enamorando? La idea era aterradora, pero también... emocionante. Había algo en él que me hacía sentir más viva, más conectada con el mundo y conmigo misma. Y no era solo él. Escocia, con su belleza salvaje y sus tradiciones llenas de significado, también había encontrado un lugar en mi corazón.

Me detuve frente a una de las ventanas del castillo, mirando cómo la nieve comenzaba a caer nuevamente, cubriendo el paisaje con un manto blanco. La escena era tan perfecta que parecía sacada de un sueño, y en ese momento, supe que algo en mí estaba cambiando. Estaba empezando a abrirme, a dejarme llevar, y aunque no sabía adónde me llevaría eso, por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo de averiguarlo.



CAPÍTULO 17

En las Sombras de la Biblioteca

La cena había sido un caos encantador. Isla se adueñó de la conversación, contando historias de su infancia con Callum que lo hacían sonrojar y a mí reír a carcajadas. Desde travesuras con globos de agua en pleno invierno hasta desastres culinarios que terminaron con la cocina inundada, las anécdotas fluían con una facilidad que llenaba la mesa de calidez. Callum, aunque intentaba defenderse, no podía evitar sonreír mientras Isla revelaba cada detalle, como si los recuerdos lo llevaran de vuelta a esos días despreocupados.

Cuando terminamos de cenar, Isla se despidió con un beso rápido en la mejilla de su hermano y un abrazo para mí, dejándonos a solas en el comedor. Callum recogió las copas de vino que aún tenían un poco de líquido y me miró con esa mezcla de desafío y ternura que había aprendido a reconocer.

—¿Qué tal si te enseño algo? —preguntó, su voz baja pero cargada de intención.

—¿Algo como qué? —respondí, intrigada.

—Un rincón del castillo que no muestro a todo el mundo. —Su sonrisa era misteriosa, y el brillo en sus ojos hizo que mi corazón se acelerara ligeramente.

Asentí, incapaz de ocultar mi curiosidad, y lo seguí fuera del comedor. Callum me guió por un pasillo que no había explorado antes, uno más estrecho y menos decorado, iluminado solo por unas pocas lámparas que proyectaban sombras danzantes en las paredes de piedra. El silencio del castillo era casi palpable, roto solo por el eco de nuestros pasos.

—¿Adónde vamos? —pregunté, aunque una parte de mí no quería saberlo. Había algo en el aire, una tensión que hacía que cada paso se sintiera más cargado de significado.

—Ya lo verás. —Fue todo lo que dijo, su voz baja resonando en el espacio.

Finalmente, nos detuvimos frente a una puerta de madera oscura, decorada con tallas intrincadas que parecían narrar una historia antigua. Callum empujó la puerta con cuidado, y el aire dentro era cálido, lleno del aroma a libros viejos y madera quemada. Entré detrás de él, mis ojos adaptándose lentamente a la luz suave que provenía de una chimenea en una esquina.

Era una biblioteca, pero no una cualquiera. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros de todos los tamaños, encuadernados en cuero que brillaba bajo la luz del fuego. El techo era alto, con vigas de madera que parecían sostener siglos de historia. Una escalera de hierro se curvaba hacia las estanterías superiores, y en el centro había un par de sillones profundos y una mesa baja con una lámpara de estilo antiguo.

—¿Qué es esto? —pregunté, girándome hacia Callum, maravillada.

—Mi rincón secreto. —Él cerró la puerta detrás de nosotros, y su voz se suavizó mientras avanzaba hacia las estanterías—. Mi abuelo construyó esta biblioteca para mi abuela. Ella era una apasionada de los libros. Todas estas son primeras ediciones.

Me acerqué a una de las estanterías, pasando los dedos por los lomos de los libros. Títulos que reconocía, otros que no, todos impecablemente conservados.

—Esto es... impresionante. —Mi voz era apenas un susurro, como si temiera romper la atmósfera mágica del lugar.

—Lo es. —Callum se acercó, parándose a mi lado. Su calor era palpable, incluso a través de la distancia que aún nos separaba—. Paso mucho tiempo aquí cuando necesito desconectar. Me recuerda a ellos, a su amor por este lugar.

Giré mi cabeza hacia él, y nuestras miradas se encontraron. Había algo en sus ojos, una intensidad que hacía que el aire entre nosotros se sintiera más denso.

—Es hermoso, Callum. —No sabía si me refería a la biblioteca o al momento. Tal vez a ambos.

—Lo es. —Sus palabras fueron un eco de las mías, pero sus ojos no dejaron los míos.

El tiempo pareció detenerse mientras nos mirábamos. La luz del fuego proyectaba sombras en su rostro, resaltando los ángulos de su mandíbula y la suavidad de sus labios. Sin darme cuenta, mi respiración se volvió más lenta, más profunda, y mi piel parecía más sensible a cada detalle: el calor de la chimenea, el aroma de los libros, su proximidad.

—Samara... —Callum murmuró mi nombre, y antes de que pudiera responder, su mano se movió lentamente hasta mi mejilla, acariciándola con una suavidad que me hizo cerrar los ojos por un instante.

Cuando volví a abrirlos, él estaba aún más cerca, y el mundo entero desapareció en el momento en que sus labios tocaron los míos. Fue un beso lento al principio, como si ambos estuviéramos probando las aguas, pero pronto se volvió más intenso, más demandante. Su otra mano se posó en mi cintura, acercándome a él, mientras mis dedos se enredaban en su cabello, buscando un punto de anclaje en medio del torbellino de emociones.

El calor de la chimenea parecía insignificante en comparación con el fuego que crecía entre nosotros. Callum me guio hacia la mullida alfombra junto a la chimenea, sus movimientos seguros pero gentiles. En algún momento del camino, nuestras ropas desaparecieron y nos quedamos desnudos. Me tumbé, y él se inclinó sobre mí, su cuerpo firme pero lleno de cuidado mientras nuestras bocas seguían explorándose, comunicándose de una manera que las palabras nunca podrían.

Cada caricia, cada roce, era una declaración en sí misma. Sus manos se movían con una mezcla de urgencia y reverencia, como si estuviera memorizando cada centímetro de mi piel. Yo respondía de la misma manera, dejándome llevar por la intensidad del momento, por el deseo que había estado latente entre nosotros desde hacía días.

Lo necesitaba, y él a mí. Por eso, abrí mis piernas y elevé las caderas contra él, indicándole que estaba lista. Callum gruñó y entró en mí con tanta delicadez que creí perder la razón. Lo tenía dentro, grueso en todo su esplendor. Jadeante, se retiró hacia atrás y tomó impulso para volver a entrar con más fuerza. Solté un gemido de sorpresa y excitación.

—Llevo tanto tiempo deseando esto... —murmuró contra mi boca mientras me penetraba sin descanso.

—Dios, Callum... no pares. No pares, por favor —supliqué entre jadeos y el sonido de nuestras carnes chocando entre sí. Él tan solo respondió con un gruñido cuando clavé mis uñas en su trasero musculoso y terso.

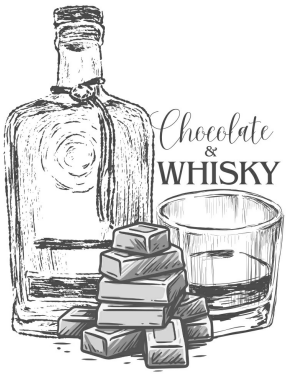
El mundo exterior no existía. Solo estábamos nosotros, envueltos en la calidez de la chimenea, en el aroma a libros viejos y en el sonido de nuestras respiraciones entrelazadas. Era un momento tan íntimo, tan cargado de emociones, que me sentí completamente vulnerable, pero extrañamente segura al mismo tiempo.

Cuando finalmente nos detuvimos, nuestras respiraciones eran cortas, y nuestras miradas, intensas. Callum pasó un dedo por mi mejilla, su expresión suave pero llena de algo que no podía identificar del todo.

—Samara, esto no ha sido solo un momento de desahogo. Quiero que lo sepas. —Su voz era un susurro, pero sus palabras resonaron profundamente dentro de mí.

—Lo sé. —Mi respuesta fue igual de suave, pero llena de convicción.

Porque, en ese instante, supe que esto era más que un simple encuentro sexual, más que una atracción pasajera. Había algo real entre nosotros, algo que no podía negar, incluso si aún no sabía qué significaba.



CAPÍTULO 18

Entre el Miedo y la Esperanza

El amanecer en el castillo tenía una forma de desarmarme. La luz dorada atravesaba los ventanales altos, iluminando los pasillos con un resplandor suave que hacía que todo pareciera menos imponente, menos inalcanzable. Sin embargo, esta mañana, esa luz solo resaltaba la confusión que llevaba dentro. La noche anterior había sido un torbellino de emociones, un momento que había dejado mi corazón expuesto y mi mente llena de preguntas.

Después del desayuno, Callum me encontró en la biblioteca principal. Estaba sentada junto a una de las ventanas, observando la nieve caer lentamente sobre los jardines del castillo. Su llegada fue silenciosa, pero su presencia era imposible de ignorar. Se sentó frente a mí, dejando que el silencio se mantuviera entre nosotros por unos momentos.

—¿Cómo estás? —preguntó finalmente, su voz tranquila, pero cargada de una atención que me hizo sentir vista.

—Confundida. —Respondí con una honestidad que me tomó por sorpresa.

Callum no pareció sorprendido. Asintió lentamente, como si hubiera esperado esa respuesta, y sus ojos se encontraron con los míos.

—Lo entiendo. —Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre sus rodillas—. Anoche... no fue algo que planeé. Pero tampoco es algo que quiero ignorar.

El peso de sus palabras me golpeó, y sentí mi corazón acelerarse. Había algo en Callum que hacía que la vulnerabilidad se sintiera menos aterradora, pero eso no significaba que mis miedos hubieran desaparecido.

—Callum, esto... —Hice una pausa, buscando las palabras correctas—. Esto que está pasando entre nosotros es increíble, pero también me asusta. Tengo una vida en España, un trabajo, amigos. No sé cómo encajar todo esto en mi mundo.

Él asintió de nuevo, su expresión calmada, pero podía ver el conflicto detrás de sus ojos. Quería decir algo, pero estaba esperando, dándome el espacio que necesitaba para expresar mis pensamientos.

—He trabajado mucho para ser independiente, para construir algo propio. —Continué, sintiendo cómo las palabras salían con más facilidad de lo que esperaba—. Y ahora, todo esto me hace cuestionar qué quiero realmente. ¿Qué significa para mí esto... para nosotros?

—Samara. —Callum pronunció mi nombre con una suavidad que parecía envolverme—. No quiero que sacrifiques nada por mí. No estoy aquí para cambiar tu vida, ni para quitarte lo que te hace feliz. Pero tampoco quiero fingir que lo que siento por ti no importa.

Su sinceridad me dejó sin aliento por un momento. Sus ojos se encontraron con los míos, y en ellos vi algo que no podía negar: verdad, compromiso, y algo más profundo que aún no podía nombrar.

—Lo único que quiero es seguir conociéndote, seguir construyendo esto, sea lo que sea. —Callum hizo una pausa, como si buscara las palabras exactas—. Pero si decides que no puedes, si decides que esto no encaja en tu vida, lo aceptaré. No te presionaré, Samara. Solo quiero que sepas que estoy aquí.

Mis manos se aferraron al borde de mi suéter, buscando algo que me anclara mientras mi mente trataba de procesar lo que él estaba diciendo. Había esperado que intentara convencerme, que insistiera, pero su calma, su disposición a aceptar mi decisión, lo hacía todo más real.

—Tengo que volver a España pronto. —Dije finalmente, rompiendo el silencio—. Mi artículo, mi trabajo... es importante para mí.

—Lo sé. —Callum sonrió, pero había algo melancólico en su expresión—. Y no quiero que pierdas esa parte de ti. Solo te pido una cosa.

—¿Qué cosa? —pregunté, sintiendo un nudo formarse en mi garganta.

—Que confíes en esto. —Su voz era baja, pero cargada de intensidad—. En lo que hemos compartido. No tienes que tomar una decisión ahora, ni mañana. Pero no cierres la puerta, Samara. Déjanos la oportunidad de descubrir adónde puede llevarnos esto.

Su honestidad era tan desarmante como todo lo demás en él. Lo miré, tratando de encontrar alguna fisura en su calma, algún indicio de duda, pero no había nada. Callum era todo lo que decía ser: un hombre que no tenía miedo de decir lo que sentía, incluso si eso significaba quedarse vulnerable.

—Esto no es fácil para mí. —Mi voz tembló ligeramente, pero no me importó. Él tenía que saberlo—. Sentir esto... abrirme de esta manera... no sé cómo manejarlo.

—No tienes que hacerlo sola. —Callum se inclinó hacia adelante, tomando una de mis manos entre las suyas. Su toque era cálido, reconfortante—. No estoy aquí para resolver tus problemas, pero quiero estar contigo mientras los enfrentas.

El nudo en mi garganta se apretó, y tuve que desviar la mirada por un momento. Había algo tan incondicional en sus palabras, algo que no había experimentado antes, y eso me asustaba tanto como me atraía.

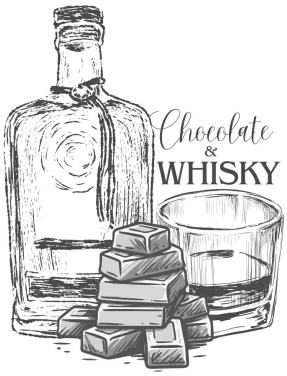
—Gracias. —Dije finalmente, mirando nuestras manos unidas.

Callum no respondió con palabras. En su lugar, apretó ligeramente mi mano antes de soltarla, dándome el espacio que necesitaba. El resto de la mañana pasó en un equilibrio entre el silencio y la conversación ligera. Callum parecía saber exactamente cuándo retroceder y cuándo acercarse, y esa comprensión solo reforzó lo especial que era.

Más tarde, mientras caminaba sola por los jardines nevados del castillo, las palabras de Callum seguían resonando en mi mente. Había algo tan real, tan genuino en él, que hacía imposible ignorar lo que sentía. Pero también sabía que mis miedos no desaparecerían de la noche a la mañana.

La nieve caía suavemente, cubriendo el suelo con una capa nueva y brillante. Me detuve junto a uno de los árboles desnudos y miré hacia el horizonte, donde las montañas se alzaban majestuosas contra el cielo gris. En ese momento, supe que estaba en un punto de inflexión, un momento en el que tendría que decidir qué quería realmente.

Y aunque aún no tenía todas las respuestas, había algo de lo que estaba segura: Callum no era solo una parte de este lugar. Era alguien que había llegado a significar más de lo que esperaba, y por mucho que me aterrara admitirlo, no quería perderlo.



CAPÍTULO 19

Bajo las Luces de Faskally Woods

El día amaneció con el cielo despejado, un cambio bienvenido después de días de niebla y nieve constante. Las calles de Pitlochry estaban llenas de vida, con puestos decorados con guirnaldas y luces parpadeantes que parecían competir entre sí por ser los más festivos. El olor a galletas recién horneadas y a chocolate caliente llenaba el aire, mezclándose con las risas de los niños que corrían entre las mesas improvisadas de las tiendas locales.

Callum caminaba a mi lado, su postura relajada pero con un brillo en los ojos que sugería que tenía algo planeado. No me había dado muchos detalles sobre la celebración de esa noche, solo que debía mantener la agenda libre y estar lista para algo especial.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó mientras nos deteníamos frente a un puesto donde una mujer mayor vendía adornos hechos a mano.

—Sorprendentemente, sí. —Sonreí, tomando entre mis manos un pequeño colgante en forma de estrella, tallado en madera y pintado con detalles dorados. El espíritu navideño que me había costado tanto aceptar comenzaba a sentirse menos invasivo y más... reconfortante.

Callum me observó con una sonrisa ladeada, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—La Navidad tiene una forma de ganar siempre. —Su tono era ligero, pero había algo más en su mirada, una calidez que hacía que mi pecho se apretara ligeramente.

—Ya veremos. —Le devolví la sonrisa, guardando el adorno en mi bolsillo después de comprarlo.

Pasamos el resto del día recorriendo las calles y hablando con la gente del pueblo, que me saludaba como si ya fuera una de ellos. Había algo increíblemente acogedor en la forma en que todos interactuaban, como si la Navidad en Pitlochry no fuera solo una celebración, sino una forma de vida.

Cuando el sol comenzó a ocultarse detrás de las montañas, Callum me llevó de regreso al castillo para cambiarme. Me entregó un abrigo más grueso y una bufanda que, según él, necesitaría para la sorpresa de esa noche. Su entusiasmo era contagioso, y aunque no quería admitirlo, una parte de mí estaba emocionada.

** ** ** **

La noche cayó, trayendo consigo un frío más intenso, pero también un cielo despejado lleno de

estrellas. Callum me condujo hasta Faskally Woods, un bosque que había visto a la distancia durante mis paseos por el pueblo, pero nunca de cerca. Esta vez, el lugar estaba transformado. Las copas de los árboles estaban iluminadas por luces de colores que se movían al ritmo de una música suave que flotaba en el aire. Caminos iluminados por linternas llevaban a diferentes áreas del bosque, cada una decorada con un tema único.

—Callum... —Mi voz se apagó mientras absorbía la belleza del espectáculo.

—¿Te gusta? —preguntó, sus ojos fijos en mí más que en las luces.

—Es... impresionante. —Giré lentamente sobre mí misma, maravillada por cómo el bosque parecía haberse convertido en un reino mágico.

—Quería que vieras esto. —Callum tomó mi mano, su toque cálido contra el frío del aire—. Es una de mis tradiciones favoritas. La Navidad aquí no sería lo mismo sin las luces en Faskally.

Mientras caminábamos, la música cambió a algo más alegre, y un grupo de personas comenzó a reunirse en un claro donde una pequeña pista de baile había sido improvisada. Alguien tocaba el violín, y pronto la gente comenzó a bailar, moviéndose con energía al ritmo de la música escocesa.

—Vamos, baila conmigo. —Callum me llevó hacia el grupo antes de que pudiera protestar.

—Pero..., no sé bailar esto. —Intenté resistirme, pero su mano seguía firme en la mía.

—No necesitas saber. Solo sigue el ritmo. —Su sonrisa era tan encantadora que no pude negarme.

La música era rápida y alegre, y aunque mis movimientos eran torpes al principio, pronto me encontré riendo mientras intentaba seguir a Callum. La energía del momento, la calidez de las luces y las risas a nuestro alrededor, rompieron cualquier barrera que quedara dentro de mí. Me sentí completamente libre, más conectada con el mundo y conmigo misma de lo que había estado en años.

Cuando la música cambió a un ritmo más lento, Callum me atrajo hacia él, sus manos firmes pero suaves en mi cintura. Nos movimos lentamente, nuestros cuerpos más cerca de lo que nunca habían estado en público. La nieve comenzó a caer, pequeña y delicada, creando un telón de fondo que parecía sacado de un sueño.

—Gracias por traerme aquí. —Susurré, mis ojos encontrándose con los suyos.

—Gracias por venir. —Respondió, su voz tan baja que apenas pude oírla por encima de la música.

El mundo desapareció mientras estábamos allí, y aunque había decenas de personas a nuestro alrededor, no vi ni escuché a nadie más. Fue un momento tan perfecto que no quise que terminara.

Esa noche, de regreso en el castillo, el silencio era acogedor. Callum me llevó a la biblioteca de nuevo, donde la chimenea estaba encendida, llenando el espacio con un calor reconfortante. Nos sentamos en el sillón frente al fuego, nuestras piernas tocándose ligeramente mientras compartíamos una copa de whisky.

—Eres una mujer increíble, Samara. —Callum rompió el silencio, su tono cargado de sinceridad.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, mi voz más baja ahora.

—Porque eres fuerte, inteligente, y aunque intentas esconderlo, también eres increíblemente generosa. —Se inclinó hacia mí, su mirada atrapándome por completo—. No sabes cuánto admiro eso de ti.

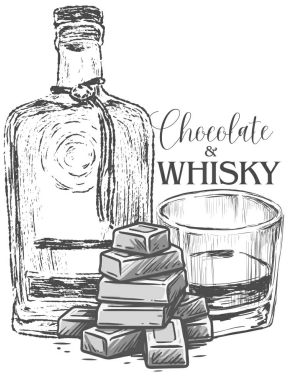
Mi corazón latía con fuerza, y antes de que pudiera responder, Callum tomó mi mano, llevándola a su pecho.

—Esto que siento por ti... es algo que no esperaba. Pero no quiero ignorarlo. —Su voz era baja, casi un susurro.

Mis palabras murieron en mi garganta, y en lugar de hablar, lo besé. Fue un beso lento al principio, lleno de preguntas y respuestas que no necesitaban palabras. Pero pronto se convirtió en algo más intenso, más apasionado. Callum me levantó en brazos, llevándome hacia la alfombra frente a la chimenea, donde el calor del fuego parecía fusionarse con el nuestro.

Cada caricia, cada beso, era una declaración. No había miedo, ni dudas, solo el deseo de estar juntos, de compartir ese momento como si el mundo entero se hubiera detenido para nosotros. La noche se llenó de susurros y risas, de emociones que habían estado creciendo desde el día que nos conocimos.

Y cuando finalmente nos quedamos en silencio, envueltos en la calidez del fuego y de los brazos del otro, supe que algo había cambiado en mí. La coraza que había construido durante años se había roto, y en su lugar, había encontrado algo más profundo, más verdadero. Algo que nunca pensé que podría ser real.



CAPÍTULO 20

La Fragilidad de la Confianza

El primer rayo de sol se colaba tímidamente por las cortinas de mi habitación cuando abrí los ojos. La calidez de la noche anterior aún parecía envolverme, un eco de todo lo que habíamos compartido Callum y yo. Pero cuando me giré en la cama, la realidad me golpeó con un vacío inesperado. Él no estaba allí.

Sobre la almohada que había ocupado, encontré una nota cuidadosamente doblada y una pequeña flor blanca, fresca, delicada. Tomé la nota con manos temblorosas, y mi corazón latió más rápido mientras leía sus palabras escritas con una caligrafía elegante:

> *Una noche perfecta, como tú. Te espero para desayunar. Quiero mostrarte algo especial.*

Sonreí, dejando que la flor rozara mis labios mientras me levantaba. Había algo en ese gesto, en su atención al detalle, que hacía que mi pecho se llenara de un calor que me resultaba familiar pero también extraño. Era algo que no había sentido en mucho tiempo: seguridad.

Me vestí con rapidez, eligiendo algo cómodo pero abrigado, y bajé al comedor, siguiendo el aroma del café recién hecho que llenaba el aire del castillo. Pero mientras pasaba junto al despacho, unas voces captaron mi atención. La puerta estaba ligeramente entreabierta, y el tono bajo y tenso de la conversación me hizo detenerme sin pensar.

—Tienes que decírselo, Callum. —La voz de Isla era firme, aunque contenía un toque de urgencia—. No puedes seguir con esto sin ser honesto.

—Lo sé, Isla. —La voz de Callum sonaba frustrada, como si estuviera lidiando con algo que lo superaba—. Pero ¿cómo se supone que lo haga? ¿Cómo le explico algo que ni siquiera yo quería?

Hubo un breve silencio, y mi corazón comenzó a latir con fuerza. No quería escuchar más, pero mis pies parecían pegados al suelo.

—Si no se lo cuentas tú, alguien más lo hará. —Continuó Isla, su tono más suave ahora—. Sabes cómo es el tío Fergus. Está presionando a la junta, y si no cumples con la cláusula... todo se va a la mierda. El castillo, la destilería, todo.

Escuché a Callum maldecir en voz baja, y mis manos comenzaron a temblar.

—No es justo. —Dijo él, con una mezcla de rabia y desconsuelo—. Esa cláusula es absurda.

¿Casarme para mantener el ducado? ¿Quién impone algo así en pleno siglo XXI?

—Nuestro tatarabuelo, para empezar. —Respondió Isla, con una ironía que no lograba ocultar su preocupación—. Pero sabes que Fergus está esperando cualquier excusa para quedarse con todo. Si no haces algo, la familia lo perderá todo.

Mis pulmones se sentían como si el aire hubiera sido arrancado de ellos. Una cláusula. Un matrimonio forzado. ¿Qué papel jugaba yo en todo esto? Mi mente comenzó a llenar los vacíos con las peores conclusiones posibles, y la sensación de traición comenzó a extenderse como un veneno.

—Samara no tiene nada que ver con esto. —La voz de Callum me sacó de mis pensamientos. Parecía firme, pero también dolido—. No la voy a usar como una solución a este problema. No se lo merece.

—Pero si no se lo dices, la vas a perder igual. —Respondió Isla, sus palabras cargadas de una verdad ineludible.

Mi visión comenzó a nublarse, y supe que no podía quedarme allí más tiempo. Di un paso atrás, tratando de alejarme sin hacer ruido, pero el eco de mis propios pasos resonó en el pasillo. Salí corriendo antes de que pudieran descubrirme, mis pensamientos chocando entre sí con cada paso.

Cuando llegué a mi habitación, empaqué rápidamente. Mis manos temblaban mientras arrojaba mi ropa a la maleta sin orden ni cuidado. No podía quedarme. No podía enfrentar a Callum después de lo que había escuchado. La conexión que creí que habíamos construido ahora se sentía como una mentira. Había confiado en él, me había permitido bajar la guardia, y ahora... esto.

Bajé las escaleras con mi maleta, decidida a salir del castillo sin mirar atrás. Pero Callum estaba en el vestíbulo, como si supiera que iba a marcharme.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, su voz cargada de preocupación.

—Me voy. —Respondí con frialdad, intentando no encontrarme con su mirada.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Él dio un paso hacia mí, pero yo levanté una mano, deteniéndolo.

—Lo escuché, Callum. —Mi voz temblaba, pero me obligué a mantenerla firme—. La conversación con Isla. La cláusula, tu tío, todo.

Callum cerró los ojos, maldiciendo en voz baja antes de mirarme directamente.

—Déjame explicártelo, por favor. —Su tono era casi desesperado, pero no podía escuchar más.

—No hay nada que explicar. —Mi pecho se sentía pesado, como si cada palabra me costara un esfuerzo monumental—. Todo esto... el castillo, la destilería, el título... ¿es por eso que estoy aquí? ¿Por eso me has dejado entrar en tu vida?

—No. —Callum negó con vehemencia, dando otro paso hacia mí—. Samara, tú no tienes nada que ver con esa maldita cláusula. Lo que siento por ti es real. Nada de esto ha sido parte de algún plan.

—¿Cómo puedo creerte? —pregunté, mi voz rompiéndose al final—. Todo lo que pensé que era cierto ahora parece una mentira.

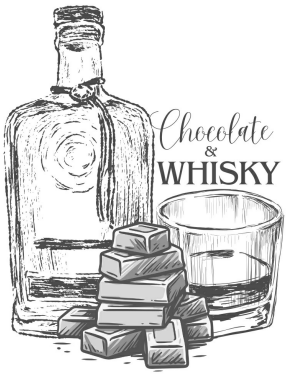
—Porque te amo, joder. —Las palabras salieron de su boca con una intensidad que me dejó sin aliento. Pero incluso ese sentimiento, ese amor que creí ver en sus ojos, no podía borrar lo que había escuchado.

—Lo siento, pero...no puedo creerte. —Mi voz era apenas un susurro mientras me giraba hacia la puerta.

—Samara, por favor... —Su tono era suplicante, pero no me detuve. Si me quedaba un segundo más, sabía que cedería.

Salí del castillo sin mirar atrás, dejando a Callum parado en el vestíbulo. Caminé hasta la parada de autobús en el pueblo, mis pasos pesados pero determinados. Cuando el autobús llegó, subí sin dudarlo, el calor del interior contrastando con el frío que sentía en mi pecho.

Mientras el vehículo comenzaba a alejarse, miré por la ventana, viendo cómo el castillo se desvanecía en la distancia. Las lágrimas comenzaron a caer, silenciosas y persistentes, mientras me preguntaba si alguna vez podría volver a confiar en alguien de la manera en que había confiado en Callum.



CAPÍTULO 21

Las Sombras del Perdón

El apartamento alquilado en Edimburgo era tan frío como mi estado de ánimo. Había regresado esa misma tarde, con el corazón encogido y una sensación de vacío que no lograba sacudirme. Apenas había deshecho mi maleta. Mi ropa seguía apilada en un rincón, como un recordatorio de lo rápido que todo se había desmoronado. Me senté junto a la ventana, sosteniendo una taza de té que hacía tiempo había dejado de calentar mis manos.

Afuera, las calles estaban llenas de vida. Las luces navideñas colgaban entre los edificios, brillando contra el cielo gris que parecía reflejar mi propio ánimo. Las familias caminaban juntas, los niños reían mientras señalaban escaparates decorados, y las parejas compartían momentos de intimidad bajo el frío de diciembre. Yo, en cambio, me sentía como una espectadora lejana, incapaz de formar parte de esa escena.

Había llegado aquí para escribir sobre la magia de la Navidad, pero ahora me parecía una ironía cruel. Había sentido esa magia por un breve instante, la había tocado y dejado entrar en mi corazón. Y luego, como si no fuera más que un espejismo, había desaparecido, dejándome con una herida que no sabía cómo sanar.

Suspiré y apoyé la frente contra el vidrio frío. Había intentado escribir, intentado volcar en palabras lo que había vivido en Pitlochry, pero cada vez que lo intentaba, mi mente volvía a Callum. A su risa, su mirada, la forma en que me había hecho sentir segura por primera vez en años. Y luego, la traición. Las palabras de Isla y Callum resonaban en mi cabeza como un eco constante.

«Sabes que Fergus está esperando cualquier excusa para quedarse con todo.»

«No voy a usarla como una solución a este problema. No se lo merece.»

«Porque te amo, joder.»

Quería creerle. Quería pensar que lo que habíamos compartido había sido real, que no era solo una pieza en el juego de mantener su herencia. Pero el miedo y la duda habían ganado la batalla, y ahora, aquí estaba yo, sola y preguntándome si alguna vez podría confiar de nuevo.

Mi mirada se desvió hacia mi teléfono, que descansaba sobre la mesa del comedor. La idea de llamar a alguien había estado rondando mi mente desde que llegué, pero el orgullo y el miedo me habían frenado. Finalmente, con un suspiro pesado, lo tomé y marqué un número que no había llamado en mucho tiempo.

—¿Samara? —La voz de mi madre resonó al otro lado de la línea, cálida y familiar, como un bálsamo para mi corazón roto.

—Hola, mamá. —Mi voz tembló ligeramente, y tuve que tragar el nudo en mi garganta para continuar—. ¿Tienes un momento?

—Siempre tengo un momento para ti, cariño. ¿Qué ocurre? —Su tono era suave, pero sabía que había detectado algo en mi voz.

Durante los siguientes minutos, le conté todo. Desde cómo había llegado a Escocia llena de cinismo, cómo Callum y su mundo me habían envuelto en una especie de magia que nunca pensé posible, hasta cómo todo se había derrumbado cuando escuché esa conversación en el despacho. No omití nada, ni siquiera cómo me sentí al salir del castillo, dejando a Callum detrás, suplicándome que lo escuchara.

Mi madre permaneció en silencio mientras hablaba, dejándome desahogarme sin interrupciones. Cuando terminé, el peso de todo lo que había dicho me hizo hundirme más profundamente en el sofá, como si mis palabras hubieran drenado la poca energía que me quedaba.

—Cariño, entiendo por qué te sientes así. —Dijo finalmente, su voz cálida pero firme—. Pero por cómo hablas de él, creo que este Callum no es como tu padre.

El comentario me sorprendió, y mi corazón dio un vuelco.

—Mamá... —comencé, pero ella me interrumpió.

—Escucha, Samara. —Su tono era más directo ahora, aunque no perdió su calidez—. Sé que tu padre te hizo mucho daño. Sé que esa herida sigue ahí, y es natural que tengas miedo de volver a confiar. Pero no todos los hombres son como él. Y por lo que me has contado, Callum no suena como alguien que quiera aprovecharse de ti.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, pero me obligué a mantener la voz firme.

—Él no me lo dijo, mamá. Lo escuché por casualidad. Todo ese tema de la cláusula de su herencia, la presión de su tío... ¿Cómo puedo saber si lo que sentía por mí era real o si solo era una forma de salvar su posición?

—¿Y cómo puedes saber si no lo era? —preguntó mi madre con suavidad—. Samara, la vida no siempre viene con garantías. A veces, tienes que arriesgarte. Sí, tal vez cometió un error al no decírtelo, pero también parece que te quiere de verdad. Tal vez deberías darle la oportunidad de explicarse.

Su consejo me dejó sin palabras. Mi madre, quien había soportado años de desamor y decepción con mi padre, estaba sugiriendo que perdonara a Callum. ¿Cómo podía ser tan valiente? ¿Tan dispuesta a creer en lo mejor de las personas después de todo lo que había vivido?

—Te echo mucho de menos, mamá. —Confesé finalmente, mi voz quebrándose mientras las lágrimas comenzaban a rodar por mis mejillas.

—Yo también te extraño, cariño. —La ternura en su voz era como un abrazo que atravesaba la distancia entre nosotras—. Estoy muy orgullosa de ti. Sé que es difícil abrirse, confiar. Pero también sé que eres más fuerte de lo que crees.

Nos quedamos en silencio por un momento, dejando que sus palabras se asentaran en mi corazón.

—Gracias, mamá. —Susurré finalmente, sintiendo cómo algo dentro de mí comenzaba a suavizarse.

—Siempre estaré aquí para ti, hija. —Respondió ella—. Pero recuerda, el perdón no es algo que le das solo a la otra persona. También es para ti. Para que puedas avanzar sin llevar ese peso encima.

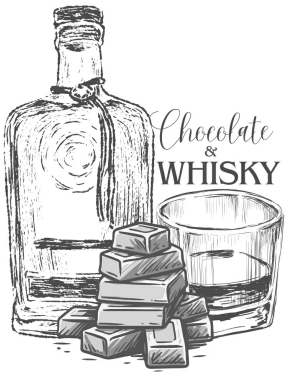
Después de despedirnos, me quedé sentada en el sofá, mirando mi teléfono como si pudiera darme respuestas que aún no tenía. Las palabras de mi madre seguían resonando en mi mente,

desafiando mi orgullo y mi miedo.

Me levanté y caminé hacia la ventana, apoyando una mano en el cristal frío mientras miraba las calles iluminadas de Edimburgo. Las risas y las conversaciones lejanas flotaban en el aire, recordándome que el mundo seguía girando, incluso cuando mi corazón parecía haberse detenido.

El día era gris y frío, pero las luces navideñas seguían brillando con una calidez que no podía ignorar. La vida continuaba, y con ella, las posibilidades de empezar de nuevo. Tal vez mi madre tenía razón. Tal vez Callum merecía una oportunidad para explicarse. Tal vez yo merecía una oportunidad para perdonar.

Pero, sobre todo, tal vez merecía permitirme creer, aunque fuera solo un poco, en el amor.



CAPÍTULO 22

La Verdad a Través de Isla

El sonido del timbre me sobresaltó. Me encontraba en el sofá, rodeada de papeles y con el ordenador encendido, pero sin lograr concentrarme. Había estado intentando escribir el artículo durante horas, pero cada vez que intentaba plasmar una idea, los recuerdos de Pitlochry y, sobre todo, de Callum, se interponían en mi mente.

Me levanté lentamente, extrañada de recibir una visita. No conocía a nadie en Edimburgo, y no esperaba a nadie. Al abrir la puerta, me encontré con Isla, envuelta en un abrigo grueso, con las mejillas enrojecidas por el frío y una expresión que mezclaba determinación con una especie de vulnerabilidad que no había visto en ella antes.

—¿Podemos hablar? —preguntó, sin rodeos.

—Isla... ¿qué haces aquí? —respondí, aún sorprendida, pero abriendo más la puerta para dejarla pasar.

—Buscándote. —Entró al pequeño apartamento, quitándose los guantes y el gorro antes de girarse hacia mí—. Sé que esto es inesperado, pero necesitaba hablar contigo. Por Callum.

El sonido de su nombre fue suficiente para que mi pecho se apretara. Cerré la puerta lentamente, sintiendo una mezcla de emociones que iban desde la culpa hasta la defensiva.

—Isla, si estás aquí para convencerme de algo... —comencé, cruzándome de brazos como si eso pudiera protegerme de lo que fuera a decir.

—No, no estoy aquí para convencerte de nada. —Su tono era firme, pero no agresivo. Isla siempre había sido directa, pero esta vez su voz tenía una suavidad que me hizo quedarme en silencio—. Estoy aquí porque creo que mereces saber la verdad. Toda la verdad.

Suspiré, señalando hacia el sofá.

—Supongo que deberías sentarte, entonces.

Ella asintió y se acomodó en el extremo del sofá, mientras yo me sentaba frente a ella, sin saber qué esperar.

—Sé que escuchaste nuestra conversación en el despacho. —Comenzó, mirándome directamente a los ojos—. Y sé que lo que oíste te hizo pensar lo peor de mi hermano. Pero también sé que no escuchaste todo.

Su tono no era acusatorio, pero sus palabras dejaron un peso en mi pecho. Quise interrumpir, defenderme, pero Isla levantó una mano, pidiéndome que la dejara continuar.

—Lo que estaba tratando de decirle a Callum es que debía ser honesto contigo. No porque estuviera intentando usar la cláusula como excusa, sino porque estaba dispuesto a renunciar a

todo. —Se inclinó hacia adelante, su expresión llena de sinceridad—. Mi hermano iba a dejar el título, el castillo, la destilería, todo, porque no quería arrastrarte a esta situación. No quería que pensaras, ni por un segundo, que estabas allí por alguna razón que no fuera él queriéndote a ti.

Mis manos comenzaron a temblar ligeramente, y las entrelacé para disimularlo. Las palabras de Isla eran como un golpe suave pero firme, desmoronando la muralla que había construido desde que me fui.

—Isla, yo... —Intenté decir algo, pero no encontraba las palabras. Ella me dio un momento antes de continuar.

—Mira, entiendo por qué te fuiste. Entiendo lo que escuchaste y cómo lo interpretaste. Pero déjame decirte algo, Samara. Nunca he visto a Callum tan feliz como lo estaba contigo. —Sus ojos brillaban con algo que no supe identificar—. Y no lo digo a la ligera. Mi hermano ha pasado años cargando con esa responsabilidad, sintiendo que debía sacrificarse por el bien de la familia. Pero contigo... contigo era diferente. Por primera vez, pensé que estaba viviendo para él mismo, no para cumplir con las expectativas de los demás.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, pero parpadeé rápidamente, negándome a llorar. No todavía.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijo? —pregunté, mi voz más baja de lo que pretendía.

—Porque es un idiota. —Isla sonrió ligeramente, su tono suavizándose—. Tiene miedo de que la gente que le importa lo vea como alguien que falla. Y contigo, estaba aterrorizado. No quería que pensases que te veía como una solución, porque no es cierto. Te ve como... todo.

Sus palabras golpearon algo profundo dentro de mí. Recordé los momentos con Callum, su forma de mirarme, de hacerme sentir como si fuera la única persona que importaba. Había querido protegerme, incluso a costa de lo que significaba para él.

—Nunca debí irme así. —Susurré, la culpa golpeándome con fuerza. Las lágrimas finalmente escaparon, y no intenté detenerlas.

Isla se movió hacia mí, colocando una mano en mi hombro con un gesto que era sorprendentemente reconfortante.

—Hiciste lo que creíste correcto en ese momento. No te culpo por ello, y tampoco lo hará mi hermano. Lo conozco bien. Pero si algo he aprendido de la vida es que las segundas oportunidades no siempre se presentan solas. A veces, tienes que luchar por ellas.

Me quedé en silencio, dejando que sus palabras calaran. La idea de que Callum estuviera dispuesto a renunciar a todo por no hacerme daño era abrumadora, y la culpa de no haberle dado la oportunidad de explicarse me carcomía. Pero también estaba el miedo, el miedo de arriesgarme de nuevo.

—No sé si puedo, Isla. —Admití finalmente, mi voz rota—. No sé si puedo enfrentarme a todo esto, a lo que implica.

—Lo único que tienes que enfrentar es lo que sientes. —Isla apretó mi hombro antes de levantarse, dándome algo de espacio—. Y por lo que he visto, sé que sientes algo muy fuerte por él.

La miré mientras se colocaba el abrigo nuevamente, su expresión una mezcla de comprensión y determinación.

—No estoy aquí para obligarte a nada, Samara. —Dijo, ajustándose la bufanda—. Solo quería que supieras la verdad. Lo demás... depende de ti.

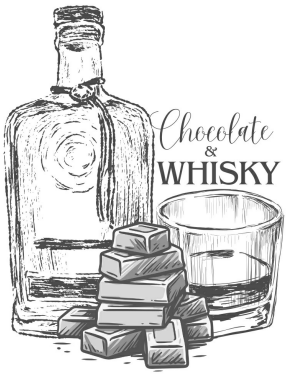
La acompañé hasta la puerta, aún procesando todo lo que había dicho. Antes de irse, Isla se giró hacia mí, con una sonrisa que era a la vez cálida y esperanzadora.

—Si decides volver, no lo hagas por el castillo, ni por la herencia, ni siquiera por mí. Hazlo

por él. Porque te necesita, y estoy bastante segura de que tú también lo necesitas a él.

Y con eso, se fue, dejándome sola con mis pensamientos y una nueva claridad que comenzaba a abrirse paso en mi mente. Me senté junto a la ventana, mirando cómo las luces navideñas parpadeaban en las calles de Edimburgo. Isla tenía razón. Había cometido errores, pero también me quedaba la opción de corregirlos.

El perdón era difícil, pero tal vez, solo tal vez, valía la pena intentarlo. Y no solo por Callum, sino también por mí.



CAPÍTULO 23

Palabras Desde el Corazón

El sonido constante de las teclas llenaba el pequeño apartamento. El cursor parpadeaba en la pantalla del ordenador, esperando que las palabras correctas fluyeran, que el artículo finalmente tomara forma. Llevaba días luchando con esta tarea, días sintiéndome bloqueada, como si cada frase que escribía estuviera vacía, carente de vida. Pero esta mañana era diferente. Algo había cambiado.

Había pasado la noche dándole vueltas a las palabras de Isla. Su sinceridad, su mirada llena de cariño cuando habló de Callum, y la verdad que me entregó sin rodeos me habían desarmado. Había abierto algo dentro de mí, algo que había mantenido cerrado durante tanto tiempo que apenas lo reconocía.

Frente a la pantalla, me detuve, tomando un sorbo de té mientras miraba por la ventana. El cielo estaba cubierto de un gris suave, y la nieve caía en copos ligeros, cubriendo las calles con una capa fresca y brillante. La gente caminaba apresurada, sus rostros ocultos bajo bufandas y gorros, pero había una alegría en sus movimientos que no podía ignorar. Algo sobre la escena me hizo sonreír, aunque de manera melancólica.

Suspiré y volví la mirada al ordenador. Mi tarea era simple, en teoría: escribir sobre la magia de la Navidad escocesa, capturar en palabras lo que hacía que este lugar fuera tan especial durante esta época del año. Pero ¿cómo podía hacerlo cuando mi propia experiencia con esa magia estaba tan entrelazada con Callum y todo lo que había sucedido entre nosotros?

Comencé a escribir, dejando que los recuerdos fluyeran sin restricciones.

> *"La Navidad en Escocia no es solo una festividad. Es una invitación a sentir, a abrirte a lo inesperado, a descubrir que hay belleza en los pequeños momentos y magia en los lugares más insospechados."*

Mis dedos se movían rápidamente sobre el teclado, casi por instinto, mientras cada imagen volvía a mi mente con una claridad que me sorprendió. Recordé mi llegada a Edimburgo, mi cinismo inicial, y cómo todo comenzó a cambiar al ver la ciudad vestida de luces y colores, como un escenario preparado para un cuento de hadas.

> *"La magia comienza con los paisajes: colinas cubiertas de nieve, calles iluminadas por guirnaldas doradas, y mercados navideños donde el aroma a*

canela y chocolate caliente flota en el aire."

Mi mente viajó a Pitlochry, a las calles llenas de risas y calidez, al pub de Ewan, a la amabilidad de Fiona y Angus, y a los bailes bajo las estrellas con Callum. Me detuve por un momento, sintiendo un nudo en la garganta. Escribir sobre él era inevitable, pero también era doloroso. Aun así, dejé que las palabras fluyeran, sabiendo que este artículo no sería real si no incluía lo que él significaba para mí.

> *"Pero la verdadera magia de la Navidad escocesa no está en los paisajes ni en las tradiciones, aunque ambas son inolvidables. Está en la gente. En la forma en que te abren sus corazones y te invitan a ser parte de algo más grande, algo lleno de significado. Es en las risas compartidas, en las historias contadas junto al fuego, y en los momentos que nunca planeaste pero que, de alguna manera, terminan marcándote para siempre."*

Callum. Su rostro apareció en mi mente como una fotografía que nunca podría olvidar. Sus ojos, siempre llenos de intensidad, y la forma en que me miraba como si yo fuera lo único que importara en el mundo. Sus sonrisas, sus palabras, y, sobre todo, la forma en que había desafiado todo lo que creía saber sobre el amor y la confianza.

> *"Para mí, la Navidad escocesa será siempre un recuerdo de transformación. De aprender que la vida es más que metas y ambiciones, que los momentos más pequeños pueden ser los más importantes, y que abrirte a los demás, aunque dé miedo, es el regalo más grande que puedes darte a ti mismo."*

Las lágrimas comenzaron a llenar mis ojos, pero esta vez no las contuve. Había sido tan terca, tan cerrada al amor y a la idea de que la felicidad podía encontrarse en algo tan simple como un paseo bajo las estrellas. Pero Callum me había enseñado lo contrario. Había sido él quien me mostró que la magia no era algo que se encontrara; era algo que permitías que te encontrara a ti.

> *"Conocí a personas que, sin saberlo, me enseñaron a mirar más allá de mis propias barreras. Personas que me recordaron que la bondad aún existe, que las tradiciones no son una carga, sino una forma de conectar con lo que importa. Y, sobre todo, conocí a alguien que me mostró que el amor no es una debilidad, sino una fuerza que puede cambiarte para siempre."*

Me detuve, cerrando los ojos mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. Había pasado tanto tiempo huyendo del amor, creyendo que no estaba hecho para mí, que había olvidado cómo se sentía ser querida de verdad. Callum me había dado eso, y yo lo había dejado ir. Había dejado que el miedo ganara.

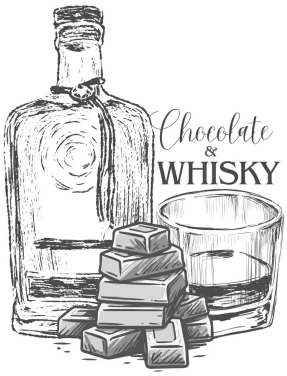
Respiré hondo y limpié mis mejillas antes de volver al teclado.

> *"La magia de la Navidad escocesa no es solo para los que creen en los cuentos de hadas. Es para los que se atreven a creer, incluso cuando han perdido la fe. Es para los que están dispuestos a intentarlo, a abrirse, y a aceptar que el amor, al igual que la Navidad, siempre encuentra una forma de sorprendernos."*

Terminé la última frase, y un peso pareció levantarse de mis hombros. Por primera vez en días, sentí que había escrito algo que realmente importaba, algo que venía de un lugar sincero y auténtico. Guardé el documento y cerré el ordenador, permitiéndome un momento de tranquilidad.

Caminé hacia la ventana, apoyando una mano en el cristal frío mientras miraba las calles llenas de vida. La nieve seguía cayendo, cubriendo todo con una blancura brillante y pura, como una promesa de nuevos comienzos. Y por primera vez desde que me fui de Pitlochry, sentí que estaba lista para perdonar. No solo a Callum, sino también a mí misma.

El amor era aterrador, pero también era hermoso. Y, como la magia de la Navidad, valía la pena arriesgarse para experimentarlo.



CAPÍTULO 24

La Verdad en sus Ojos

La tarde en Edimburgo estaba cubierta de una bruma ligera, como si la ciudad intentara suavizar el peso del invierno con un velo etéreo. Miraba por la ventana de mi apartamento, viendo cómo las luces navideñas comenzaban a encenderse a medida que caía la oscuridad. La escena, tan hermosa como siempre, no lograba llenar el vacío que sentía en mi pecho. Había escrito el artículo, vertido mi corazón en cada palabra, pero aún sentía que algo faltaba. O mejor dicho, alguien.

Un golpe suave en la puerta rompió el silencio. Fruncí el ceño, sin esperar visitas, y crucé la pequeña sala para abrir. Cuando lo hice, el aire pareció abandonarme.

Allí estaba Callum, envuelto en un abrigo oscuro, con las mejillas ligeramente enrojecidas por el frío y una expresión que combinaba esperanza y vulnerabilidad. Sus ojos, esos ojos que siempre me habían mirado como si yo fuera todo su mundo, se clavaron en los míos.

—Hola. —Su voz era baja, pero llena de emoción contenida.

No supe qué decir. Durante un momento que pareció eterno, solo lo miré, intentando procesar su presencia, el hecho de que estaba aquí, frente a mí, después de todo.

—¿Puedo pasar? —preguntó finalmente, su tono cauteloso.

Asentí, dando un paso atrás para dejarlo entrar. Cerré la puerta detrás de él, mi corazón latiendo con fuerza, mientras él se quitaba el abrigo y se giraba hacia mí.

—No sabía si debía venir. —Comenzó, sus manos jugando nerviosamente con los guantes que había sacado de sus bolsillos—. Pero no podía quedarme en Pitlochry sabiendo que te había hecho daño, y sin poder decirte todo lo que siento.

Sus palabras hicieron que algo dentro de mí se rompiera, pero no de la manera en que esperaba. Fue como si una barrera invisible se desmoronara, dejando espacio para algo más fuerte y más honesto.

—Callum... —Susurré, pero él levantó una mano para detenerme.

—Déjame hablar primero. —Dijo, sus ojos buscando los míos con una intensidad que hizo que mi pecho se apretara—. Samara, sé que cometí un error al no contarte sobre la cláusula y todo lo que eso implica. Pero quiero que sepas que jamás, ni por un segundo, pensé en usarlo como una excusa para estar contigo. Lo que siento por ti no tiene nada que ver con el castillo, ni con el título, ni con nada más que tú.

Sus palabras salían rápidamente, como si temiera que yo lo interrumpiera antes de que pudiera decirlo todo.

—Te amo, Samara. —Dijo finalmente, su voz temblando ligeramente—. No sé cómo sucedió, pero me enamoré de ti, de tu fuerza, de tu forma de ver el mundo, incluso de esa forma en que intentas mantener a todos a raya. Y lo último que quería era hacerte daño.

Mis piernas se sentían como gelatina, y tuve que apoyarme ligeramente en la mesa para no perder el equilibrio. Sus palabras, tan sinceras, tan desnudas, resonaban en lo más profundo de mí.

—Callum... —Esta vez, fue mi turno de detenerlo.

Me acerqué a él, dejando que la distancia entre nosotros se redujera hasta que solo unos centímetros nos separaban. Lo miré a los ojos, esos ojos que me habían desarmado desde el principio, y sentí cómo las palabras comenzaban a fluir.

—Yo... Yo también te amo. —Mi voz era apenas un susurro, pero lo suficientemente fuerte para que él la escuchara.

Vi cómo su expresión cambiaba, cómo sus ojos brillaban con una emoción que no podía esconder.

—Pero tenía miedo. —Continué, mi voz temblando ligeramente—. Miedo de que todo esto fuera una ilusión, de que estuviera proyectando algo que no era real. Escucharte en el despacho, escuchar lo de la cláusula... me hizo pensar que solo era parte de un plan. Pero Isla vino a verme. Me contó la verdad. Y ahora sé que fui injusta contigo, que no te di la oportunidad de explicarte.

Callum levantó una mano, acariciando mi mejilla con una suavidad que hizo que mi corazón se acelerara aún más.

—No tienes nada de qué disculparte. —Dijo, su voz firme pero llena de ternura—. Entiendo por qué reaccionaste como lo hiciste. Y aún así, aquí estoy, porque no puedo imaginar mi vida sin ti.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero esta vez no eran de tristeza. Eran de alivio, de gratitud, de amor. Se inclinó hacia mí, dejando que su frente descansar contra la mía mientras cerraba los ojos.

—Te amo. —Repetí, dejando que esas palabras, tan simples pero tan poderosas, llenaran el espacio entre nosotros.

Callum no dijo nada más. En lugar de eso, me besó, y todo lo demás desapareció. Su boca encontró la mía con una mezcla de urgencia y delicadeza, como si quisiera asegurarse de que yo entendiera cuánto me amaba. Sus manos se movieron hasta mi cintura, atrayéndome más cerca, mientras mis dedos se enredaban en su cabello, buscando algo a lo que aferrarme en medio del torbellino de emociones.

El beso era diferente a cualquier otro que habíamos compartido. No era solo pasión; era un lenguaje propio, una forma de decir todo lo que las palabras no podían expresar. Sentí cómo las lágrimas seguían cayendo, pero no las detuve. Estaba completa, por primera vez en mucho tiempo.

Callum me levantó ligeramente, sus brazos rodeándome con una seguridad que me hizo sentir que nunca estaría sola mientras estuviera con él. Nos movimos hacia el sofá, y me senté en su regazo, nuestras frentes tocándose mientras nuestras respiraciones se entremezclaban.

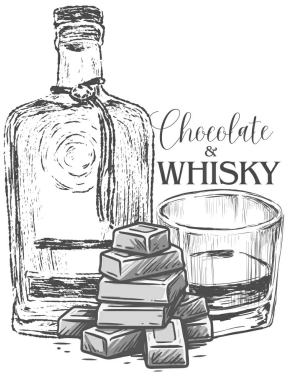
—Nunca volveré a dejar que dudes de lo que siento por ti. —Murmuró, sus ojos fijos en los míos.

—Y yo nunca volveré a huir. —Respondí, mi voz temblando pero llena de convicción.

La reconciliación no fue solo física. Fue emocional, una conexión que iba más allá de lo tangible. Cada mirada, cada caricia, era un recordatorio de que estábamos juntos, de que habíamos superado nuestras dudas y miedos. Cuando finalmente nos quedamos en silencio,

envueltos en los brazos del otro, sentí una paz que no había conocido antes.

Callum era mi hogar, y yo era el suyo. Y aunque el futuro aún estaba lleno de incertidumbres, sabía que, juntos, podíamos enfrentarlo todo.



CAPÍTULO 25

Entre Leyendas y Destino

El frío de la mañana acariciaba mis mejillas mientras paseábamos por Dean Village. El murmullo del Water of Leith acompañaba nuestros pasos, un eco suave que parecía mezclarse con el aire cargado de historia. El pequeño barrio, con sus casas de piedra y tejados puntiagudos, tenía un encanto que siempre me dejaba sin palabras. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si cada rincón susurrara secretos del pasado.

Callum caminaba a mi lado, sus manos metidas en los bolsillos de su abrigo mientras me observaba de reojo. Había algo en su mirada, una mezcla de calidez y contemplación, que me hacía sentir como si fuera lo único que importaba en su mundo.

—Ahora entiendo el amor que sentía mi madre por este barrio, por qué decía que era un rincón mágico. —Comentó, rompiendo el silencio con su voz tranquila.

—¿Y lo es? —Pregunté, mirando las casas que parecían sacadas de un cuento.

—Definitivamente. —Respondió, sonriendo mientras sus ojos se fijaban en los míos—. Especialmente hoy.

El calor subió a mis mejillas, y aparté la mirada, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba ligeramente. Habíamos compartido tanto en los últimos días, confesiones, emociones, momentos que me habían transformado. Pero Callum siempre encontraba una forma de hacerme sentir como si cada día a su lado fuera nuevo.

Nos detuvimos en un pequeño puente de piedra, mirando cómo el agua corría bajo nosotros. El sonido del arroyo, el frío del invierno, y la cercanía de Callum crearon un ambiente tan íntimo que casi podía escuchar el latido de mi propio corazón.

—Samara. —Dijo de repente, su voz más baja, cargada de una seriedad que me hizo girar hacia él.

—¿Sí? —Respondí, mirándolo mientras él fijaba su atención en mí, como si estuviera a punto de decir algo que llevaba mucho tiempo guardando.

—Nunca he sentido esto por nadie. —Sus palabras fueron directas, pero su tono era suave, casi vulnerable—. Lo que siento por ti... es como si todo en mi vida hubiera sido una preparación para encontrarte.

Mis labios se separaron ligeramente, sorprendida por la intensidad de su confesión. Pero no había duda en sus ojos, solo verdad. Mi pecho se llenó con una mezcla de emoción y asombro, y supe que debía ser honesta con él, tanto como él lo estaba siendo conmigo.

—Yo siento lo mismo. —Dije, mi voz temblando ligeramente, pero llena de sinceridad—.

Desde el primer momento en que te vi, ese día en el mercado, fue como... como si ya te conociera. Como si estuvieras destinado a estar en mi vida, aunque no lo supiera en ese momento.

Callum sonrió, y sus ojos se suavizaron mientras extendía una mano hacia mí, tomando la mía con una delicadeza que hizo que todo lo demás desapareciera.

—¿Sabes? —Dijo, su pulgar trazando pequeños círculos en mi mano—. Hay una leyenda escocesa que habla sobre las almas gemelas reencarnadas.

—¿Otra leyenda? —Pregunté, riendo suavemente. Callum ya me había contado tantas historias y mitos que comenzaba a pensar que Escocia tenía una para cada emoción o situación.

—No te burles. —Dijo, aunque su sonrisa traicionaba el reproche en su voz—. Es una de mis favoritas. Dice que en cada vida, las almas que están destinadas a estar juntas se buscan y se encuentran. No importa dónde estén o cuánto tiempo les tome, siempre se reconocen.

Mis dedos se tensaron ligeramente alrededor de los suyos, y supe que mi sonrisa había desaparecido. Había algo tan hermoso en esa idea, algo que resonaba profundamente dentro de mí. Miré nuestras manos entrelazadas y luego levanté la vista hacia él.

—¿Tú crees en eso? —Pregunté, mi voz apenas un susurro.

—Quiero creer. —Respondió, su mirada tan intensa que sentí como si pudiera ver dentro de mi alma—. Porque cuando te miro, siento que hay algo más grande que nosotros. Algo que no puedo explicar, pero que sé que es real.

Mi garganta se apretó, y tuve que tragar para contener las lágrimas que amenazaban con caer. Nunca había sido una persona que creyera en el destino, pero las palabras de Callum, y la manera en que me miraba, hacían que todo pareciera posible.

—Es extraño. —Dije finalmente, mi voz temblando ligeramente—. Siempre he sido tan lógica, tan racional. Pero contigo... siento que todo lo que creía saber no importa. Contigo, estoy dispuesta a creer en cosas que antes pensaba que eran imposibles.

Callum levantó mi mano hasta sus labios, dejando un beso suave en mis nudillos antes de hablar.

—Eso es porque tú también eres mágica, mi amor. —Susurró, su voz apenas un murmullo contra mi piel.

No supe qué responder. Mis emociones estaban tan a flor de piel que solo podía mirarlo, dejar que sus palabras se hundieran en lo más profundo de mi ser. Callum me sostenía, no solo físicamente, sino emocionalmente, de una manera que nunca había experimentado.

Nos quedamos allí en silencio por unos momentos, dejando que el sonido del agua y el frío del aire llenaran los espacios entre nuestras palabras. Finalmente, fui yo quien rompió el silencio.

—Es increíble cuántas leyendas tenéis en Escocia. —Dije, intentando aligerar el ambiente mientras una sonrisa juguetona se formaba en mis labios—. Parece que hay una para cada emoción.

—Por supuesto. —Callum sonrió, su tono lleno de orgullo—. Pero no son solo leyendas. Son historias que nos recuerdan lo que es importante. El amor, la lealtad, la conexión... esas son las cosas que nos definen.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Había algo tan profundo y verdadero en lo que decía, algo que resonaba con todo lo que estaba sintiendo en ese momento. Miré alrededor, a Dean Village, al río que fluía con calma, y luego de nuevo a él.

—Supongo que esta leyenda tiene sentido. —Admití, mis palabras saliendo con más suavidad de lo que esperaba—. Porque si alguien me hubiera dicho hace unos meses que estaría viviendo todo esto... que encontraría a alguien como tú... jamás lo habría creído.

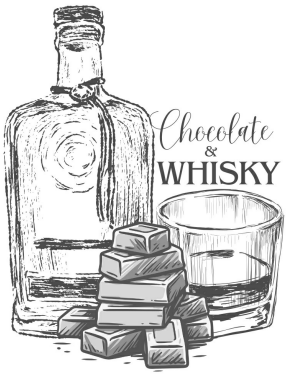
Callum no respondió de inmediato. En lugar de eso, me atrajo hacia él, envolviéndome en sus brazos mientras su calor me protegía del frío. Su corazón latía con fuerza contra mi mejilla, y por un momento, me permití olvidar todo lo demás.

—Cariño, no sé qué nos depara el futuro. —Dijo finalmente, su voz baja y cargada de emoción—. Pero sé que quiero pasar cada momento contigo, descubriéndolo juntos.

Mis brazos se apretaron alrededor de él, y cerré los ojos, dejando que sus palabras me llenaran de una paz que no sabía que necesitaba.

—Yo también quiero eso, Callum. —Respondí, mi voz apenas un susurro contra su pecho.

Y en ese momento, mientras estábamos juntos en medio de aquel rincón mágico, supe que todo lo que habíamos vivido, todos los miedos, las dudas y las dificultades, nos habían llevado a este instante. Un instante que, como la leyenda que me había contado, parecía destinado a ser.



CAPÍTULO 26

Un Viaje Hacia el Futuro

El paisaje nevado de Escocia se extendía ante nosotros mientras el coche avanzaba por las sinuosas carreteras hacia Pitlochry. Los árboles, cubiertos de un blanco brillante, parecían saludar a su manera, dándole al trayecto una atmósfera casi irreal. Sentada junto a Callum, con la calefacción del coche creando un burbujeo de calidez, me sentía extrañamente tranquila, como si el viaje marcara el inicio de algo importante.

Callum conducía con la mirada fija en la carretera, aunque de vez en cuando me lanzaba una sonrisa que hacía que mi corazón latiera más rápido. Habíamos hablado mucho en los últimos días, deshaciendo los nudos de nuestras inseguridades, pero sabía que quedaban cosas por abordar. Y mientras el castillo y la situación con su título nobiliario permanecieran en el horizonte, sentía que una parte de mí no podría estar completamente en paz.

—Callum. —Mi voz rompió el suave murmullo del motor y la música navideña que sonaba en la radio.

—¿Sí? —Respondió, sin apartar la vista de la carretera pero claramente atento a mi tono.

—¿Qué piensas hacer con todo esto? —pregunté, eligiendo mis palabras con cuidado—. Con el título, el castillo, la destilería... ¿Cómo piensas manejarlo?

Su expresión se endureció levemente, y supuse que era una pregunta que se había hecho a sí mismo muchas veces.

—Mi plan es renunciar al título. —Dijo finalmente, con una convicción que me sorprendió —. No quiero que mi vida esté dictada por una cláusula arcaica. Mucho menos quiero casarme por conveniencia para cumplir con una tradición que no significa nada para mí.

—¿Y la destilería? —insistí, porque sabía cuánto significaba para él.

—Eso es lo complicado. —Suspiró, sus manos apretando ligeramente el volante—. Si renuncio, mi tío Fergus tiene derecho a intervenir en la junta directiva, y no confío en él para mantener el legado familiar. Pero estoy dispuesto a encontrar otra manera, aunque eso signifique empezar de nuevo. No quiero que ninguna decisión se tome a costa de nosotros.

El *nosotros* hizo que un calor agradable se extendiera por mi pecho. Había algo en su forma de incluirme en sus planes que me hacía sentir completamente parte de su mundo. Pero no podía evitar sentir que debía haber una alternativa, algo que pudiera ayudarlo sin sacrificar tanto.

De repente, un recuerdo cruzó mi mente. Una de esas piezas de información que había encontrado durante mis investigaciones en España, cuando me documenté para este viaje. Miré a Callum, sintiendo cómo una idea comenzaba a formarse.

—Hay algo que leí una vez. —Dije, intentando mantener mi tono ligero para no sonar demasiado seria—. Una tradición antigua en Escocia. Creo que se llamaba...*handfasting.*

Callum arqueó una ceja, claramente intrigado.

—¿Te refieres a la ceremonia de unión por un año y un día?

—Exactamente. —Asentí, emocionándome mientras explicaba—. Según lo que leí, era una especie de acuerdo de prueba. Dos personas se comprometían por un año, y al final decidían si renovaban sus votos o seguían por caminos separados.

Callum soltó una risa suave, desviando la mirada de la carretera por un momento para observarme.

—¿De verdad investigaste tanto antes de venir a Escocia? —preguntó, su tono lleno de diversión.

—Es mi trabajo. —Respondí, sonriendo mientras me encogía de hombros—. Pero esta parte me pareció interesante, aunque nunca pensé que podría mencionarla en un contexto real.

Callum pareció considerar mis palabras, su sonrisa transformándose en una expresión de curiosidad.

—¿Estás sugiriendo que usemos esa tradición para cumplir con la cláusula? —preguntó, con una mezcla de seriedad y diversión.

—No estoy diciendo que sea la solución perfecta. —Dije, inclinándome ligeramente hacia él —. Pero podría ser una manera de ganar tiempo, de proteger la destilería mientras decides qué hacer. Tu tío no tendría que saberlo, tan solo que nos casamos. Así, una vez heredes, podrías modificar esa cláusula para futuros duques. Y además..., no sería un matrimonio vacío. Sería algo nuestro, algo con significado, incluso si tiene un plazo.

Sus ojos brillaron con algo que no pude identificar del todo, pero que me llenó de calidez.

—Me gusta cómo piensas, Samara. —Dijo finalmente, su sonrisa volviendo a iluminar su rostro—. Pero tendría que hablarlo con mi abogado. Fergus podría intentar usarlo en nuestra contra, y lo último que quiero es que algo de esto te perjudique.

—Confío en ti. —Dije, tomando su mano libre y apretándola suavemente—. Sé que encontrarás la manera de manejarlo. Y estaré contigo, sea cual sea la decisión.

Callum llevó nuestra mano entrelazada a sus labios, dejando un beso suave en mis nudillos antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Gracias por confiar en mí. —Dijo, su tono cargado de sinceridad—. Significa mucho para mí.

Nos quedamos en silencio durante un rato después de eso, pero no era incómodo. Era un silencio lleno de entendimiento, de promesas no dichas que ambos sabíamos que cumpliríamos. Mientras el paisaje nevado pasaba junto a nosotros, sentí una paz que no había sentido en mucho tiempo. Había algo poderoso en saber que estábamos enfrentando todo esto juntos, en saber que habíamos encontrado una manera de estar el uno para el otro sin importar las circunstancias.

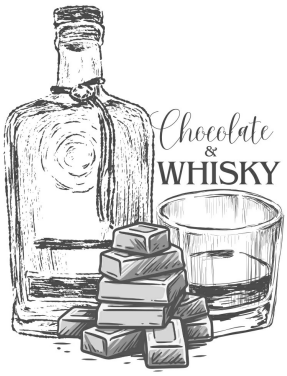
Cuando finalmente llegamos a Pitlochry, el pueblo estaba cubierto por una capa fresca de nieve, y las luces navideñas brillaban con una calidez que me recordó por qué había decidido volver. Callum aparcó el coche frente al castillo, y ambos nos quedamos sentados por un momento, observando la imponente estructura frente a nosotros.

—Bienvenida de nuevo. —Dijo Callum, girándose hacia mí con una sonrisa que contenía una mezcla de emoción y tranquilidad.

—Es bueno estar de vuelta. —Respondí, mirando el castillo y luego a él.

Mientras salíamos del coche, sentí que algo había cambiado. Este lugar ya no era solo un escenario; era parte de mí, como Callum lo era ahora. Y aunque no sabía qué nos deparaba el

futuro, sabía que lo enfrentaríamos juntos, con amor, confianza y una pizca de la magia que Escocia siempre parecía ofrecer.



CAPÍTULO 27

La Danza del Amor y el Desafío

El castillo estaba vivo como nunca antes lo había visto. Cada rincón parecía haber sido tocado por la magia navideña, desde las guirnaldas de luces que colgaban sobre los pasillos hasta el aroma a pino fresco que llenaba el aire. En el gran salón, el suelo de madera pulida reflejaba el brillo de los candelabros, y la música suave de un cuarteto de cuerdas creaba un ambiente elegante y encantador.

Callum había insistido en organizar este baile. «Quiero que todos sepan cuánto significas para mí, » había dicho, con una convicción que no dejaba espacio para la duda. Y aunque al principio la idea me pareció abrumadora, ahora, al mirar el salón lleno de gente que charlaba y reía, entendí su intención. Este no era solo un evento; era una declaración, un símbolo de que no había vuelta atrás para nosotros.

Desde mi lugar junto a Isla, observaba a Callum moverse con la gracia de alguien que había nacido para liderar. Saludaba a los invitados con una sonrisa genuina, pero sus ojos volvían a mí constantemente, como si estuviera comprobando que estaba bien. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sentía un calor familiar que me recorría el cuerpo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Isla, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Nerviosa. —Admití, jugando con la tela de mi vestido. Había elegido un vestido rojo oscuro que caía suavemente sobre mis curvas, sencillo pero elegante, y aunque me sentía hermosa, también me sentía expuesta.

—No tienes nada de qué preocuparte. —Dijo ella, su tono firme pero cálido—. Callum está loco por ti, y cualquiera que esté aquí esta noche puede verlo.

Sonreí, agradecida por su apoyo, pero mi tranquilidad se desvaneció cuando la figura apareció del tío de Callum e Isla apareció entre la multitud. Lo reconocí por una foto que ambos me habían enseñado. Fergus MacLeod. Su presencia parecía absorber toda la calidez del ambiente, y aunque su sonrisa era cortés, sus ojos fríos me evaluaron con una precisión que me hizo sentir como si estuviera bajo un microscopio.

Antes de que pudiera reaccionar, él se acercó, inclinando ligeramente la cabeza en un gesto que no llegaba a ser un saludo real.

—La prometida de Callum... —Dijo, su tono cortés pero cargado de una condescendencia que me puso en alerta—. Es un placer conocer finalmente a la mujer que tiene tan... cautivado a mi sobrino.

—Señor MacLeod. —Respondí, manteniendo mi voz firme mientras lo miraba directamente

a los ojos—. El placer es mío. Puede llamarme Samara.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que no alcanzó sus ojos. Isla, que había permanecido a mi lado, me lanzó una mirada de advertencia antes de retirarse discretamente, dejando claro que esta conversación sería solo entre Fergus y yo.

—Callum siempre ha tenido una inclinación por lo inesperado. —Continuó Fergus, mirando alrededor del salón con un aire de superioridad—. Pero debo admitir que este compromiso me ha tomado por sorpresa.

—El amor suele sorprendernos. —Respondí, sin permitir que su tono me intimidara.

Sus ojos se estrecharon ligeramente, y su sonrisa se desvaneció un poco.

—¿Amor? —Repitió, como si la palabra fuera un concepto extraño—. Es curioso. Pensé que mi sobrino era más pragmático.

—Y lo es. —Dije, manteniendo mi postura—. Pero también es un hombre que sabe lo que quiere y lucha por ello. Y lo amo por eso.

Fergus me observó por un momento, como si estuviera evaluando cada palabra, cada gesto. Finalmente, se inclinó ligeramente hacia mí, su voz bajando para que solo yo pudiera escucharlo.

—Espero que realmente lo ames..., Samara. Porque este juego que estáis jugando puede tener consecuencias que ninguno imagina.

No tuve tiempo de responder antes de que Fergus se enderezara, sonriera nuevamente y se despidiera con un leve gesto de cabeza. Mientras se alejaba, sentí que mi corazón latía con fuerza, pero no era miedo lo que me invadía. Era determinación. Había visto la ambición en los ojos de Fergus, pero también había visto su duda. Y esa noche, estaba decidida a demostrar que mi amor por Callum no era un juego.

Más tarde, cuando la música cambió a un vals, Callum se acercó a mí, extendiendo una mano con una sonrisa que borró cualquier tensión que aún pudiera sentir.

—¿Me concedes este baile? —preguntó, su tono suave pero lleno de emoción.

Tomé su mano, dejando que me guiara al centro del salón. La música comenzó, y nuestros cuerpos se movieron al unísono, como si hubiéramos ensayado este momento toda nuestra vida. Sus manos eran firmes pero gentiles, guiándome con una facilidad que me hizo sentir segura, como si nada en el mundo pudiera salir mal mientras estuviera en sus brazos.

—¿Qué dijo Fergus? —preguntó en voz baja, sus ojos buscándome mientras girábamos.

—Nada que deba preocuparnos. —Respondí, con una sonrisa que trataba de tranquilizarlo —. Solo quiso recordarme que esto no será fácil, que no se cree del todo nuestro amor.

Callum frunció el ceño ligeramente, pero no dejó que su expresión oscureciera el momento.

—No tiene derecho a meterse en nuestras vidas. —Dijo, con una determinación que me hizo apretarle la mano ligeramente.

—Y no lo hará. —Respondí, mis palabras llenas de convicción—. Porque lo que sentimos es real. Y nadie puede quitarnos eso.

Su expresión se suavizó, y sus labios se curvaron en una sonrisa que hizo que mi corazón se acelerara.

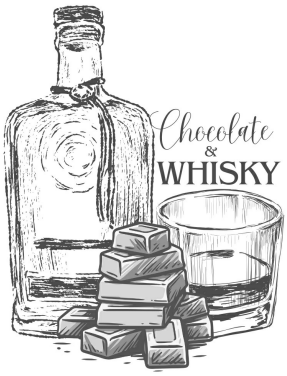
—Te amo, Samara. —Dijo, sus palabras resonando entre nosotros como una promesa.

—Yo también te amo. —Respondí, sintiendo cómo mi pecho se llenaba de una calidez que no podía describir.

La música pareció desvanecerse mientras nos movíamos, el mundo desapareciendo hasta que solo quedábamos nosotros. Cuando la última nota resonó, Callum se inclinó ligeramente, dejando un beso suave en mis labios frente a todos los presentes. Hubo un momento de silencio, seguido por aplausos y murmullos de aprobación, pero ninguno de nosotros se movió. Estábamos

atrapados en el momento, en la certeza de que, pase lo que pase, enfrentaríamos todo juntos.

Y en ese instante, bajo la luz de los candelabros y rodeados por la magia del castillo, supe que este era el inicio de algo más grande que nosotros mismos. Algo que, como Callum había dicho una vez, estaba destinado a ser.



CAPÍTULO 28

Un Anillo y una Familia

Estábamos a dos días de la Nochebuena. El pub de Ewan estaba lleno de vida, como siempre lo estaba en sus eventos. Las luces cálidas que colgaban del techo lanzaban destellos dorados sobre las mesas llenas de bebidas y risas. Una gran chimenea en el centro crepitaba alegremente, llenando el aire con el aroma de la madera quemada y envolviendo a todos en una atmósfera acogedora. Las guirnaldas de acebo y los lazos rojos decoraban cada rincón, haciendo que el lugar se sintiera aún más mágico.

Me encontraba junto a Callum, con una copa de vino caliente entre las manos, mirando cómo Ewan organizaba el intercambio de regalos. Su entusiasmo era contagioso mientras explicaba las reglas, aunque la mayoría de los presentes ya las conocían de memoria. Los habitantes de Pitlochry estaban reunidos aquí, riendo y charlando como si todos fueran parte de una gran familia. Y en ese momento, me sentí como una de ellos.

Callum me observaba de reojo, una sonrisa tranquila en su rostro, y aunque no dijo nada, su mirada hablaba por él. Yo le devolví la sonrisa, sintiendo cómo el calor del ambiente se extendía a mi pecho. Era un lugar tan diferente a lo que estaba acostumbrada, pero al mismo tiempo, se sentía como si siempre hubiera pertenecido aquí.

—¡Atención, todos! —La voz de Ewan resonó por encima del bullicio, llamando la atención de los presentes—. Es hora del intercambio de regalos. Pero antes, tenemos un momento especial que quiero que todos vean.

La sala estalló en murmullos y risas, y sentí cómo el interés se dirigía hacia donde Callum y yo estábamos parados. Me giré hacia él, sorprendida, pero su expresión seguía serena, aunque con un brillo en los ojos que me intrigó.

—¿Qué está pasando? —Susurré, inclinándome hacia él.

—Ya lo verás. —Dijo, dejando su copa en la mesa cercana antes de tomar mi mano. Me guio hacia el centro de la sala, y el murmullo a nuestro alrededor se desvaneció en un silencio expectante.

Callum se detuvo frente a mí, tomando ambas de mis manos entre las suyas. Su toque era cálido, y aunque podía sentir mi corazón acelerarse, su mirada tenía una calma que me anclaba.

—Samara. —Comenzó, su voz clara y firme, aunque contenía un toque de vulnerabilidad que hizo que mi garganta se apretara—. Desde el día que llegaste a mi vida, todo cambió. Me mostraste que el amor no es solo un cuento de hadas, sino algo real, algo que puede transformar todo lo que tocas.

El pub estaba en completo silencio ahora, y sentía las miradas de todos sobre nosotros, pero no me importaba. En ese momento, solo existíamos Callum y yo.

—Te prometí que no permitiría que nada ni nadie nos separara. —Continuó, su tono bajando ligeramente mientras sacaba algo de su bolsillo. Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando vi el pequeño anillo que sostenía. No era ostentoso, pero su diseño sencillo, con una pequeña piedra que brillaba a la luz de la chimenea, era perfecto.

—Este anillo no es solo un símbolo de nuestro compromiso. —Dijo, colocando el anillo en mi dedo mientras mi respiración se detenía—. Es una promesa de que, pase lo que pase, enfrentaremos todo juntos. Porque tú eres mi hogar, Samara. Mi familia.

Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente cayeron, y me lancé hacia él, rodeándolo con mis brazos mientras los aplausos y vítores llenaban el pub. Callum me abrazó con fuerza, y aunque había decenas de personas a nuestro alrededor, sentí que estábamos solos en el mundo.

Cuando finalmente nos separamos, Ewan apareció con una sonrisa enorme, levantando su copa.

—¡Por Callum y Samara! —Gritó, y todos lo siguieron, brindando y riendo mientras el ambiente se llenaba de alegría.

Más tarde, mientras los demás abrían sus regalos, me senté junto a Callum en una de las mesas, observando cómo los habitantes de Pitlochry compartían historias y risas. Isla estaba cerca, ayudando a una anciana a abrir un paquete que parecía envolver una bufanda tejida a mano. Ewan repartía más bebidas, asegurándose de que nadie se quedara sin un vaso lleno.

—¿En qué piensas? —La voz de Callum me sacó de mis pensamientos. Me giré hacia él, viendo cómo su mirada seguía fija en mí, como si quisiera asegurarse de que estuviera bien.

—En todo esto. —Dije, señalando con un gesto al pub lleno de vida—. En lo afortunado que eres de tener una familia como esta.

—¿Familia? —Preguntó, levantando una ceja con curiosidad.

—Sí. —Asentí, buscando las palabras adecuadas—. No todos aquí son parientes, pero hay un amor y un respeto entre todos que los hace una familia. Es algo que había olvidado cuánto añoraba.

Callum tomó mi mano, apretándola suavemente.

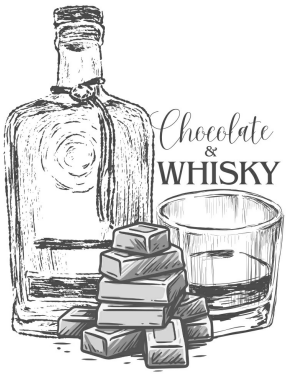
—¿Lo extrañabas? —Preguntó, su tono suave pero lleno de interés.

—Sí. —Admití, sintiendo cómo una calidez se extendía por mi pecho—. Cuando era niña, mi familia solía ser así. Todos juntos, riendo, compartiendo. Pero cuando mi padre nos abandonó y formó otra familia, esa sensación desapareció. Hasta ahora.

Callum no dijo nada. En lugar de eso, me atrajo hacia él, dejando un beso en mi cabello que habló más que cualquier palabra.

Mientras observaba a Isla reír con los demás y a Ewan haciendo otro brindis, me di cuenta de algo. Callum no solo me había dado un anillo ni una promesa de amor. Me había dado algo que creía perdido para siempre: un lugar al que llamar hogar.

Esa noche, en medio de las luces cálidas del pub y las risas de una comunidad que me había aceptado como una de las suyas, supe que no necesitaba nada más. Porque tenía a Callum, tenía a Isla, y tenía a Pitlochry. Tenía, finalmente, una familia.



CAPÍTULO 29

El Regalo Más Grande

La mañana de Navidad en Pitlochry era exactamente como había imaginado, pero mil veces mejor. El castillo parecía haber salido directamente de un cuento de hadas: coronas de acebo colgaban en cada puerta, el aroma a canela y galletas recién horneadas llenaba el aire, y una enorme chimenea crepitaba en el gran salón, dando la bienvenida a todos los que entraban.

Pasé el día rodeada de nuevas amistades y tradiciones que nunca antes había experimentado. Isla me había arrastrado a la cocina para ayudar con los preparativos, aunque rápidamente me relegaron al puesto de supervisora cuando quedó claro que mis habilidades culinarias eran más teóricas que prácticas. Aun así, el simple hecho de estar allí, riendo con ella y los demás mientras nos pasábamos las recetas y anécdotas familiares, me hizo sentir parte de algo mucho más grande.

Después del almuerzo, todos salimos al patio trasero del castillo, donde Callum organizó un intercambio de juegos y pequeñas competiciones. Me reí hasta que me dolió el estómago viendo cómo Ewan, un hombre grande y robusto, intentaba mantener el equilibrio sobre un par de esquís improvisados mientras Isla lo animaba a gritos. Angus y Fiona, como siempre, se encargaron de documentarlo todo, asegurándose de que ningún momento pasara desapercibido.

Por primera vez en años, me sentía completa. No había un hueco en mi pecho, ni una sombra de nostalgia o tristeza que empañara el día. Todo estaba donde debía estar.

Cuando la tarde comenzó a transformarse en noche, Callum me llevó a una de las salas más acogedoras del castillo. Había un árbol de Navidad imponente, decorado con luces doradas y adornos que, según él, habían sido seleccionados cuidadosamente por su madre antes de que falleciera. Me quedé mirándolo por un momento, apreciando la belleza y la historia que transmitía, hasta que Callum tomó mi mano.

—Tengo algo para ti. —Dijo, con una sonrisa que delataba algo más que simple emoción navideña.

—¿Otro regalo? —Pregunté, fingiendo indignación.

—Este es especial. —Respondió, ignorando mi tono juguetón mientras me guiaba hacia el centro de la sala.

Al entrar, noté que alguien más estaba allí. Al principio, no lo comprendí del todo. Vi una figura familiar, envuelta en un abrigo grueso, y tardé un par de segundos en procesar lo que mis ojos estaban viendo. Cuando finalmente lo entendí, sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—¿Mamá? —Mi voz salió como un susurro, entrecortada por la incredulidad.

Ella se giró hacia mí, con una sonrisa cálida y lágrimas en los ojos, y de inmediato corrí hacia ella, envolviéndola en un abrazo que parecía contener todo el tiempo que habíamos estado separadas. Mi pecho se apretó mientras me aferraba a ella, sintiendo la familiaridad de su perfume y la suavidad de sus manos en mi espalda.

—Feliz Navidad, cariño. —Dijo, su voz temblando ligeramente mientras me abrazaba con fuerza.

—¿Cómo...? —Comencé, pero no pude terminar la pregunta. Me giré hacia Callum, que nos observaba desde la distancia con una sonrisa tranquila.

—Fue idea suya. —Explicó mi madre, respondiendo a mi pregunta no formulada—. Me llamó hace unos días para organizarlo todo. No podía decirle que no.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas, y no intenté detenerlas. Callum se acercó entonces, colocando una mano en mi espalda y otra en el hombro de mi madre.

—Sabía lo importante que era para ti tener a tu madre en estas fechas. —Dijo, con una sencillez que hizo que mi corazón se apretara aún más—. No podía imaginar una Navidad perfecta sin que estuvieras con toda tu familia.

Lo miré, y lo único que pude hacer fue lanzarme a sus brazos. Callum me sostuvo con una firmeza que me hizo sentir segura, mientras las lágrimas seguían cayendo. Era un hombre increíble, alguien que había pensado en mí de una manera que nadie más lo había hecho antes.

—Gracias. —Susurré contra su pecho, y aunque la palabra parecía insuficiente, sabía que él entendía todo lo que contenía.

** ** ** **

La noche continuó con todos reunidos alrededor del gran árbol, compartiendo historias y anécdotas mientras intercambiábamos regalos. Mi madre se integró al grupo con una facilidad que me sorprendió, riendo con Isla y Callum como si los conociera de toda la vida. Me senté a su lado, observando cómo se desenvolvía, sintiendo una calidez que me envolvía por completo.

Había algo tan simple, pero tan poderoso, en tenerla aquí conmigo. Había pasado tanto tiempo intentando ser fuerte por mi cuenta que había olvidado lo importante que era tener una familia a tu lado, un lugar donde pertenecer. Y ahora, gracias a Callum, ese vacío había desaparecido.

Cuando llegó el momento de abrir los regalos, Callum me entregó un pequeño paquete, envuelto en un papel rojo brillante con un lazo dorado. Lo abrí con cuidado, encontrando en su interior un colgante delicado, en forma de un corazón con un diseño celta intrincado.

—Es el símbolo del amor eterno en Escocia. —Explicó Callum, mientras yo tocaba el colgante con dedos temblorosos—. Quería que tuvieras algo que representara lo que siento por ti.

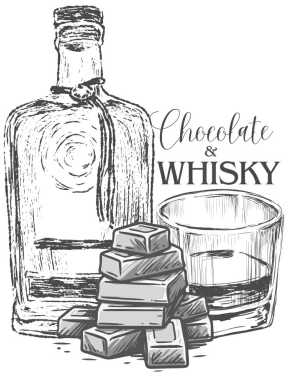
Mis ojos se llenaron de lágrimas de nuevo, y sin decir nada, lo abracé con fuerza, dejando que mi gratitud hablara por mí.

Esa noche, mientras todos compartíamos un brindis y las luces del árbol brillaban a nuestro alrededor, me di cuenta de lo lejos que había llegado desde mi llegada a Escocia. Había llegado buscando historias, algo que escribir, y lo que había encontrado era mucho más. Había encontrado un hogar, una familia y, sobre todo, un amor que me hacía sentir completa.

Callum me miró desde el otro lado de la sala, levantando su copa hacia mí con una sonrisa que hizo que mi corazón latiera con fuerza. Le devolví el gesto, sabiendo que no importaba lo que viniera después. Juntos, podíamos enfrentarlo todo.

Y mientras las campanas de la medianoche resonaban en la distancia, supe que esta Navidad

sería solo el comienzo de una vida llena de magia, amor y momentos que jamás olvidaría.



CAPÍTULO 30

El Amor en Cada Temporada

El aire fresco de Dean Village acariciaba mi rostro mientras caminábamos por el mismo sendero que un año atrás había sido el escenario de tantas emociones. El agua del Water of Leith fluía tranquila bajo el puente de piedra, reflejando los tonos apagados del cielo invernal. Todo estaba como lo recordaba: las casas pintorescas con sus tejados puntiagudos, el susurro constante del río y la sensación de estar en un rincón escondido del mundo donde el tiempo parecía detenerse.

Excepto que esta vez, todo era diferente. Esta vez, mi corazón estaba lleno.

Callum caminaba a mi lado, su mano cálida sosteniendo la mía. Habíamos pasado por tanto desde aquel primer paseo juntos, desde los días en que aún dudaba de lo que sentía y de lo que el futuro podía depararnos. Ahora, esas dudas se habían transformado en certezas, en promesas silenciosas que compartíamos con cada mirada y cada caricia.

—¿En qué piensas? —Preguntó Callum, inclinando la cabeza para mirarme.

—En cómo ha cambiado mi vida en este último año. —Respondí con una sonrisa mientras apretaba suavemente su mano—. Nunca imaginé que venir a Escocia para escribir un artículo lo cambiaría todo.

—Nunca imaginé que una periodista española llegaría a mi vida y lo pondría todo patas arriba. —Dijo, con una sonrisa que iluminó sus ojos.

Ambos reímos, y el sonido se mezcló con el murmullo del agua y los pasos de otras personas que paseaban por el barrio. Era increíble pensar en todo lo que habíamos vivido juntos: las dificultades, las alegrías, y cómo cada experiencia nos había acercado más.

Nos detuvimos en el puente, el mismo donde un año atrás habíamos compartido nuestras emociones más profundas. Desde entonces, este lugar había adquirido un significado especial, un punto de referencia que marcaba el inicio de algo mucho más grande de lo que podía imaginar.

—Recuerdo estar aquí contigo el año pasado. —Dije, apoyándome en la barandilla mientras miraba el agua—. Pensé que nunca sería capaz de confiar plenamente en alguien. Que el amor era algo que pasaba a los demás, pero no a mí.

Callum se colocó a mi lado, sus ojos fijos en los míos.

—¿Y ahora? —Preguntó, su voz suave pero cargada de intención.

—Ahora sé que el amor no es perfecto, pero vale la pena. —Respondí, mi voz quebrándose ligeramente por la emoción—. Tú me enseñaste eso, Callum. Me enseñaste que no importa cuán rota pueda sentirme, siempre hay espacio para reconstruir algo hermoso.

Callum levantó mi mano y dejó un beso suave en mis dedos, un gesto tan sencillo pero lleno de significado que hizo que mi pecho se llenara de calidez.

—Mi amor. —Dijo, dejando mi mano para colocarse frente a mí, bloqueando todo lo demás de mi vista—. Hay algo que quiero preguntarte.

Mi corazón comenzó a latir más rápido mientras él sacaba algo de su bolsillo. Al principio pensé que repetiría el gesto del anillo simbólico del año pasado, pero esta vez, era diferente. En su palma descansaba un anillo, más elegante, con una piedra que parecía capturar la luz y devolverla con un brillo casi mágico.

—Hace un año, aceptaste ser mi esposa por un acuerdo, como parte de una tradición antigua y un poco absurda. —Dijo, con una sonrisa que mezclaba humor y emoción—. Hoy quiero saber si estás lista para algo más. Para ser mi esposa, no por un año, sino para siempre. Y, si estás dispuesta, a ser la duquesa de Pitlochry.

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras lo miraba, y por un momento, las palabras se me atascaron en la garganta. Todo lo que habíamos vivido pasó ante mis ojos: la primera vez que lo vi en el mercado navideño, las discusiones, las reconciliaciones, las risas, las promesas. Y en ese momento, supe que no había nada en el mundo que pudiera separarnos.

—Sí. —Dije finalmente, mi voz temblando pero llena de convicción—. Sí, estoy lista.

Callum sonrió, una sonrisa que parecía iluminar incluso el día gris que nos rodeaba. Tomó mi mano y deslizó el anillo en mi dedo, y el peso simbólico de ese gesto hizo que mi corazón latiera aún más rápido.

Nos abrazamos allí, en el puente, mientras el mundo seguía su curso a nuestro alrededor. Podía sentir su calidez, su amor envolviéndome como una manta protectora. Y mientras lo hacía, pensé en cómo había cambiado mi vida, en cómo Escocia, la Navidad y, sobre todo, Callum, me habían transformado.

—¿Sabes? —Dije mientras nos separábamos lo suficiente para mirarnos a los ojos—. Siempre pensé que la magia de la Navidad era un mito, algo reservado para películas y cuentos. Pero ahora sé que es real. Porque la magia no está en las luces ni en los regalos. Está en las personas que te rodean, en el amor que compartes y en los momentos que decides atesorar.

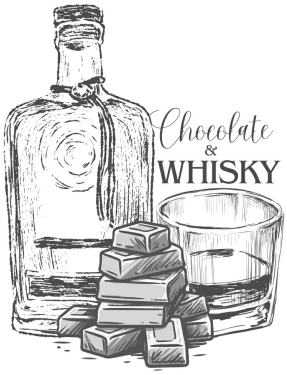
Callum me miró con una intensidad que hizo que mi respiración se detuviera por un instante.

—Y tú, Samara, eres mi magia. —Dijo, su voz llena de emoción.

Nos besamos, un beso lleno de promesas y certezas. Un beso que sellaba todo lo que éramos y todo lo que seríamos. Y mientras nuestras almas se encontraban una vez más en ese rincón mágico de Escocia, supe que no importaba dónde estuviéramos o qué desafíos enfrentáramos. Siempre nos tendríamos el uno al otro.

Al mirar hacia el horizonte, con el río fluyendo bajo nosotros y el eco de nuestras risas resonando en el aire, reflexioné sobre todo lo que había aprendido. La magia de la Navidad no era un mito. Era real, tan real como el amor que compartía con Callum, tan real como la familia que habíamos construido juntos.

Y mientras me apoyaba en su brazo, sentí que había encontrado algo más grande que un hogar. Había encontrado mi lugar en el mundo.



AGRADECIMIENTOS

Escribir una novela no es nada fácil. Detrás de cada libro hay muchas horas de trabajo que, normalmente, los escritores le quitan de su tiempo en familia. Por eso, es super importante el apoyo de los lectores y la mejor forma es valorar nuestras historias en las diferentes plataformas donde estén disponible. El algoritmo vive de ello, vive de que vosotros, como lectores, le contéis que merece la pena darle visibilidad de nuestros libros. Ese es el motivo por el se insiste tanto en que dejéis vuestras reseñas y valoraciones, porque así podremos seguir contando historias.

Pero, recuerda: que una historia no te llegue a ti, no significa que no le pueda llegar a nadie. Reseña con tacto, construye y no destruyas. La comunidad de escritores os lo agradeceremos enormemente.